

WUNSCH

NÚMERO 10, MAYO 2011

BOLETÍN INTERNACIONAL
DE LA ESCUELA DE
PSICOANÁLISIS DEL CAMPO
LACANIANO

WUNSCH 10

Editado por el CAO E 2008-2010

Compuesto por:

FLORENCIA FARÍAS

JOSE MONSENY

ANTONIO QUINET

COLETTE SOLER

Compilación y revisión a la lengua española:

FLORENCIA FARÍAS – CRISTINA TORO

Producción > *b+ch* para EPFCL-España
Impresión >

SUMARIO

Editorial (Colette Soler) 7

SEGUNDO ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ESCUELA. ROMA, JULIO DE 2010

1a secuencia

Pascual Leray (Francia), *Lo real después del pase*. 11

Mario Brito (Venezuela), *Pase lo que pase*. 16

Florencia Farías (Argentina), *Sueños del analizante, sueños del pasante*. 20

2a secuencia

Marcelo Mazzuca (Argentina), *El inconsciente corrector*. 26

Patricia Dahan (Francia), *El fuera de sentido de la interpretación*. 31

Colette Soler (Francia), *Poner lo real en su lugar*. 36

3a secuencia

Cora Aguerre (España), *Fin de análisis, Pase y Escuela*. 40

Elisabete Thamer (Francia), *El pase no-todo: la prueba del pasador*. 45

Michel Bousseyroux (Francia), *Tapón de lo real y la salida del análisis*. 49

4a secuencia

Carmelo Sierra Lopez (España), *El tiempo de la experiencia del pasador
y sus consecuencias*. 54

María Luisa Rodríguez Sant' Ana (Brasil), *Un saber sin sujeto supuesto*. 58

CONTRIBUCIONES DE LOS CARTELES DEL PASE 2008-2010

Cartel 1

Colette Soler, *Estilos de pases*. 63

Jacques Adam, *El pase, la presencia del inconsciente*. 69

Antonio Quinet, *La satisfacción de fin de análisis*. 72

Martine Menès, *Posición del pasador*. 78

Sol Aparicio, *Verificar un deseo*. 80

Cartel 2

Danièle Silvestre, *Observaciones sobre el pasador*. 83

Clotilde Pascual, *Réplica al texto de Danièle Silvestre*. 85

Trinidad Sanchez-Biezma de Lander, *El oficio del pasador*. 87

Cartel 3

Colette Sepel, *¿Por qué el pase?*. 89

María Eugenia Lisman, *Instalarse, autorizarse, pedir el pase*. 93

Florencia Farías, *Respuesta a Colette Sepel*. 96

Jean-Pierre Drapier, *Respuesta a Colette Sepel*. 99

Próximos eventos 101



EDITORIAL

Con este número de Wunsch, la contribución del Primer Colegio de Animación y de Orientación de la Escuela (CAOE) del período 2008/2010, se termina. La elección del nuevo CIG ha finalizado. La entrega de los documentos se realizará el 23 de enero durante una reunión conjunta del CGI saliente y entrante y los pases en espera serán examinados a partir de ahora por los nuevos carteles 2010/2012.

Encontraremos en este número las exposiciones hechas durante el Segundo Encuentro internacional de Escuela en Roma en Julio del 2010. Están presentados en el orden en que fueron hechos con el fin de conservar la configuración de la jornada.

El número se termina con la tercera contribución de los miembros de los carteles del CIG 2008/2010 y, como de costumbre, con la información sobre los futuros plazos de nuestra comunidad.

En este momento de permutación, creo expresar el sentimiento del conjunto de mis colegas del CIG y del CAOE, subrayando la satisfacción que nos ha dado nuestra colaboración, sus discusiones animadas, su ritmo bastante elevado a lo largo de los dos años, así como sus resultados. La Escuela internacional, con las preguntas realizadas por el pase, parece haber ganado en presencia y en consistencia. El próximo CIG va a proseguir y esto ya permite augurar para nuestra Escuela un buen año 2011.

COLETTE SOLER



2º ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ESCUELA

Programa

9. 30 h - 11 h *Presidencia:* Antonio Quinet

- Pascale Leray, AE, Francia: «Lo real después del pase / *Le réel après la passe* »
- Mario Brito, AE, Venezuela: «Pase lo que pase / *Passe ce qui pourra* »
- Florencia Farías, cartel 3, Argentina: «Sueños del analizante, sueños del pasante / *Rêves de l'analysant, rêves du passant* »

11.15h – 12.45h *Presidencia:* Maria Teresa Maiocchi

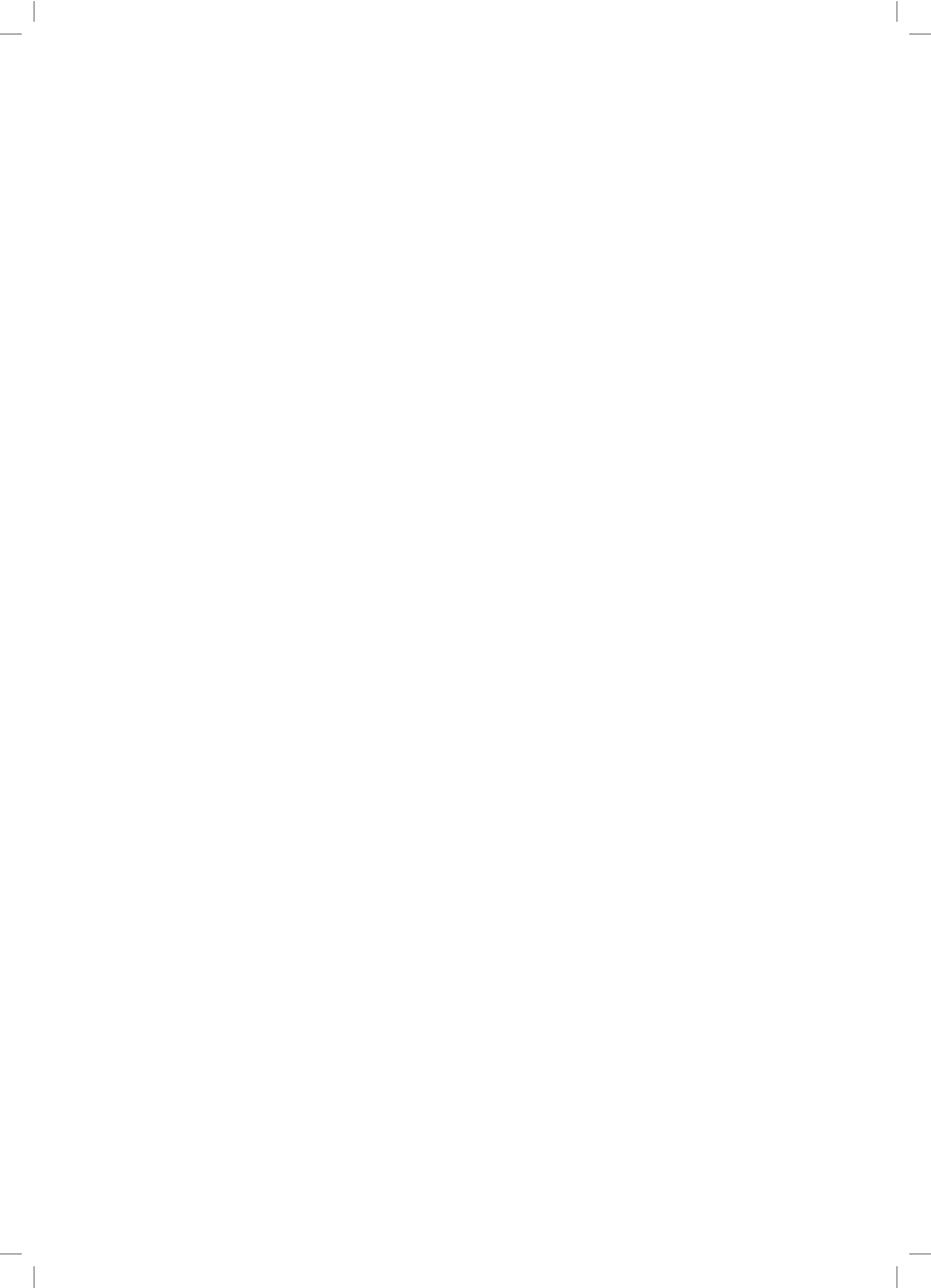
- Marcelo Mazzuca, AE, Argentina: «El inconsciente corrector (Una voz que se hace letra) / *L'inconscient correcteur (Une voix qui se fait lettre)* »
- Patricia Dahan, AE, Francia: « El paso de sentido de la interpretación / *Le pas de sens de l'interprétation* »
- Colette Soler, cartel 1, Francia: «Poner lo real en su lugar / *Mettre le réel à sa place* »

14.45h – 16.15h *Presidencia:* José Monseny

- Cora Aguerre, AE, España: «Fin de análisis, Pase y Escuela / *Fin d'analyse, passe et École*»
- Elisabete Thamer, pasadora, Francia: «El pase no-todo: la prueba del pasador / *La passe pas-toute : l'épreuve du passeur* »
- Michel Bousseyroux, cartel 2, Francia: «Tapón de lo real y salida del análisis / *Bouchon du réel et débouché de l'analyse* »

16.30 h - 18 h *Presidencia:* Maria Eugenia Lisman

- Carmelo Sierra Lopez, pasador, España: «Tiempo de experiencia como pasador y sus consecuencias / *Le temps de l'expérience de passeur et ses conséquences* »
- Maria Luisa Rodriguez Sant'Ana, pasadora, Brasil: «Un saber sin sujeto supuesto / *Um saber sem sujeito suposto* »



PASCAL LERAY (FRANCIA)

LO REAL DESPUÉS DEL PASE

Para acercar la cuestión de lo Real después del pase, me ha parecido esencial examinar el alcance de ese real en el tiempo del fin, el que permite concluir la cura.

Se trata de interrogar aquí el después del pase clínico como tiempo crucial, en principio porque es aquel de la terminación del duelo por el objeto *a*, el que opera la separación con el analista, tiempo en que lo Real, luego de haber destituido al sujeto y convertido en des-ser (*désêtre*) a su analista, alcanza entonces el ser de goce del analizante que hace deconsistir (*inconsister*).

Ese tiempo del final es crucial también ya que abre el juego a la puesta a punto del deseo del analista que ha emergido en el pase. Esto produce como consecuencia el efecto de destitución del sujeto al alcanzar su ser de deseo, asociado con la operación radical sobre su ser de goce.

No resulta sorprendente que haya en esta terminación del análisis ciertos efectos, en plural, en tanto la discontinuidad obra y empuja en ese final. ¿Cómo dar cuenta entonces del alcance de ese nuevo afecto planteado por Lacan en su Prefacio de 1976: esa satisfacción, cuya particularidad marca realmente el término del análisis? Detengámonos por un instante para considerar su diferencia.

Esa satisfacción responde al nuevo deseo, el del analista, marcando en él la separación con las otras satisfacciones capturadas al hablar durante tantos años en el dispositivo analítico. Hecho el pase, se trata ya de un distanciamiento respecto de esas satisfacciones, de las que habría que establecer, una por una, ciertas distinciones clínicas.

Las retomaré para diferenciarlas: la satisfacción del desciframiento que se capta con el medio-decir de la verdad, una satisfacción relativa al trabajo del significante, suscitada por la pregunta del síntoma y articulada al Sujeto Supuesto Saber, y otra satisfacción más difícil de romper, silenciosa, –que es la de la pulsión conectada con la presencia del analista como objeto– y que será la que habrá que perder para poder terminar el análisis.

La satisfacción del fin, que señala el final del espejismo de la verdad del que Lacan nos ha dicho que solo alcanza la mentira, está ligado también a la pérdida de ese goce del objeto *a*. Pero esta satisfacción que es alivio, ¿qué valor tendría si no atestiguara al mismo tiempo de una invención singular, que por modesta que fuera, es la de un nuevo anudamiento del inconsciente con ese Real producido por la experiencia del pase?

Esa invención singular es el efecto reiterado de un saber sin sujeto, y esa satisfacción que es su afecto experimentado como nuevo por el sujeto, en su fondo, toca finalmente al ser pulsional arrancado de la demanda: ese efecto obtenido en el fin del análisis satisface por ser el que despega el resto de libido analizante, por donde la transferencia logra resolverse.

Ese efecto pulsional toca a lo real del nuevo analista y es totalmente imprevisible tanto como el relámpago del pase clínico. Los dos se relacionan con la dimensión crucial del acto que lleva el análisis a su fin.

La cuestión de lo Real así situada concierne al des-ser, des-ser para que haya analista, lo que vuelve a interrogar al pase, decía Lacan, como «momento mismo de saber si en la destitución del sujeto adviene el deseo que permita ocupar el lugar del des-ser»¹.

Ese des-ser no se confunde para él con la destitución subjetiva, destitución de la que está hecha el pase. Pero la caída del Sujeto Supuesto Saber en la que se devela el ser de goce del analizante no es todavía lo que permite la separación con el analista, aunque se produzca allí una separación con el Otro del saber. La separación del fin requiere de un consentimiento del ser como des-ser, que cambia la relación del inconsciente con su real.

Esto ya no es la falta en ser sino la falta de ser, que golpea así al ser de deseo, el ser de saber y el ser de goce. Es mano a mano con este ser de goce que interviene la experiencia del des-ser en el tiempo del final separando al objeto a, objeto de la causa como resto irrepresentable, y que vuelve a hacer del ser del analista nada más que la captura de un des-ser.

Lacan interrogó esta experiencia muchas veces a lo largo de su enseñanza. , y desde su Propuesta de 1967 cuando avanza que «la paz no viene en seguida para sellar esta metamorfosis donde el partenaire se desvanece de ser sólo saber vano de un ser que se oculta».² Para el que se funda a su vuelta hacen falta allí este paso además, a partir del que «saber ser un desecho»³, lo que supone haber efectuado esta operación peligrosa, la del enfrentamiento a su horror de saber y de haber cercado de eso la causa como real.

Sólo indicaré aquí la que distingue entre la destitución subjetiva del sujeto que hace «ser más bien, singularmente y mucho»⁴ y que no tiene «nada que ver con el des-ser, donde se trata de saber cómo el pase puede afrontarse».⁵

1 J. Lacan. *Autres écrits*, p. 586.

2 *Ibid.*, p. 254.

3 *Ibid.*, p. 309

4 *Ibid.*, p.273

5 *Ibid.*, p.274

El término «afrontar» resuena en otro encuentro de lo Real, en el que el pasante puede quedar capturado en el curso del testimonio, en el que «ser singularmente y mucho» lo sea al punto de hacer obstáculo a su propio des-ser. Ese real es el inconsciente que se manifiesta alcanzando lo que perderá consistencia, o sea «la verdad de ese saber»⁶ que el pasante ha devenido, y del que debe captar la medida. El des-ser, esa especie de distancia ese «no hay ser»⁷ que se afronta en el pase, no es ese por el cual el hablanteser se anuda al inconsciente real manifestándose como irreductible, considerando allí los hallazgos de la cura, sobre los cuales sin embargo el pase se apoya.

He aquí la paradoja: los trozos de saber bordeando el corte del pase clínico han alcanzado lo real con lo simbólico, pero es para mostrar mejor cuánto ese real permanece fuera de la captura y no se alcanza sino por ciertos restos de lalengua, huellas de ese goce-del-sentido en el corazón de una pequeña invención lenguajera.

Volvamos a la invención en el tiempo de concluir: si produce un nuevo anudamiento de la estructura donde el analista puede volverse soporte del sujeto supuesto saber para otros, es que implica el alcance de ese ser sin esencia que es el objeto *a* en el lugar de lo real. Pero el analista, ¿lo realiza hasta ese punto cuando se autoriza en el pase? ¿Es posible, por otra parte, en ese momento?

Creo que aquí reside toda la apuesta del tiempo de hacerse al ser como des-ser y no hay ningún camino trazado para esta puesta a punto del deseo del analista, si no fuera por cierta prisa provocada por ese saber que se inventa sin que ningún sujeto lo sepa.

Después del pase, personalmente me hizo falta un cierto tiempo para realizar un aporte esencial de ese tiempo de resignificación. Es tan cierto que no se deja el pase tan rápido como parece, así como no se cumple de manera inmediata el duelo necesario para el fin. Sigo en esto a Maurice Blanchot, quien enunciaba en «La escritura del desastre» que «en el trabajo del duelo, no es el dolor quien trabaja: él vela»⁸, yo diría que a la inversa de la eternización del tiempo en el duelo, en ese tiempo del fin actúa una prisa nueva, sin la cual no habría medio para concluir.

Esa prisa está abrochada a la del tiempo atravesado por el des-ser. Ese tiempo empuja ese suspenso donde resulta imposible permanecer, allí donde lo que el pase introdujo como corte vuelve a llevarlo hasta el extremo de la experiencia con su decir. «Decir algo tiene que ver con el tiempo»⁹ nos dice Lacan. Eso ciertamente se apoya en el resto de real que la letra fijó en el corazón del sínthoma sin el cual resultaría imposible inventar una solución singular.

6 J Lacan. *Séminaire l'Acte psychanalytique*, p. 88.

7 *Ibid.*, p. 88.

8 M. Blanchot. *L'Écriture de désastre*, p. 86, Gall.

9 J. Lacan, *Le Moment de conclure*, seminario inédito, p. 9 y 10.

Pero quién dictaría ese saber conclusivo si no fuera un Real no regido por lo simbólico, y que obliga al analizante a captar la medida de ese saber sin sujeto que es el inconsciente. Un Real tal que impone esa miseria, allí «donde las palabras dejan de ser... posibilidades de salud... se vuelve al desasosiego»¹⁰.

Tal es el decir de Blanchot, y creo que resuena aquí con el de Lacan al situar la experiencia de la *Hilflosigkeit*, en el término del análisis. Pero esa miseria no debe situarse solamente como el punto extremo de la experiencia, ella es sobre todo deseo y decir, señalando el instante en el que el nuevo analista descubre que se instala en el lugar que pone en función al objeto a.

Esa miseria impone una nueva distancia con esos restos de saber inéditos que han jalonado el testimonio del pase hasta el punto en que a veces se convierten en algo difícil de poder decir o escribir. Lo que constituye el fondo del poder encuentra allí su ruina, la de su dominar (*m'êtrise*) finalmente. Se trata de hacer otra cosa. «El que escribe está exiliado de la escritura, esa es su tierra donde no es profeta»¹¹, también escribe Blanchot.

Esto es lo que da lugar a un nuevo discernimiento: así se distingue lo que impulsó la decisión de hacer el pase de lo que queda después, a cargo del decir.

Los restos de saber inéditos de los que el pase se sostiene han podido nombrar algo de lo real gracias al fuera de sentido de algunos elementos significantes, de los que algunos se han precipitado en letra. No sin la íntima elección del analizante ante lo que le ha venido de su inconsciente en su dimensión de sentido-gozado.

Haber sido capturado por el equívoco que suspende el sentido, haber zanjado con la escritura del goce irreductible, es consentimiento a lo real, pero otra cosa compromete en el final al analista y es lo que anuda su relación con el inconsciente real.

Este lugar del analista depende de la singularidad de su decir, e implica algunos efectos de lalengua, con la cual abordó su des-ser: de allí viene lo que lo inspira para su acto futuro, tanto es que aquel depende de la práctica de la letra obtenida en la cura. Esta «no se sustenta sino en lo escrito dado que la relación sexual no puede escribirse»¹² dice Lacan. Es una práctica que se sostiene de un exilio, el de la falta de lo sexual, de su real como lo excluido del sentido. Es también lo real en tanto que hace límite al saber.

La forma en el que analista responde a ese exilio que toca al ser de saber importa tanto, creo, como la del intervalo con el que se desenreda en la identificación al síntoma: me apoyo aquí sobre lo que plantea Colette Soler para formular la razón del intervalo. Cito: «que se identifique a su síntoma no implica que se haya

10 M. Blanchot. *L'Écriture de désastre*, p. 25.

11 *Ibid.*, p. 105.

12 J. Lacan. *Séminaire Encore*, p. 35.

identificado su síntoma... es el inconsciente real, el inconsciente lalengua que hace ahí obstáculo a que se identifique el síntoma de otro modo que de una manera hipotética, si bien es cierto que los efectos de *lalangue* superan todo lo que el sujeto puede captar de ellos». ¹³ El deseo del analista depende entonces a este respecto de la relación que mantiene con la invención sinthomática del final del análisis.

A la relación con esta invención, Lacan la plantea en término de saber hacer ahí con su síntoma, de haberlo desenredado con «un saber hacer ahí con lalengua». ¹⁴ Considero que por eso puede mantenerse una relación con el inconsciente donde el no-saber se correlacione con lo real.

La identificación al síntoma necesita ese trabajo de reducción del goce de su inconsciente, con la letra fijando su resto; pero ese saber hacer ahí introduce en ese imposible de atrapar directamente por cualquier decir que fuera. Es incluso exactamente la inversa lo que se produce, el decir en el fin se orienta «bajo la atracción de lo imposible.real» ¹⁵ donde «queda lo innominado en el nombre del cual nos llamamos» ¹⁶ enuncia Maurice Blanchot.

Podríamos adelantar en que el analista pasa con lo que proviene de efectos de su *désêtre* de una parte, pero de este *désêtre* en tanto qué encuentre y se conjugue también con efectos de *lalangue*. Por lo tanto de ahí, su decir singular es estructuralmente un acceso de la presencia opaca de lo real que también le concierne.

Para concluir, dependerá cómo el analista se sostiene de la escritura en el análisis, de que en la palabra hace lugar al ex-sistence de decir. Ésta hará la interpretación que opera en cada cura poniendo en juego al ser de no saber, que, nos dice Lacan, «debe reducirse a ser sólo el complemento del sinthome. He aquí lo que le horroriza y que lo que en él elide, y al elivitarlo produce un aplazamiento del estatuto del psicoanálisis» ¹⁷

Traducción: PABLO PEUSNER

13 C. Soler. *Lacan, l'inconscient réinventé*, p. 121.

14 *Ibid.*, p. 123.

15 M. Blanchot. *L'Écriture de désastre*, op. cit., p. 139.

16 *Ibid.*, p. 139.

17 J. Lacan. *Problèmes cruciaux pour la psychanalyse*, seminario inédito, p. 465.

MARIO BRITO (VENEZUELA)

PASE LO QUE PASE

Lo que hoy quiero transmitirles es el saber de una experiencia, de la propia, sobre el fin de análisis y su relación con el pase. Una enseñanza más, como muchas otras registradas, que hablan de un fin con diversos finales.

Complicado se hace hablarles de ese saber sin vincular el testimonio transmitido, lo que se produce en el pase, lo que se mostró posteriormente y lo que he acopiado de la experiencia; porque aunque disarmónico, se hace imposible el uno sin el otro; y así es lo que es, porque «el inconsciente quizá sea disarmónico, pero nos lleva a ese real, real del fantasma».¹

Ese saber es el que hoy comparto con ustedes, que como sorpresa se presentó y me condujo a hacer el Pase. Un deseo que para mi implica transmisión y compromiso con la Causa de la Escuela.

El estar aquí guarda un significado, un nuevo encuentro con preguntas sobre mi experiencia de análisis, de donde se desprenden las notas que me he formulado con respecto al fin de análisis y su relación con el pase.

Comenzaré por los tiempos del final, en donde tuve un sueño que marcó el inicio del momento de concluir y anunció el pase. En ese sueño me encontraba en un auditorio que podía ser como este, en donde celebrábamos un encuentro. Yo estaba de espectador y quien fuese mi analista presentaba un trabajo sobre un caso clínico. Yo no escuchaba claramente la voz de la analista, pero al verle, como si lo supiera, me di cuenta que presentaba mi trabajo de análisis. Al darme cuenta me molesté y decía que eso no le correspondía a ella, que solo yo podía presentar ese trabajo.

En esos tiempos, me encontraba impulsado en la perplejidad de mis producciones. El inconsciente estaba a merced de una elaboración que se daba más allá de estar presente en el dispositivo analítico. Cada momento se traducía en un nuevo saber propio de aquello que estaba escrito en mi inconsciente y que en forma de asombro, confluía con las actividades de formación en la Escuela.

Pasaba por un momento incomparable, no designado como un punto en el tiempo, sino más bien como un intervalo. Hoy, puedo considerar que estaba articulado con una posición distinta en mi recorrido analítico.

1 J. Lacan cit. por De la Oliva, M. (s/f). «Temporalidad del Pase y Post-pase». Recuperado en www.ffcle.es/files/temporalidaddelpaseypostpasedelaoliva.doc

Un día, al conducir hacia el consultorio de mi analista y manejando como se dice en automático, me encontraba absorto con mis elaboraciones; y sin darme cuenta, me pasé del edificio en donde se halla su consultorio. Al regresarme, me reía de mi acto fallido. La analista había quedado afuera y el momento oportuno, la ocasión para pasar al acto estaba por presentarse.

Al tomar el ascensor, ya no se desplegó la duda que varias veces me invadió en ese tiempo: ¿El consultorio está en el piso uno o en el dos? Tantos años yendo al mismo sitio y que se presentara esa duda. Ese día dije: «Esta en el uno, no en el dos, ella está en el uno, yo también». Todo empujaba al fin.

Entro al consultorio y me recuesto en el diván. Comencé a hablar, pero era un hablar en forma de rodeo, como el que no quiere decir nada. Mi atención se dirigía hacia un ruido de metales. Parecía como que ella estuviese jugando con unos clips dentro de un envase y me imagine levantarme del diván y verle revolver los pequeños artificios. Al mismo tiempo me decía: «Ya ni me para, pero la verdad que ya no necesito que me pare». Esta es una expresión muy propia de nuestra cultura, que puede entenderse por el lado de prestar atención, en mi caso, con la mirada.

En ese instante, como si estuviese leyendo mi pensamiento, me pregunta: «¿Que es lo que quieres decir que le estás dando tanta vuelta?» y sin pensar le respondí: «Pues ya no tengo más nada que decir aquí». Me paré del diván, la miré, dí las gracias y le comenté: «te llamaré para reunirnos y presentarte el material que voy a llevar al pase». En ese momento se había puesto en acto el deseo; y al salir, algo seguía vibrando. Esa salida fue el instante del fin del análisis, pero... ¿fue el final?

El momento de concluir y el momento de pase, «están correlacionados pero uno no se sobrepone al otro»² y entre los momentos aparece el momento oportuno, el instante, que debe ser cogido al vuelo para pasar al acto; por eso el fin es un acto, un no pienso.

En el diccionario encontré que el vocablo «fin» puede tomarse en dos sentidos, «como término o acabamiento de algo, o como objetivo a que se ordena». En el lenguaje de las redes informáticas, el «fin» es sólo «un identificador que no cierra la conexión sino que avisa el cierre de la misma; es decir, que impulsa el inicio del proceso de cierre».³

Por lo tanto, el momento de concluir es como una puerta batiente. La puerta batiente bascula de un lado a otro y en su oscilar algo pasa. Cada oscilación es un encuentro con un punto de acabamiento y lo que se ordena por el lado del deseo. En ese oscilar, está un instante que cogido sin pensar, pasa al acto.

2 Fingermann, D. «El momento del pase» (2006). Trabajo publicado en *La Azotea*, Revista del Foro Lacaniano de Venezuela, No. 7- Junio 2009. Caracas.

3 Glosario.net (2006). Definición de términos filosóficos. Recuperado en <http://lengua-y-literatura.glosario.net/terminos-filosoficos/fin-5794.html>

Este acto impulsa el inicio del proceso de cierre. Si el cierre se presenta en el último momento dentro del dispositivo analítico, se puede pensar que el indicador del fin estuvo antes; sino, este final puede estar en el momento del pase o después del pase. Por esto, el momento del pase se sitúa lógicamente en el más allá del momento de concluir, aunque el deseo esté desde antes.

Trinidad Sánchez, en su trabajo «Desde Antes» nos dice: «el desencadenamiento de la salida transporta una certeza... La analista queda atrás, el enigma que le había rodeado durante tanto tiempo se había transformado en saber, y su decir se había convertido en deseo».⁴

Sabemos que... «la meta de cualquier tratamiento psicoanalítico es llevar al analizante a articular la verdad de su deseo, pero la cuestión del fin consiste en algo más que saber si la cura ha alcanzado o no su meta; se refiere a si se ha llegado a su punto final lógico».⁵

En este sentido, se ubica el planteamiento de fin con diversos finales. Un analizante puede lograr dar cuenta de ese punto final en el momento de concluir dentro del dispositivo analítico, o puede que éste se de más allá; por lo tanto, esto permite presentar algunas preguntas: ¿Es el pase parte del fin de análisis?, ¿Hay análisis más allá del análisis? ¿El pase puede generar efectos que conlleven a un final después del pase?

En el Seminario «Los Cuatro Conceptos Fundamentales»,⁶ Lacan se pregunta sobre el destino de la pulsión. Cómo es vivida la pulsión «luego» del atravesamiento del fantasma.

Este «luego», el cual señalo entre comillas, nos podría indicar que está en un tiempo distinto y que se encuentra fuera del dispositivo analítico, en un momento más allá del análisis; por lo tanto, el pase podría ser ese momento.

En un trabajo titulado «Antes, durante y después del pase»,⁷ manifesté que el pase significó para mí una vuelta más y en ese momento, es que pude anudar puntos que quedaban de mi análisis.

Como producto del trabajo analítico existía un saber, pero faltaba al menos una vuelta. Vuelta que comenzó con el momento del pase y que continuó después de haber transitado el dispositivo.

Estoy seguro que no hubiese podido lograr formalizar la lógica final del análi-

4 Sanchez-Biezma de Lander, T. «Desde Antes» (2009). Trabajo publicado en *La Azotea*, Revista del Foro Lacaniano de Venezuela, No.7- Junio 2009. Caracas

5 Evans, Dylan. *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Paidós, Buenos Aires, 2005.

6 Lacan, J. (1987). *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales*. Paidós: Buenos Aires.

7 Brito, M. «Antes, durante y después del pase». Trabajo presentado en el cierre del colegio clínico 2008-2009. Inédito.

sis si no hubiese sido por la experiencia de circular por el pase. Un circular, como efecto de las entrevistas con las pasadoras, permitió un encuentro con un saber que aun quedaba como sombras del análisis.

Al respecto, en el texto sobre la experiencia del pase del 3 de Noviembre de 1973, dice Lacan que alguien le habló de que el pase era algo así como un «relámpago». A lo que Lacan se pregunto: «¿puede el pase poner de relieve a quien se ofrece a él, como es capaz de hacer el relámpago, con una luz totalmente distinta un cierto sector de sombras de su análisis? Es una cosa que sólo incumbe al pasante».⁸ Ante esto, algunos testimonios dan cuenta que durante el procedimiento del pase se reabre el inconsciente, reapareciendo sueños, presentándose lapsus, actos fallidos, dichos y enunciados que parecen dar cuenta que es el único modo de hacer pasar la experiencia «En algunos casos, los pasantes arriban a ese final lógico en el pase mismo y restos que no han sido perdidos en él análisis se pierden en el pase. En particular, aquellos referidos al objeto causa de la división del pasante y no al lugar transferencial relativo al Sujeto Supuesto saber»⁹

En mi caso, ese rayo de luz se tradujo en un significante, «VERIFICAR» y una frase «PASE LO QUE PASE», que en ese momento me permitió encontrar sentido a los fallidos que se generaron durante mi viaje a São Paulo, en donde tuve la entrevista con la secretaria del pase; así como otros, que se mostraron en el aeropuerto al salir hacia Medellín, cuando me dirigía a encontrarme con las pasadoras. En realidad, en el dispositivo es donde pude darme cuenta de ese significante que amarra toda una historia, síntomas, la relación transferencial y la posición de goce.

En una de las entrevistas, tuve un lapsus que conllevó al «pase lo que pase». Tal fue el acontecimiento, que como efecto la usé para finalizar un email que envié a mi analista. Este email, significó la despedida y el duelo del fin del análisis, fue el final.

De «nada que ver-me» donde el sujeto sostiene la seguridad que le da ese fantasma, donde se constituye la ventana sobre lo real, se hace un vuelco donde se percibe que el asidero del deseo no es más que el de un de-ser, «pase lo que pase».

Pero esto no termina aquí, la puerta batiente aun no deja de oscilar, en algún momento se detendrá pero no es ahora y cuando digo ahora, me refiero a este momento. Considero que este vibrar es el que puede llevar a algunos pasantes a «un análisis más allá del análisis» y en otros a la transferencia de trabajo.

Unos días antes de enviar el titulo de este trabajo, me encontraba leyendo nuevamente la proposición del 9 de octubre de 1967. En un momento, la lectura se interrumpe por una llamada, era mi padre quien se encuentra en España y me

8 Lacan, J. (1973). «Sobre la experiencia del pase» (1973), 3 noviembre 1973, *Ornicar* ?, n°1.

9 Wainsztein, S. «Pases y fin de análisis» (1999). Recuperado en <http://www.efba.org/efbaonline/wainsztein-09.htm>

comentaba que iba a postergar su viaje a Venezuela por problemas de salud de mi abuela. Al finalizar me dice: «bueno hijo, vamos a ver...»

Retomo mi lectura y en el momento que estoy leyendo sobre el paso de analizante a analista; en retroacción, como es propio del tiempo lógico, se presentó un momento de comprender. Ese «vamos a ver» con el que tanto peleaba con mi padre, está inscrito en mí; pero el trabajo analítico le ha dado un vuelco, «un más allá del padre». El estar presente hoy ante ustedes es posible porque me permito «vérmelas, pase lo que pase». En conclusión, «el analista es el analizante perenne después del análisis»¹⁰, porque su deseo le lleva a interrogarse permanente. Esto es lo que permite esta apertura a lo nuevo y posibilita la enseñanza; pero para eso, se requiere un recorrido que demanda un tiempo interminable o hasta que la puerta batiente deje de oscilar. La formación del analista no es algo que podamos contabilizar en el tiempo cronológico, porque el inconsciente no se maneja en esos tiempos.

10 Soler, C. «Que se espera del Psicoanálisis y del Psicoanalista (2001), *Conferencias y Seminarios en Argentina*. Buenos Aires. Editorial Letra Viva.

FLORENCIA FARÍAS (ARGENTINA)

SUEÑOS DEL ANALIZANTE, SUEÑOS DEL PASANTE

A modo de introducción: Mi experiencia en un cartel del pase

Hacer pasar algo de lo real es un difícil desafío para los psicoanalistas, y el dispositivo del pase es una estructura que facilita, por parte de los pasantes, que se presentifique «un trozo de real» en el cual parece jugarse toda la existencia. Poder situar el modo en que un sujeto ha podido operar con lo real, permite que haya lugar para el acto, que «algo pase», en el sentido de la transmisión y también del acontecimiento.

Es la singularidad de cada pase, de cada fin de análisis, lo que esperamos que aparezca cuando el cartel recibe el testimonio de los pasadores.

Pasar por el dispositivo del Pase no es sin consecuencias y en lo personal fue una experiencia intensa: que incide en mi teoría y en mi práctica.

Considero que participar de un cartel del pase es un privilegio, es la ocasión que se le ofrece a un analista de estar en el corazón de la experiencia analítica y de la Escuela.

Si bien creo que la posición que más conviene a un miembro de un cartel del pase es la de analizante, en la perspectiva de ofrecer su escucha no desde el lugar del sujeto supuesto saber, a la vez se toca con la posición de analista en el punto de sustraerse de su propio fantasma y sus prejuicios. Exige enfrentar un imposible: decidir sobre lo indecible.

El cartel del pase escucha «la última historia que el pasante se cuenta», permite una lectura de lo acontecido en su cura. Interroga la multiplicidad de soluciones encontradas en aquellos que han llegado al Inconsciente Real, es decir que han llegado a elaborar lo simbólico incluido en lo real, que es la verdad mentirosa del síntoma.

Tesis del trabajo: El lugar de los sueños en los testimonios

Lo que me interesa compartir hoy con ustedes es la reflexión sobre un rasgo que se repite en la mayoría de los testimonios de los pasantes y que pude verificar en los pases escuchados en esta breve experiencia: el lugar fundamental otorgado a los sueños.

En los relatos de los pasantes muchos toman a los sueños para orientarse en la experiencia del pase; pareciera que estos ofrecen una sustancia que les permite tener un sentimiento de autenticidad de la experiencia.

Los sueños constituyen la vía regia de acceso al inconsciente. Verificamos que las formaciones del inconsciente no han sido borradas en los testimonios. Pero también y esto es lo que me interesa resaltar: los sueños permiten un acceso a lo real.

Freud descubre que el sueño es revelador del deseo de un sujeto. Pero hay algo siniestro frente al deseo. Lacan agrega que el sueño es un homenaje a la realidad fallida. Lo real habrá que buscarlo más allá del sueño en lo que el sueño ha recubierto, escondido tras la falta de representación.

En el momento en que en los sueños nos aproximamos a lo que hay de verdaderamente real, en ese momento nos despertamos para seguir dormidos. Entonces, podríamos decir, que el sueño protege del encuentro con lo real como imposible, pero también lo hace posible por alusión.

Sin embargo, hay varios puntos a pensar y diferenciar sobre la función de estos sueños.

No es lo mismo la clínica del fin de análisis que la clínica del pase. Aunque son solidarios y a veces se superpongan o se entrelacen, son dos tiempos distintos. El fin de análisis acontece y de él se sabe casi con certeza. Del trabajo del pase se sabe en su transcurrir, en ese transcurrir se realiza la clínica del propio análisis.

A pesar de ser dos momentos distintos pienso como hipótesis que en muchos sujetos el fin de análisis termina de realizarse en el trabajo del pase.

Por lo tanto no poseen el mismo estatuto los sueños soñados durante el análisis que aquellos soñados durante el proceso del pase.

Distinguiré para pensar esta diferencia tres categorías de sueños:

- 1- Los sueños ocurridos durante la cura propiamente dicha
- 2- Los sueños de final de análisis
- 3- Los sueños soñados a partir del dispositivo del pase.

Los Sueños de los testimonios:

1- *Sueños soñados durante la cura:* Muchos pasantes ordenan la historia de su análisis basándola en el relato de diferentes sueños. Así, el sueño y lo que el pasante ha deducido de él parecen guiar la experiencia, dicen de un momento trascendente de su análisis y en particular de su final.

Los distintos sueños que un analizante produce en el análisis dan cuenta de su posición subjetiva, iluminan sectores del análisis y las operaciones ocurridas en el mismo, muestran la posición fantasmática.

Algunos sueños marcaban la entrada en análisis, motivo del «paso al diván»; otros fueron fundamentales porque presentificaban el «objeto». A estos sueños se les asignaba un valor de certidumbre en el camino de la construcción del fantasma.

El sueño en la dirección de la cura constituye uno de los articuladores que va testimoniando de la escritura de la lógica fantasmática que atraviesa al sujeto.

En la relectura que hacemos siguiendo el hilo de los sueños, inferimos el valor de escritura, de lo que se ha producido en transferencia de acuerdo al tiempo en el que la cura se encuentre. Son sueños soñados en transferencia, interpretados en el análisis, que muestran cómo operó la separación, qué lo habilitó a seguir la letra de su deseo.

La atemporalidad que caracteriza a los procesos inconscientes da chance que en el sueño cobre vida una escena pretérita, en la que el sujeto permaneció fijado.

La transferencia es mediadora para que el sueño permita descongelar esa escena fantasmática que mantiene al sujeto apremiado.

2- *Sueños de final de análisis*: La mayoría de los pasantes sitúan sueños que verifican el fin de su análisis, de los que extraen consecuencias conclusivas del saber de una cura. En algunos un sueño permite resignificar toda una historia, en otros acentúan un viraje que consistía en figuraciones de vaciamiento del objeto y eran descifrados como salidas de la lógica fálica: «tal objeto que se disolvía», «se trataba de recorrer un agujero», o bien «bordear un vacío».

Los pasantes le asignaban a los sueños ser señales fundamentales de la construcción y algún grado de franqueamiento del fantasma.

Articulan lo pulsional, como una mostración que ya no puede acceder por la vía de la palabra, más allá del fantasma. Son sueños que escriben, escritura de goce.

Una pasante sueña al final de su análisis: «Estoy jugando en un parque infantil. Hay un tubo dónde se ponen los niños. Miro por el tubo, miro una rata abajo que a su vez me mira con un solo ojo, está con sus crías abajo.»

Sueño que termina de precipitar en los integrantes del cartel la nominación, un sueño en el que se pudo cernir un recorrido pulsional donde podía vislumbrarse un viraje que daba cuenta del advenimiento de un nuevo deseo, el deseo del analista.

En este testimonio se manifestó lo Real en diferentes niveles: En esa mirada real de la rata hay un resto pulsional del lado de lo escópico y de lo anal, la pasante lo asocia a lo sucio, moverse por lo bajo, una mirada sin Otro. Opacamiento de la pulsión y su puesta al servicio de la escucha en la posición de analista, produciéndose una incidencia efectiva en su práctica de analista, que le permite un «cambio de estilo» en su escucha. Modificación de la pulsión, de esa curiosidad insaciable, curiosidad infantil, en una pulsión de saber que deviene deseo de analista acotado.

3- *Sueños del Pase*: Los sujetos que piden el pase dan cuenta que el pase reabre el inconsciente. Los sueños que el pase desencadena son testimonio de este fenómeno. Sueños en el pasante, sueños que precipitan la demanda de pase, sueños desencadenados por ejemplo ante el nombre de los pasadores, la cita con alguno de ellos, la espera de la respuesta del cartel.

Lo que da cuenta inequívoca de la inagotabilidad del inconsciente, aunque haya «fin de análisis».

Se abren diferentes vías de investigación: Pongo a consideración las siguientes preguntas: ¿Qué pasa con el inconsciente? ¿El pase pareciera, por momentos, relanzar en cierto modo el Inconsciente? Como si se abriera nuevamente este espacio del inconsciente. Entonces, ¿Es el pase parte del fin de análisis? De dichos testimonios uno puede inferir que hay análisis que concluyen en el pase.

Hay restos del análisis que se terminan de perder en el pase. Si esto es así, ¿dónde se pierden los restos del pase? ¿Cuál es su destino? ¿Es en la transmisión a posteriori?

Hay que resaltar que obviamente no son sueños que aparecen como enigmas que piden interpretaciones, no se dirigen al Otro, no abren al desciframiento, permiten arribar a una conclusión que se deja leer, parecen que ya interpretan en sí mismo.

Son interpretados como efecto de la verdad por los pasantes.

Dado que el fin del análisis es una certidumbre del analizante, es posible, porque se trata de una hipótesis de investigación, que sea en el procedimiento de pase donde el analizante-analista elabore el duelo por el fin de análisis. Sueños de la inexistencia incuestionable del Otro. Sueños de la sujeción del sujeto a la letra de su producción. Letra que hace litoral entre saber y goce. Letra que más allá de la voluntad, y sin buscarla, es encontrada muchas veces a través de los sueños y puede ser leída en un final de análisis en un trabajo de pase.

Sólo cuando ya no hay más sentidos que recorrer y en los cuáles insistir, tratamos con lo real. Lacan dirá que escribimos lo real no con palabras sino con letras.

Solo a modo de ejemplo, el sueño de un pasante escuchado recientemente en su testimonio público en Buenos Aires. El texto del sueño, «se me derretían dos o tres dedos de la mano», es la respuesta a la oferta del dispositivo del pase, sueño de castración que él mismo interpreta y que le permite dar una vuelta más al trabajo realizado en su análisis en relación al nombre propio y al deseo del analista. Sueño que reaparece en la entrevista con el Secretariado del pase y en el cual ubica allí el comienzo de la experiencia del pase.

Podemos decir entonces que el fin de análisis, muchas veces, termina de realizarse en el trabajo de pase, que la emergencia del sueño durante el pase, no acepta ninguna interpretación y que a la vez no tiene ningún alcance de sentido, es decir, hay un tope al efecto de lo simbólico. Es por esa característica que se puede estar seguro de que se está en el inconsciente, el inconsciente real.

Para concluir

En algunos casos los pasantes arriban al fin de la cura en el pase mismo. Restos que no han sido perdidos en el análisis se pierden en el pase. Lo que no quiere decir ¡Que sin pase no hay fin de análisis!

Vuelvo a una frase de Lacan: «El bucle debe ser recorrido varias veces» Y el pase es una de las vueltas necesarias al menos para quien se propone como analista.

Ya sea porque se reabre el sujeto del inconsciente, ya sea porque es una elabo-

ración del fin de análisis que con el analista no se hace, ya sea porque se juega algo fundamental respecto de la autorización del analista por sí mismo con relación a algunos otros.

Este último punto es crucial del procedimiento del pase. El pase sanciona el fin de análisis de un modo que el analista del pasante no puede hacer jamás.

Este promueve un nuevo lazo social entre analistas y para analistas. Dispositivo que permite no sólo verificar si hubo fin de análisis, sino también, diría a modo de hipótesis, es lo que permite que haya fin de análisis, es decir, que esa finalización se inscriba.

Vuelvo a constatar, escuchando los testimonios de análisis, que es posible un fin de análisis. Pude advertir, una vez más, que un fin de análisis transforma una historia de repeticiones interminables en una apuesta a la vida, dando luz, allí donde la pulsión de muerte comandaba.

Bibliografía

1. Autores varios. *Enseñanzas del Pase*, «Algunas observaciones sobre la interpretación a partir del Cartel del Pase» Marie-Hélène Brousse. Colección escuela de La Orientación Lacaniana.
2. Autores varios *¿Cómo terminan los análisis?*, Asociación Mundial de Psicoanálisis.
3. Autores varios. *La experiencia del Pase*, Tomo I (2005) y II (2006), EFBA, Colección Cuestiones de Escuela. Buenos Aires.
4. Autores varios: «La passe de Jacques Lacan - Lacan y el pase», *Conjetural: Revista Psicoanalítica*- N° 33, Buenos Aires, 1997.
5. Freud, S. «La interpretación de los sueños», en *Obras Completas*, Tomo IV. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1993.
6. Lacan, J. *Seminario 23, El sinthome*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
7. Lacan, J. *Seminario R. S. I.*, inédito.
8. Lacan, J. «Sobre la experiencia del pase: Acerca de la experiencia del pase y de su transmisión», en *Ornicar ?*, Vol. 1.
9. Lacan, J. «Respuesta de J. Lacan a una pregunta de Marcel Ritter».
10. Soler, C. *Finales de análisis*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1991
11. Wainsztein, S. «Pases y fin de análisis» (1999), en Biblioteca de la EFBA.

MARCELO MAZZUCA (ARGENTINA)

EL INCONSCIENTE CORRECTOR

Una voz que se hace letra

Para comenzar, voy a situar el problema crucial al que quiero hacer referencia hoy, y que formulo primero en términos amplios: ¿qué estatuto otorgarle al inconsciente –particularmente hacia el final del análisis– a partir de su «reinención» por obra de Lacan? Dicho en otros términos, el inconsciente: ¿es freudiano o lacaniano? Puede que esta opción no sea excluyente, pero a esta altura me parece admitido el cambio de axiomática que condujo a Lacan a traducir y transliterar el *Unbewusst* freudiano en *l'une-bévue*. Se trata de los «misterios del inconsciente».¹

Este «inconsciente reinventado» –expresión que tomo de Colette Soler– posee las características que le otorga el uso de la lengua concebida como un «enjambre de Unos»² que dan lugar a fenómenos con características epifánicas y neológicas aún en el campo de la neurosis.³

«Eso es el inconsciente –dice Lacan–, uno guiado por palabras con las cuales uno no comprende nada». Y agrega, «el inconsciente no tiene cuerpo más que de palabras».⁴ Podemos afirmar entonces, que los «misterios del inconsciente» son al mismo tiempo los «misterios del cuerpo hablante»,⁵ y que allí radica el acceso posible a lo real interesado en la experiencia analítica.

Dicho esto me propongo interrogar dos hechos que hacen a esos misterios, dos fenómenos acontecidos ya finalizado el análisis una vez que la experiencia del pase había abierto sus puertas. Dos hechos poco «ruidosos», ya que las resonancias de la palabra quedan allí prácticamente fuera de juego y sin ningún alcance de interpretación.

Para eso tendré que formular la lógica que animó el trabajo analizante y que hoy intento circunscribir a partir de la siguiente hipótesis: Las vicisitudes sufridas

1 Lacan, J. *El Seminario, libro 20, Aún (1972-73)*, pp. 158.

2 Soler, C. «El inconsciente real, consecuencias para el pase», trabajo presentado el 4 de julio en ocasión de la Cita de IFCL.

3 Soler, C. *La querrela de los diagnósticos (2003-2004)*, Editorial Letra Viva, Buenos Aires, pp. 23.

4 Lacan, J. *Seminario 24*, inédito, clase del 26 de febrero 1977.

5 Lacan, J. *El Seminario, libro 20, Aún (1972-73)*, pp. 158.

por la letra y el nombre propio son las que dan ocasión a la emergencia del deseo del analista.

La letra y el nombre propio conforman ese enjambre de Unos al que hacía referencia, pero al mismo tiempo se diferencian del resto por su uso y su relación con el goce. Ambos elementos carecen de sentido y por esa razón se excluye la posibilidad de su traducción a otra lengua. Sin embargo el nombre propio –afirma Lacan– «es una marca abierta a la lectura»,⁶ admite la operación de la transliteración y aunque no es portador de un sentido puede «reflejarlo».⁷

De allí lo que propongo explorar hoy partiendo de mi experiencia analítica. Lo haré en tres tiempos que se escanden según las sucesivas «afectaciones del nombre propio».

Primera afectación del nombre propio o el inconsciente como discurso del Otro

Ubico de este modo una primera secuencia analizante que va desde los momentos preliminares hasta su final fallido. Las fórmulas «tú eres mi maestro» y «tú eres mi mujer» resumen las dos interlocuciones que permitieron recortar la demanda de análisis, determinando el ser del sujeto por referencia a una palabra que viene del Otro, pero escamoteando al mismo tiempo el nombre propio y haciendo del neurótico un sujeto sin nombre.

En el contexto de la elección vocacional, la voz del Maestro se hace escuchar en el texto freudiano. Surge así lo que hoy denominaría un primer «acontecimiento del cuerpo»⁸: las cavilaciones de la letra y el nombre propio, síntoma de características obsesivas que conduce hacia la otra elección en juego, la elección del objeto de amor.

Son entonces las mujeres quienes resultan tipificadas y clasificadas en dos grupos, el de las F y el de las N, letras iniciales del nombre propio de aquellas mujeres que el inconsciente admite en su función de síntoma y que finalmente conducen hacia el concierto del análisis. Su comienzo propiamente dicho encuentra su resorte en el significante fusión dando lugar a un cambio de vía en el inconsciente: de la fusión como género musical predilecto del analizante a la fusión como unión armónica de las dos variedades de mujeres. Dicho de otro modo: queda al descubierto la versión musical de la mujer ideal.

6 Lacan, J. «Introducción a los nombres del padre» (1963), en *De los nombres del padre*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005, pp. 87.

7 Lacan, J. *El Seminario, libro 23, El sinthome (1975-76)*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006, pp. 90.

8 Lacan, J. «*El Seminario, libro 3, Las psicosis (1955-56)*», Editorial Paidós, Buenos Aires, 1996.

El efecto inmediato es un sueño, cuyo texto (una madre y dos hijos hechos piedra en el baúl de un auto estadounidense) constituye la escritura jeroglífica de la fusión como petrificación paterna, introduciendo un sentimiento inquietante de angustia.

No voy a desarrollar el sueño, basta con indicar que dicha escritura abre a un trabajo analizante que se extiende durante siete años, y cuyo núcleo está dado por la referencia al nombre propio (Marcelo) y al apellido paterno (Mazzuca). Se trata del «narcisismo del nombre», o dicho de otro modo, de la seguridad proveniente del carácter fuerte de la doble consonante del apellido paterno (zz) y de la repetición de las iniciales de los nombres (MM). Convicción delirante –agregaría hoy– que produce notables efectos terapéuticos con el correr del análisis, pero a expensas del mantenimiento de un sentimiento de omnipotencia del amor.

Es en el marco de esa imaginaria realización del ser que se produce el yerro de la palabra plena. Decidido a dar por concluido el análisis, el acto falla y la autorización no adviene. La firmeza de la palabra del analista evita el pasaje al acto destacando aquello esbozado pero aún no suficientemente analizado. Se trataba de un primer golpe asestado al nombre propio del cual no se habían extraído aún todas las consecuencias. Su ejecutora había sido la voz de una mujer, su resonancia fue el humor y su texto el siguiente: «te salió *el mazzuquita*».

Fue así que el síntoma habló y la interpretación se produjo: del *mazzuquita al mazzoquista* queda bien transliterado y delimitado el masoquismo del carácter como objeto de la segunda vuelta del análisis.

Segunda afectación del nombre propio o el inconsciente traductor

El relanzamiento del análisis apunta hacia el horizonte de su final. La apuesta del y por el deseo del analista adquiere un nuevo vigor por dirigirse al más allá de la terapéutica del síntoma que el propio analizante ya había localizado. Una nueva apertura del inconsciente da lugar a un trabajo de la lengua cuyo centro va quedando delimitado por una antigua relación al padre, discriminada en términos de lazo vocal y libidinal.

La referencia específica a la voz paterna genera sucesivas declinaciones que resumo indicando la siguiente secuencia: la voz mandante y comandante del padre, la voz hipnótica y exótica de la mujer, la voz del humor, del dolor y del amor, la voz irritante, la voz desfalleciente y la voz cantante.

En el transcurso de esos deslizamientos la voz va despojándose de sus vestiduras y escribiéndose en una serie de sueños, cuyo relato omito para destacar la intervención que los reduce a su condición signifiante.

Queriendo hacer uso de la palabra en el marco de la confrontación del yo con el yo ideal, la expresión «fundamentalista» intenta designar el ser del sujeto apelando a una suerte de autoafirmación del sí mismo, al mismo tiempo en que revela el «pegamento» de la voz como trampa narcisista. En otros términos: pone en acto de manera indirecta una nominación que hace al ser del goce, siendo su único e inequívoco signo el mal humor.

Pisaste el palito es la interpretación que da en la tecla de un significante nuevo y contribuye a desbaratar el recurso tramposo al narcisismo del nombre propio.

Entiendo hoy que ese pegamento de la voz —que designa inicialmente el componente libidinal presente en toda relación especular— es a su vez *pegamiento* e incluso *pagamiento*, ya que permite ubicar de manera condensada el precio lenguaje-ro con el que se paga la verdad mentirosa que da forma al goce masoquista del fantasma en sus fundamentos mismos. Es decir: la relación con la voz paterna y con la doble zeta de su apellido.

Las consecuencias de la intervención del analista no se hacen esperar. La mencionada locución «fundamentalista» ahora se despega y se despliega produciendo la lista-de-las-fundas-mentales, es decir: *mazzuquista, masoquista, musiquista, mujerista, humorista y deportista*. Es al mismo tiempo una deriva del nombre propio, una voz que se hace letra.

Llegado ese punto, la determinación múltiple de aquel significante palito evoca metonímicamente el instrumento del deseo y desencadena el momento del pase clínico, dando lugar al acto final. El analista simplemente acompaña y finalmente consiente a ese nuevo estatuto de la palabra.

Tercera afectación del nombre propio o el inconsciente corrector

Meses después se produce el primer sueño pos analítico. Un simple y nítido sueño de castración que muestra un nuevo cifrado del nombre propio y da ocasión a la puesta a punto del deseo del analista. El texto del sueño (se me derretían dos o tres dedos de la mano) es la respuesta a la oferta del dispositivo del pase.

Una vez abierta la experiencia del pase, el sueño evoca *los palitos* incluidos en la transformación de la firma del pasante, hecho ocurrido unos meses antes en ocasión de la inscripción a un concurso universitario. Nueva firma, nueva escritura del nombre propio, causada por el Otro pero estrictamente singular. Dos simples y nítidos trazos verticales (una suerte de doble S espejada o doble Z estilizada) convocan el apellido materno (CaneSSa) tanto como un inter-texto que modula las diferentes generaciones en una suerte de «inyección» de la lengua italiana en la lengua castellana. Como tercer elemento de la firma, que completa la cifra presen-

te en el sueño, simplemente un punto.

Y llegado a este punto es que se abre una experiencia nueva, la experiencia del pase, que recogió las consecuencias de esa cifra.

Pero hoy quiero detenerme en la etapa previa con el fin de destacar aquellos dos hechos misteriosos que me han interrogado.

El primero de ellos es una suerte de lapsus en la escritura. Un archivo electrónico enviado a la Universidad para ser aprobado, me es devuelto con el señalamiento de un error ortográfico y con la sugerencia de revisar la función del corrector del Word. En lugar de escribir vez estaba escrito ves. En ese momento realicé las correcciones pertinentes, pero ocurre que poco tiempo después el editor del libro que estaba escribiendo me devuelve el archivo de Word correspondiente con el mismo señalamiento: la S en el lugar de la Z.

Ya no pude más que conjeturar la existencia de un «inconsciente corrector», de un hecho de lenguaje que circunscribe una existencia fuera del tiempo y del cuerpo de la intuición. Simplemente un lapsus que ya no tiene alcance de sentido —que desliza la escritura del *Mazzuca* hacia el *Canessa*— y que gustosamente calificaría como «una voz que se hace letra».

Ahora bien, lo que permanece al menos velado es la participación del cuerpo, y por eso traigo un segundo hecho para interrogar.

Se trata de un dolor de garganta contemporáneo de aquel lapsus ortográfico. Su causa más evidente era el frío del invierno argentino. Sin embargo el interrogante sigue pendiente. Esa especie de *inphonación* de las cuerdas vocales, ¿será también un efecto del inconsciente corrector? Por qué no considerarlo como una suerte de lapsus del cuerpo, consecuencia de un órgano afectado por la lengua.

Aunque así fuese, habría que subrayar nuevamente el fuera de sentido de aquellas letras que se hacen cuerpo, y eso es lo que pongo hoy a consideración.

Para terminar retomo la hipótesis formulada al comienzo. La emergencia del deseo del analista encuentra su condición de posibilidad en la constitución de una dimensión temporo-espacial que sólo la instancia de la letra permite fugazmente habitar. La voz como *funda mental*, condición del goce masoquista en el carácter, cede su lugar a la causa de deseo en la medida en que la letra hace de ella litoral, dando lugar al ejercicio del semblante de objeto en el discurso analítico.

Me intereso especialmente por el producto de las sucesivas afectaciones del nombre propio y su relación con el inconsciente real. Concluyo con una doble cita a Lacan y a Barthes: «lo que se evoca de goce cuando se rompe un semblante

–dice Lacan– es lo que en lo real se presenta como erosión»,⁹ es decir, la escritura. «Estas escrituras ilegibles –dice Barthes– nos dicen (solamente) que hay signo, pero no sentido»¹⁰

9 Lacan, J. *El Seminario, libro 18, De un discurso que no fuera del semblante (1970-71)*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2009, lección del 12 de mayo de 1971, pp. 113.

10 Barthes, R: «Variaciones sobre la escritura» (1973), en *Variaciones sobre la escritura*, Paidós Comunicación, Buenos Aires, 2007, pp. 105.

PATRICIA DAHAN (FRANCIA)

EL FUERA DE SENTIDO DE LA INTERPRETACIÓN

El fuera de sentido de la interpretación

Cuando en el Pase se habla de los efectos de un análisis se trata de los efectos producidos por un discurso, el del analista. Entonces, lo que produce el discurso del analista es un significante amo. El significante amo es un S1 solo que no está articulado en una cadena significativa. Con los desarrollos de Lacan ulteriores a la elaboración de los discursos, pienso que a este S1 puede dársele el estatuto de una letra. La letra no es un significante pero toma su fuente del significante. Es un significante reprimido que vuelve transformado en forma de letra, un significante desligado de su valor de significación, un significante fuera de sentido, un significante del goce.

¿Cómo acceder en la cura a este significante del goce? Lo que yo quisiera abordar hoy, se apoya en una afirmación de Lacan según la cual en el análisis se opera a partir del equívoco. Así mi pregunta es: ¿Cómo la interpretación a partir del equívoco permite un acceso al goce?

Pero primero voy a dar un pequeño ejemplo del modo en el que se podría representar en forma abreviada el desarrollo de un análisis.

Se trata de un *Witz* (chiste) de Freud en «El chiste y su relación con lo inconsciente».

Lo resumo rápidamente. La señora Baronesa está a punto de dar a luz, su marido y el médico aguardan en la sala de al lado jugando a las cartas. Se escucha a la Baronesa quejarse una primera vez en francés, el marido arroja sus cartas y se precipita hacia la habitación pero el médico permanece imperturbable. Una segunda vez se escucha a la Baronesa quejarse y pronunciar una frase en alemán, el marido se levanta rápidamente, mientras que el médico permanece sentado imperturbable. No es sino cuando la parturienta se expresa en Yiddish que el médico arroja sus cartas y dice: llegó el momento. Pero esta vez la joven no pronuncia una frase, son sobretodo sonidos, onomatopeyas lo que viene de la sala de al lado.

Me parece que este ejemplo resume bien lo que podría esperarse del recorrido de un análisis. Sólo desembarazándose de todos los estratos «depositados por la educación», según los términos empleados por Freud, es que se puede acceder al significante fuera de sentido y fuera de cadena, al significante del goce. O como Lacan lo ilustra en «Lituraterre» que es justamente reduciendo lo que era forma, lo que hasta ese momento había tenido sentido para el analizante, que se puede hacer aparecer el goce.

En la sesión del 10 de diciembre de 1974 del Seminario RSI, Lacan no se expresa en términos de Pase o de fin de análisis pero habla de lo que opera en el análisis y dice dirigirse «a aquellos que son aquí dignos del nombre de analista». Se dirige a los analistas para decirles que en un análisis se opera a partir del equívoco.

Tratemos de comprender lo que quiere decir operar a partir del equívoco.

Esto no va de suyo, Lacan mismo dice que habla de algo «que es lo más difícil que él tuvo que introducir». Esto a lo que Lacan hace referencia es que «el inconsciente está estructurado como lo simbólico» y que lo simbólico no se funda en el sentido sino que se funda en el equívoco. Puesto que el inconsciente esta estructurado como lo simbólico, es a partir del simbólico que se opera en la cura. Pero este simbólico nos dice Lacan tiene como propiedad estar hecho de equívoco. Y «el equívoco, no es el sentido» dice. En otros términos, en el análisis no se opera a partir del sentido, se opera a partir del equívoco.

En una conferencia impartida en la universidad de Yale en los Estados Unidos el 24 de noviembre de 1975 Lacan observa la forma en que Freud procede y está muy atento al hecho que éste se interesa más por la estructura lingüística del sueño y los significantes del sueño que por el relato del sueño; destaca también que es sobre los significantes que recaen las interpretaciones de Freud. De su lectura de Freud Lacan ha extraído su definición del inconsciente «estructurado como un

lenguaje», en esta conferencia, según sus propios términos, Lacan confirma la importancia de lo que él ha tomado de Freud pero con una reserva.

¿Cuál es esta reserva? Proviene del paso suplementario que Lacan ha dado con el concepto de *lalangue*. *Lalangue* que no es «otra cosa, dice, sino la integral de los equívocos que de su historia persisten en ella»¹ Pero *lalangue* no está hecha solamente de equívocos está también compuesta de goce. Con su concepto de *lalangue* Lacan introduce la noción de goce en el lenguaje.

En este momento de su enseñanza, con el concepto de *lalangue*, Lacan insiste en la importancia de la lengua materna en tanto que es en la manera en que una lengua ha sido hablada y escuchada por el niño pequeño que los síntomas se constituyen. Complementa entonces la definición del inconsciente estructurado como un lenguaje con la definición de «el inconsciente hecho de *lalangue*» es decir, estructurado por la manera cómo el lenguaje emerge al inicio en un sujeto. La reserva es entonces que «lo que crea la estructura es la manera en que el lenguaje emerge al inicio en un ser humano»² y no solamente el lenguaje como articulado por los significantes. Entonces en la manera en que el lenguaje aparece al inicio en un sujeto encontramos el equívoco y el goce, la reserva es entonces que en aquello que constituye la estructura del inconsciente hay equívoco y goce. Así, puesto que el inconsciente está hecho del equívoco, en la cura se opera a partir del equívoco.

La experiencia analítica ha mostrado que para reducir el síntoma no basta con descondensar lo que ha sido condensado en la metáfora, de desplazar en sentido contrario lo que ha sido desplazado en la metonimia, es necesario tocar el goce del síntoma, hacerlo aparecer. Más allá del desciframiento lo que el análisis pone en juego es la relación del sujeto al goce.

¿Este goce cómo hacerlo aparecer en el análisis? Eso no puede hacerse más que por la palabra del analizante, Lacan indica bien en el seminario Aún que el único «aparato del goce» es el lenguaje.³ Pero para que aparezca este goce en el lenguaje es preciso volver a una lengua desembarazada de todas las capas de la cultura y de la civilización por las cuales ha sido recubierta, como lo ilustra el pequeño Witz de Freud.

También el dispositivo analítico permite acceder a *lalangue*, la lengua en la que un niño ha sido impregnado, la lengua de antes de la lectura y la escritura, una lengua hecha totalmente de goce y de equívoco.

En el seminario *RSI* Lacan da una indicación para la dirección de la cura precisando que no hay que alimentar los síntomas de sentido. Alimentarlos de sentido sería interpretar lo que ellos expresan, dar un sentido a lo que ellos expresan. En-

1 J. Lacan. «L'étourdit» en *Autres écrits*, París, Le Seuil, 2001, p.490

2 J. Lacan. «Conférence a Yale University», *Silicicet* 6/7, París, Le Seuil, 24 noviembre 1975.

3 J. Lacan. *Séminaire Encore*, p. 127.

tonces el síntoma es la consecuencia de un significante reprimido, un significante que ha sido censurado y que vuelve transformado en el síntoma, hay pues una distancia (un *décalage*) entre lo que ha sido reprimido y lo que el síntoma expresa. Así dar sentido a lo que los síntomas expresan no hará más que reforzarlos. Es por lo que Lacan propone interpretar no a partir del sentido sino a partir del equívoco, es decir dejar abierta la interpretación a múltiples sentidos posibles. La finalidad es reducir lo que hace sentido para el analizante para que aparezca el goce del síntoma.

El trabajo de Lacan sobre la letra, pues él hace una equivalencia con el síntoma, permite cernir esta cuestión de más cerca. La letra señala el lugar del significante que retorna. El significante no es pues directamente legible, en el discurso del paciente lo que aparece bajo la forma de letra es algo a descifrar. La letra, en la definición de Lacan no es legible, no tiene sentido. Ella toma su fuente de un significante censurado. La letra es pues un medio de acceder a este significante censurado.

Las primeras elaboraciones de Lacan sobre la letra empiezan en el seminario *De un discurso que no fuera del semblante*, más precisamente en la sesión que dará lugar al texto «Lituraterre» donde representa de manera muy figurativa cómo la reducción de lo que era forma, la reducción de los semblantes, hace aparecer el goce. Hasta este texto la forma para Lacan es del orden de lo imaginario, la forma en el espejo a la que el sujeto se identifica. En «Lituraterre», la forma está representada por los semblantes, es decir los significantes, todos los dichos del analizante. Los significantes son semblantes que en la medida que vienen al lugar de un goce interdicto, enmascaran el goce. En la metáfora paterna un significante viene al lugar del goce, se sustituye a este goce, la metáfora traduce un mito y, como el mito, la metáfora es una estructura de ficción. Me parece que es en este sentido que Lacan puede decir que los significantes que funcionan en la estructura de la cadena bajo el modo de metáfora son semblantes.

La interpretación a partir del equívoco es lo que permite reducir los semblantes, reducir el sentido para hacer aparecer el goce.

El análisis tiene un efecto cuando un decir se produce, un decir que *ex-siste* a los dichos. La *ex-sistencia*, tal como Lacan lo escribe, con dos palabras, es lo que está por fuera pero es también lo que tiene un lugar predominante y determinante, pues es desde este lugar que puede producirse un efecto. Este efecto es el resultado de una interpretación, de un corte en los dichos del analizante o, para expresarlo de otra manera, una ruptura de los semblantes. «Esta *ex-sistencia*, precisa Lacan en *L'étourdit*, es decir y es la prueba de que el sujeto permanece a merced de sus dichos si se repite...»⁴ Mientras el analizante permanece a merced de sus dichos, mientras que no hace más que narrar los mismos acontecimientos, los mismos re-

4 J. Lacan. «L'étourdit» en *Autres écrits*, París, Le Seuil, 2001, p.485

cuerdos, las mismas historias nada se mueve. Es la emergencia de un decir lo que permitirá que se elabore un saber sobre lo dicho.

Para terminar, quisiera recordar como lo ha subrayado Clotilde Pascual en la contribución del Cartel 2 en las enseñanzas de los Carteles del Pase, que hay una lógica de la cura que tiene «de un lado una lógica significativa del sentido, de otro lado discontinuidades significantes en el discurso del pasante en relación a esta lógica».

Es por el efecto de corte de la interpretación que estas discontinuidades significantes se han podido producir en mi análisis, el surgimiento sucesivamente de dos significantes, dos significantes que *ex-sisten* a los dichos, permitieron que se produjera un decir. Dos cortes, dos interpretaciones no en el registro del sentido sino en el registro del equívoco, dos interpretaciones que me permitieron dar un paso, un paso decisivo en dirección al fin del análisis.

El fuera de sentido de la interpretación, la interpretación que en lugar de llenar un sentido queda suficientemente equívoca para dejar una apertura a todos los sentidos posibles permite en el análisis que se exprese un decir. En la práctica es una interrupción de sesión, el hecho de puntuar un significante o una pregunta al analizante, y a lo largo del análisis este tipo de interpretación tiene por función relanzar la asociación libre hasta que pueda producirse un efecto en el análisis. Relanzar la asociación libre hasta que la interpretación produzca el surgimiento de un significante por fuera de la cadena, un significante amo, un significante del goce. Este significante aparece como una evidencia y en el espacio de un lapsus con el surgimiento de este significante que «ya no tiene ningún alcance de sentido», «...tan solo entonces puede uno estar seguro de que está en el inconsciente. Uno lo sabe, uno mismo» como lo subraya Lacan en el Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI. Este significante no es un semblante, el semblante está del lado de la lógica significativa del sentido que enmascara el goce, sino una letra, lo propio de la letra es que reúne las dos vertientes, la del saber y la del goce. Este significante fuera de sentido, fuera de la cadena significativa, esta discontinuidad significativa reduce el sentido al ser del orden del equívoco y hace aparecer el goce.

Julio 2010

Traducción: Carme DUEÑAS, *revisión:* Ana CANEDO

COLETTE SOLER (FRANCIA)

PONER LO REAL EN SU LUGAR

Mi intervención de hoy procede, hasta donde yo sé, de tres fuentes: mi experiencia de los pases escuchados en la EPFCL, mi lectura del «Prefacio a la edición inglesa del seminario XI», y también de los debates que se prosiguen en nuestros Seminarios y cartel en Francia.

He llegado a la siguiente pregunta: ¿cómo se articulan lo que Lacan ha nombrado el decir del análisis y el ICSR (inconsciente real) definido por el goce de una *motérialité* fuera de sentido? En materia de inconsciente todo pasa por el decir: lo que ya está hecho, así como lo que en el análisis se deshace y se rehace. Doy por sentado que el «Saber hablado» que es el inconsciente no puede revelarse sin «que se diga», en el sentido del acto, y que el bla bla analítico no puede encontrar su fin sino a condición de que Un decir se deposite a partir de todos los dichos. El nudo mismo donde Lacan inscribe lo real, hay que hacerlo, es una observación de Lacan, y se hace por el decir. Cuando el nudo se realiza, lo real y el sentido están anudados. Entonces los goces están también anudados, el que se inscribe de la letra fuera de sentido en lo real, entre real y simbólico, y el que Lacan ha escrito goce-sentido (*joui-sens*), entre imaginario y simbólico. A falta de ello, el sujeto puede mantenerse todo dentro del ICSR, ejemplo del Joyce de *Finnegans wake*, o todo en la mentalidad, ejemplo de Pessoa de quien, para satisfacción mía, se acaba de anunciar a mediados de junio un inédito más, unas novelas policíacas esta vez, donde el detective resuelve todo el enigma sin recurrir a la verificación de la experiencia, únicamente por los razonamientos de la mentalidad.

¿Cómo situar entonces la articulación entre el decir y el ICSR? Esta cuestión me parece crucial para el pase, y el Prefacio responde a ella, entiendo yo, aunque implícitamente, cuando Lacan dice «yo soy poema». Yo soy poema, no poeta, o sea determinado por el poema que yo soy sin ser el autor, el artífice.

Ahora bien, ¿qué es el poema? Se habla a veces como si fuera una formación del ICSR, letra gozada fuera de sentido. Pero no es el caso. Es verdad que el poema maneja la materia sonora de la lengua, a veces con genialidad, e incluso se puede gozar de su musicalidad sin pasar por sus dichos. Pero un poema es un decir, y es a este título que se recibe, incluso cuando se trata de la poesía surrealista más hermética. El decir del poema según Lacan es hasta el «decir menos tonto». El poema se sirve del significante el cual es tonto, es decir, en sí mismo fuera de sentido, para producir sentido inédito, sentido inédito que «deja en blanco» el sentido llamado

común. El poema es entonces un nudo de real y de semblante, donde el goce de la letra y el goce del sentido van a la par. Que Lacan agregue a propósito del poema «y que se escribe», no objeta a lo que acabo de subrayar, ya que lo que se escribe en un análisis es un trazo del decir, de la palabra, que por su insistencia traza sus surcos. Ver sobre este punto «Lituraterre» y Aún.

Entonces, cuando Lacan escribe en el Prefacio, yo soy poema, no hay que equivocarse. Esto no quiere decir que yo soy ICSR o síntoma. Es de Joyce de quien ha podido decir él es síntoma. Yo soy poema es más bien yo soy *sinthome*, ya que denomina *sinthome* al decir que preside el anudamiento de las tres dicho-mensiones (dit-mensions) y a la configuración de goce que resulta de él. No perdamos de vista que en 1976, fecha del Prefacio, todas las elaboraciones sobre el nudo están en el trasfondo de lo que Lacan produce. Así, con el decir *sinthome*, la letra fuera de sentido que hace el ICS real no va sola, está anudada al sentido. No es entonces simplemente por credulidad transferencial que cada uno busca el sentido de lo que él es y de lo que le ocurre. Y de hecho, todo lo que sucede en una vida, como en la historia, es vivido en el registro del sentido que yo doy a todo lo que sucede.

Es que el sentido que se elabora entre imaginario y simbólico tiene su propio peso como vector de goce, en otras palabras, es él mismo operante. La verdad no toda efectivamente no es toda poderosa, pero seguramente tampoco toda impotente. Su medio decir puede muy bien mentir irremediabilmente sobre el fuera de sentido, aún así: este medio-decir se sostiene de un real, el del objeto *a* cuya falta no cesa de escribirse, necesario entonces, inherente al «que se diga». No se puede entonces oponer los semblantes y el sentido de un lado, y luego del otro la letra del síntoma como si el goce estuviera todo de este último lado. Si Lacan ha escrito goce-sentido en dos palabras, sentido gozado, es precisamente porque el goce está por todos lados y da consistencia no sólo al síntoma real fuera de sentido sino a los semblantes mismos. Además esta tesis está implicada por la propia definición del discurso como orden del goce, regulado por el semblante.

La manifestación fundamental del ICSR es el síntoma el cual hace ex-sistir el inconsciente en lo real. Para situar su función, recuerdo la 2ª conferencia sobre Joyce, contemporánea del «Prefacio». Hablando del goce propio del síntoma, dice «Goce opaco por excluir el sentido». Agrega «sólo se despierta por ese goce. Ser post-joyciano es saber eso». Podría glosar: ser post-joyciano es saber el espejismo de la verdad de la que toda elaboración de la transferencia atestigua y que se debe a la estructura del lenguaje. Por otra parte, es también saber su mentira, que no es lo mismo que el espejismo, y que no se percibe más que a condición de tomar en cuenta lo que no miente, a saber, lo real del síntoma, por la sencilla razón de que no habla, a pesar de que viene de *lalangue* hablada.

El tema del despertar a lo real que consistiría en despertarse del sentido ha tenido éxito, debido a Lacan, y a veces ha conducido a algunos a jactarse del des-

pertar, olvidando sin duda que Lacan también dijo: no hay despertar posible. Además prosigue la frase que acabo de citar diciendo: «no hay despertar sino por este goce, o sea, desvalorizado por el hecho de que el análisis, recurriendo al sentido para resolverlo, no tiene otra posibilidad de conseguirlo sino es dejándose enredar...por el padre, como ya he indicado.»

Subrayo *desvalorizado*. Esta frase dice que el análisis desvaloriza este goce fuera de sentido ya que dejarse enredar por el padre, por el decir del padre o por el decir-padre, es contar con los semblantes y el sentido. Y esto implica, se dan cuenta, que el psicoanálisis no puede ser joyciano: en el mejor de los casos, post Joyciano si no desconoce el real fuera de sentido, en el peor, pre joyciano, si ignora el ICSR. Es a oponerse a esta última alternativa que Lacan consagró sus últimos años, y pienso que es la alternativa para el psicoanálisis hoy: pre o post.

¿Quiso Lacan despertar el psicoanálisis? El tema circula, pero yo creo más bien que él quería despertar a los psicoanalistas, no es lo mismo. Querer despertar el psicoanálisis querría decir que se le podría aplicar lo que él mismo decía de Joyce a propósito de la literatura, a saber, que querer despertarla «es precisamente firmar que quería su fin». Podemos decir lo mismo para el psicoanálisis: despertarlo del sentido sería ponerle fin.

¿En qué Joyce ha ilustrado el psicoanálisis? Por el manejo del significante fuera de sentido y por el goce del síntoma sin ninguna especie de sentido, ilustró lo que le faltaba al psicoanálisis para limitar la deriva del sentido. Sin embargo Joyce no ilustra la desvalorización de este goce que excluye el sentido, esta desvalorización es lo propio del psicoanálisis. Es precisamente lo que implica el «Prefacio»: el goce fuera de sentido permite poner un término a la cura, es decir, a la deriva infinita del sentido, entonces, a la deriva de la verdad. Pero el texto marca el límite: pone un término a la cura pero no al psicoanálisis, consistiendo precisamente el pase en provocar la continuación del decir analizante, más allá del análisis terminado: que él diga lo que ha captado de cómo y de qué manera la aventura se hizo y se acabó.

Concluyo entonces sobre la cuestión de la articulación: lo real del goce opaco del síntoma es «antinómico a toda verosimilitud», lo que significa que no le debe nada a la verdad biográfica, como sabemos. Incluso si es fechable, lo real sigue siendo disjunto e indeductible de la verdad del sujeto. Misterio. Y bien, este real, que debe tenerse en cuenta, el decir del análisis no pueda hacer más que reconocerlo y «ponerlo en su lugar», el lugar donde hace de tapón al agujero de la verdad, de donde el sentido... huye. Lo real, como «falta de la falta», y sabemos que la falta es la del objeto, marca el límite de lo elucidable. Se le puede decir a este título imposible, imposible de elucidar, pero es un imposible cuya aproximación es nueva. No se demuestra por vía lógica, se manifiesta como afecto. Los afectos de lo real van del horror, o de la angustia si se prefiere, a la satisfacción de fin.

Ponerlo en su lugar, lo real –es la expresión con la que termino– en su lugar de tapón en el nudo, el nudo de donde se rehace el poema borromeo que soy. Esto deja entera la cuestión del saber hacer del poeta, y del buen o mal uso que los psicoanalistas puedan hacer de él. El buen uso sería servir de ejemplo de su decir, pienso, en el testimonio del pase, y en lo que decimos del psicoanálisis. Este poema que, sin nombrarlo así, el analizante recusa al inicio del análisis, es incluso esta recusación que le ha llevado al análisis, este poema entonces, no siendo el autor, puede no obstante firmarlo al final.

Sin embargo, no lee de ello más que unos pedacitos, punto sobre el que insisto. Al final, el sujeto queda expuesto a las manifestaciones de los efectos de *lalangue* que le sobrepasan. Con *lalangue*, Lacan replica al *who Es war soll Ich werden* de Freud, lo cito: lalengua es «un saber imposible de alcanzar para el sujeto». He ahí lo que nos debería precaver de todo vocabulario del acceso, el acceso a lo real, acceso al goce, acceso al despertar. No se accede a lo real, él se manifiesta sin vuestro consentimiento. No se accede al goce fuera de sentido, el os tiene cautivos bajo sus diversas formas. No se accede, pero se puede ceder sobre el «no quiero saber nada de ello» y captar algunas nociones, pero puntuales y efímeras, Lacan lo subraya. Sería igualmente escabroso valorar en conjunto la función del despertar por lo real, lo que no existe más que en la psicosis, y ni tan solo en todas. A falta de lo cual correríamos el peligro de producir una idealización del pase al despertar, que no sería más que otro «no quiero saber nada de ello», esta vez de lo imposible, y lo que no dejaría de darnos aires de sonámbulos.

He dicho que no hay despertar a lo real que se sostenga, como Lacan dice no hay amistad que se sostenga, pero hay sin embargo unos relámpagos. Un relámpago por otra parte no se sostiene, es un laps, un laps de tiempo que nunca ha puesto fin a los ambientes tenebrosos, a pesar de que uno pueda acordarse de lo captado. En cuanto a las tinieblas que nos conciernen, son las del ICS-*lalangue* cuyos efectos son inconmensurables a todo lo que yo pueda decir, y que continúan asaltándome con sus manifestaciones incluso después del análisis. A ello no hay fin, y la lectura-toda, Lacan lo subrayó bastante, no existe, por el hecho de *lalangue*. El no todo del final es también un no todo leer. De donde este final de análisis cuya marca propia es el cambio de posición, es decir, de afecto, en relación a la verdad y a lo real imposible. Este cambio que va del horror a la satisfacción sirve como conclusión pues el afecto testimonia indirectamente que lo real ha sido puesto en su lugar por y dentro del decir del analizante. Tal es finalmente el efecto terapéutico-epistémico del psicoanálisis. Y él es el único que lo tiene.

Traducción: Rosa ESCAPA

CORA AGUERRE (ESPAÑA)

FIN DE ANÁLISIS, PASE Y ESCUELA

El momento del fin de análisis se espera pero no es pensado ni calculado. Se produce por sorpresa. Aparece un nada más que decir, un límite a la asociación libre y la certeza súbita de que el goce del inconciente ha dado sus razones. En el final la falta, el agujero, el desamparo aparecen de un modo radical pero resultan soportables. Hay la liviandad y el poder hacer con el desamparo. La liviandad, lo que se aligera es efecto del atravesamiento fantasmático. El fin de análisis permite soportar sin recubrir el agujero central, que es un real del que nada se puede decir, un límite.

En el transcurso de la cura ha habido una repartición, el analista ha alojado el objeto y el significante ha estado del lado del sujeto. Al final el sujeto se confronta con la castración sin tapujos. Este es el momento del pase clínico, del relámpago al que se refiere Lacan en «La Proposición del 67», que por un instante ilumina, da luz a una zona que aparecía en sombra.

El final no da una solución a la división del sujeto, si no que la refuerza pues lejos de cerrarse aparece sin velo a partir de la caída del objeto. A partir de este agujero el deseo opera como motor y tiene efectos sorprendentes porque va más allá de lo calculado. Los efectos son el entusiasmo y el pasaje del analizante a analista que opera a partir de la falta central. Esto marca un corte y permite un nuevo anudamiento que mantiene el agujero central y que tiene efectos en la clínica y en la transmisión del psicoanálisis.

El efecto de satisfacción, de lo que funciona marca el final. La libertad conquistada, el no estar en deuda y orientarse por lo propio a partir de lo que se ha decantado en el proceso. Lacan habla de la resolución de la incógnita de la ecuación en la salida del análisis en su texto de «La proposición del 67». El reconocimiento de la diferencia a partir de la particularidad de la solución que cada uno construye facilita el encuentro con el otro como otro. El goce fijado al objeto deja lugar a un goce posible, anclado en la alteridad, en la diferencia.

El fin de análisis supone el pasar de la impotencia a lo imposible. En el fantasma hay una ficción del Otro en la que se corrige su inconsistencia. En el final la ficción se hace evidente, y aparece la inconsistencia del Otro. El final pasa por la aceptación de lo que no ha podido ser, que remite a lo imposible. La castración del

Otro es una versión de la propia y es por ello por lo que durante tanto tiempo el neurótico la tapa.

Cuando la castración se juega a partir de la caída, del atravesamiento fantasmático la transferencia cae. El analista que ha ocupado el lugar de semblante de objeto en la cura pasa de «a» a «A» barrado. El viraje del final consiste en una inversión de un lado al otro que permite al sujeto alcanzar el ser. En el análisis el sujeto se ha mantenido en la indeterminación, dejando el ser del lado del analista. Al inicio el síntoma de transferencia y la falta en ser, y al final el síntoma fundamental y el ser de goce.

El final supone la pérdida de la indeterminación. El sujeto se desprende de la cadena de su historia, de la cadena que lo constituyó. Se trata de un momento de conclusión y de franqueamiento del «no quiero saber».

El Pase

¿Qué es un analista y qué esperar del analista? Estas preguntas atraviesan la enseñanza de Lacan y en los textos institucionales encontramos valiosas indicaciones y orientaciones. ¿Qué decide a alguien a ocupar ese lugar de deshecho? En el texto de Jacques Lacan «Sobre la experiencia del pase», se refiere a lo que en el momento del pase hay que apreciar, «por qué alguien asume el riesgo loco de convertirse en aquello que el objeto a es» y también al pase como dispositivo que permite a alguien que se autoriza él mismo a ello, o que está a punto de hacerlo, dar a conocer qué fue lo que lo decidió a introducirse en un discurso del cual, nos dice, no es fácil ser el soporte.

Estas preguntas están en el corazón del pase y de la Escuela. En la creación de su Escuela, Lacan aborda la cuestión de lo real en la experiencia psicoanalítica.

La vía de entrada es el síntoma como pregunta dirigida al analista. El tiempo de comprender, del enredo es un tiempo largo y finalmente el tiempo de concluir se precipita, fin de la verdad mentirosa a la que el sujeto se hallaba prendido. La cadena inconsciente, de la pulsión se descifra a partir de la asociación libre y es consistente, insistente, porque se entreteje con el goce.

¿Cómo deducir el deseo del analista al final? Aparece a partir del agujero central que opera en el nudo borromeo, pero también se engancha de manera particular al *sinthome* de cada analista, lo que dará distintos estilos de analista. Cada analista lleva su marca, y de ella en el pase se podrá dar cuenta, en el uno por uno, acerca de qué los llevó esa decisión loca de aceptar convertirse en aquello que el objeto «a» es. Nadie se convierte en analista por lo que sabe, se trata de otra cosa, de un real en juego. Real en juego en la formación del analista que está en el corazón mismo de la experiencia y justamente porque se trata de un real en juego es

difícil de decir, de cernir con palabras. Lacan se refiere al pasaje de analizante a analista como a ese empalme del que se ocupa y del que la Escuela puede dedicarse a disipar. Obra para la que es necesario el trabajo de Escuela y en la Escuela pues no se realiza a solas.

Se trata como nos dice Lacan en un texto muy vivo que es el de «La experiencia del pase», de una experiencia radicalmente nueva pues el pase no tiene nada que ver con el análisis. En el análisis la asociación libre y en el pase el testimonio de lo que la experiencia ha supuesto para el sujeto y de la mutación que se ha operado. La experiencia tiene algo de darle la vuelta a un guante al hacer el recorrido por la cadena a través de la cual se constituyó, de la cual se proviene. El relato hecho del recorrido en el pase supone una pérdida pues implica un punto más de separación. La imagen que para mí lo evoca es la de una cáscara de la que uno se desprende y cae. Un desprendimiento pues aquello que se ha guardado como un tesoro, la historia, lo íntimo, pierde relevancia. El relato cobra estructura de ficción y circula.

Decidir hacer el pase supone poner punto final, un límite, una decisión, un acto que marca un antes y un después.

En el análisis el puzzle se va armando por trozos, retazos, pero en el pase en lo que se transmite se trata de seguir el hilo, de argumentar a partir de lo que se ha armado y de sus consecuencias. La experiencia ha tenido para mí un efecto de andamiaje al empalmar el recorrido en el relato y un punto más de franqueamiento al «horror al saber».

La experiencia supone el compromiso con la Escuela, lugar privilegiado de formación y de confrontación con los colegas. Afrontar el pase supone justamente poner a prueba, intentar cernir algo de ese real en juego en la formación del analista y real en juego también en las instituciones analíticas.

En mi experiencia, el deseo, el interés por el pase estaba hacia mucho tiempo, tiempo antes de terminar el análisis pero me detenía la dificultad de poder decir acerca del deseo que estaba en juego. Lo veía pero no con la suficiente claridad. Por otra parte la posibilidad de la nominación me echaba atrás por el compromiso y por el temor que me producía. Es cuando decido pasar por la experiencia del pase con los riesgos que comporta, que la nominación como posibilidad es aceptada, algo podré hacer con ello.

Entiendo que el poder hacer con la nominación también forma parte del proceso y de la elección de ser miembro de la Escuela, por el lugar central que el pase tiene en ella.

Como respuesta a la decisión hay un sueño, que me conecta con la infancia. En el sueño estoy en un parque infantil, en un día de sol, con una sensación de liviandad agradable, hay un tubo y me acerco a él, y veo al fondo una rata. Veo la

mirada de la rata y despierto. El horror es tal que durante un tiempo no puedo ni pensar pero sin embargo sé que hay allí algo fundamental que me atañe. La sensación de rechazo es muy fuerte y se manifiesta en el cuerpo como repulsa. La rata parece dormida pero mira a través de un ojo. Representa lo pulsional en juego. Aparece un goce que está en juego desde la infancia. Durante mucho tiempo había creído que era el Otro que me metía en los líos y enredos, que me decía de más, que me usaba como confidente, pero en el sueño lo que aparece no es lo que ha venido del Otro sino lo propio. Está en juego la curiosidad, el interesarme por lo que por los demás es desechado, por las miserias. Aparece la mirada puesta en juego, miro y veo el otro lado de mi ser de sujeto, el reverso de cómo he sido nombrada.

Me despierto con horror. No puedo pensar en este sueño, lo rechazo y me hace estremecer. Aparece el horror a saber sobre lo propio, sobre lo que está allí desde la infancia y ha marcado un estilo, un modo de hacer y de estar. Sabía sobre ello pero en el sueño aparece de un modo descarnado y toca lo real.

Lo que en el sueño aparece está del lado del *sinthome*, es decir de lo que permite hacer lazo, y establece un nudo entre goce y deseo, entre un goce que fija y un deseo imposible de decir todo. Este modo de hacer, este interesarme desde niña por saber cómo se las arreglaban los demás con las cuestiones de la vida, la muerte y la locura marca una cierta orientación por lo real, un querer saber sobre ello porque el saber me aliviaba. Eso movía mi curiosidad, era de lo que quería saber y lo buscaba en lo que veía y escuchaba y también a través de la literatura. Nunca encontraba aquello que buscaba, la solución, el como hacer con los enigmas de la sexualidad, el amor, la vida y la muerte y la locura.

En el inicio del análisis y de la decisión de formarme como analista está el psicoanálisis como ideal, como lo más atractivo para mí, y lo que suponía un brillo. En lo que aparece en el sueño ya no se trata del psicoanálisis como ideal, si no del horror de saber lo que hay puesto en juego en este deseo. No hay velo y el deseo del analista aparece conectado con aquel deseo de la infancia. Desde esta perspectiva el deseo del analista conecta con lo infantil, como respuesta a lo real aparecido en la infancia.

El *sinthome* particular, de algún modo favorece, permite abrochar el deseo del analista como efecto del análisis. No se trata de buscar la verdad como en el inicio, ni de resolver a partir del Otro el enigma, ni de escuchar por glotonería. Solo se trata de escuchar desde el agujero a partir de haber cernido algo del propio horror al saber.

El saber no está todo cocido, debemos inventarlo, nos dice Lacan en «La Nota italiana» y la Escuela, como lugar de encuentro, de intercambio, de puesta a prueba nos permite avanzar en esta dirección.

La Escuela no es confortable, pero tiene la función de ponernos al trabajo, de funcionar como acicate, de forzarnos a dar razones, a exponer, poner a prueba, no solo en el pase, sino también a prueba continua en el trabajo con los colegas.

La Escuela nos divide, siempre nos mueve y si no hay una incomodidad excesiva, que entonces no permite trabajar y funciona como resistencia, una Escuela un poco incómoda, una Escuela donde ninguno nos podemos acomodar, instalar, no le va mal al analista.

15 de junio del 2010

Bibliografía

Lacan, Jacques. «Acta de Fundación». 21 de junio de 1964.

Lacan, Jacques. «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el analista de la Escuela», *Revista Scilicet n° 1*, Ed. du Senil, 1969.

Lacan, Jacques. «Nota Italiana». 1973.

Lacan, Jacques. «Sobre la experiencia del pase». 1973. *Lettres de l'École freudienne*, n° 15, junio de 1975

Lacan, Jacques. «Prefacio a la Edición Inglesa del Seminario XI», 17 de mayo de 1976.

Varios. «Retour à la passe». *Forums du Champ Lacanien*. 2000.

Soler, Colette. *Lacan, l'inconscient réinventé*. Presses Universitaires de France. 2009.

ELISABETE THAMER (FRANCIA)

EL PASE NO-TODO: LA PRUEBA DEL PASADOR

La palabra «pase», escogida por Lacan para designar el dispositivo de Escuela que apunta a recoger los testimonios de fin de análisis, es una palabra tanto más precisa porque considera los *impasses* implicados en esta transmisión. *Impasses* de la estructura sobretodo, porque el núcleo de esta experiencia no es posible articularla en la palabra: el objeto, «que queda atravesado en la garganta del significante» (*Seminario XI*); el deseo, «la imposibilidad de esa palabra» («Dirección de la cura»); *Lalangue*, es un neologismo que «sirve para otras cosas muy diferentes de la comunicación» y el diálogo (*Seminario XX*); y el inconsciente-real, fuera de sentido, que como dijo Colette Soler en uno de nuestros últimos seminarios de Escuela, cuando lo intentamos pensar, ya no estamos en él.

Lacan, en su escrito «Acerca de la experiencia del pase, y de su transmisión» (1973), comentando la idea según la cual el pase sería una especie de «relámpago», evoca un fragmento de Heráclito. Cito: «Esto despertó inevitablemente en mí el eco de una célebre frase de Heráclito comentada por Heidegger en un libro publicado hace poco en francés y que dice: *τας παντα οικρακιτζει κεραυνοσ* [*ta panta oiakizei keraunos*]. Lo cual significa: «El trueno rige *τας παντα* [*ta panta*]», esto es intraducible. Diels, quien reunió los fragmentos de Heráclito y formó con ellos la recopilación, en cierto modo, definitiva, autenticada, traduce esto como «el universo», y con ello lo falsea todo. *Τας παντα* [*ta panta*] es algo así como «los todos», «los todos» en cuanto diversos, en cuanto que hay un montón de todos. Hay un montón de todos que son radicalmente distintos. «A los todos los rige el relámpago. «Quizás el relámpago los lance un poquito hacia el universo, pero ciertamente demuestra que no lo hay» (*Ornicar*)

Lo que me gustaría subrayar aquí, no es la imagen de «el relámpago»— que ha sido ya demasiado repetida entre nosotros, sino *ta panta*— «los todos». *Panta* es una palabra griega muy apreciada por Lacan, palabra que recogió entre los *impasses* de la lógica aristotélica para construir su noción de *no-todo*.

«A los todos los rige el relámpago». La traducción de Lacan, y creo que tiene razón, otorga al fragmento de Heráclito su carácter paradójico. El relámpago del pase no rige todo, ni los todos que podrían constituir el conjunto de la Escuela.

A modo de introducción, quiero recordar como el dispositivo del pase es una experiencia no-toda para cada uno de sus actores:

– Del lado del pasante, que intenta transmitir lo esencial de su experiencia a los pasadores, a pesar de los *impases* inherentes a la estructura del lenguaje. Él no sabe lo que los pasadores entenderán de lo que él ha testimoniado ni cómo lo transmitirán al cartel del pase,

– Del lado del pasador, al no disponer de instrucciones para ejercer su función, desconoce a su vez lo que el cartel entenderá de lo que va a presentar. Abandona el dispositivo sin participar en la elaboración del cartel y sin que se le informe del resultado;

– Del lado del cartel, debe decidir a partir de lo que ha entendido de los pasadores, sin encontrarse directamente con los pasantes.

Cada uno de los actores tiene, pues, acceso únicamente a un fragmento de la experiencia.

Preparando esta intervención, me interesé especialmente los textos de mis colegas que, al igual que yo, han participado en la experiencia del dispositivo del pase como pasadores. En la lectura de dichos textos, constaté que la experiencia de cada pasador es y permanece radicalmente singular. Singular, en cuanto al efecto sobre el propio pasador o sobre lo que retienen de la experiencia. Y eso, aún cuando se trate de dos pasadores que participaron en un mismo pase que desembocó en una nominación de AE. Así pues, como desarrolló Pascale Leray en su texto «La prueba del pasador»: no hay identificación para el analista, tampoco hay identificación para el pasador.

Yo les hablaré, entonces, de algunos puntos extraídos de mi propia experiencia en el dispositivo.

En los textos de los pasadores sólo hay un rasgo común; la sorpresa de la primer llamada telefónica que le comunica que ha salido sorteado para ejercer dicha función. Por mi parte también supuso una sorpresa, pero «una sorpresa que no lo fue». Es la frase que me vino a la mente en el momento de la llamada. Me explico: En modo alguno mi analista me había informado de esta designación, pero yo sabía que atravesaba un momento crucial en mi análisis, que se distinguía de todo aquello que había podido atravesar anteriormente, algo del orden de lo inédito. Uno de los efectos de ese momento crucial fue que yo había decidido presentar mi demanda para ser miembro de esta Escuela. La contingencia hizo que estuviera preparando mi carta para la Escuela en el momento mismo en que el teléfono sonó... Esto pone de relieve, por cierto, la contingencia, pero esto me demostró el rigor lógico que anuda un análisis y una escuela orientados por el pase, el de mi analista al autenticar ese momento clínico, mi «deseo» de escuela como una con-

secuencia de ese momento y el sorteo llevado a cabo por el pasante. No hay que decir que no dudé un solo segundo en aceptar esta función.

He elegido hablarles de un momento de mi experiencia como pasador donde localizo un punto destacado de esta prueba: una de mis reuniones con un cartel. El pase que había escuchado era, desde mi punto de vista, una verdadera depuración de un largo recorrido analítico. Un testimonio bien estructurado, que no se perdía en detalles biográficos superfluos, transmitiendo lo fundamental de la historia (con y) de su análisis, poniendo el énfasis en el advenimiento de algunos elementos de *lalangue* tras una interpretación de su analista. Esto me pareció claro, una demostración.

No obstante, muy al principio, desde el comienzo de la reunión con el cartel, cuya escucha era muy atenta, tuve la impresión de que no entendían lo que yo había entendido, eso no «pasaba». Retomo aquí la expresión de Mireille Schema-Erdös («una palabra, dos pases»). Todo esto pasó, por supuesto, sin que el cartel manifestara en mi presencia sus opiniones. Me formulaban preguntas, en su mayoría sencillas, a las que no podía responder por el simple hecho de que el pasante no las había mencionado y a mí no se me había ocurrido plantearlas. Yo ni lo había pensado.

Al salir de esta reunión sentí cierto malestar. Lo que intentaré detallarles, son las preguntas que me surgieron en ese preciso momento, donde el pasador entiende algo que el cartel no entiende. Espero lograr hacerles captar como viví ese lado no-todo de la experiencia del pase.

1) La primera idea que se me pasó por la mente fue que «no había hecho bien mi trabajo». Aseveración que, evidentemente, tenía que ver con un resto de mi propio síntoma. Sin embargo no se trataba de sólo una respuesta porque ¡simplemente, había otro pasador!

2) La segunda idea, todavía en esta línea del «*mea culpa*», fue: «¡Pero yo no tengo experiencia de pasador!». Idea que no se sostenía demasiado, porque nada me aseguraba que yo volvería a salir sorteada. Y aunque se diera el caso, nada indica que se pueda hacer una serie. Por otra parte, probablemente sea mejor que el tiempo y/o la cantidad de pases sean limitados.

3) A continuación: ¿Eran realmente esenciales algunas de las preguntas planteadas por el cartel?

4) Finalmente, reflexioné sobre la genialidad del dispositivo de Lacan. Puede ser que entre los dichos de un testimonio se despeje un decir que en cierto modo los contradiga.

Como Uds. pueden constatar, ninguna de mis elucubraciones me permitió encontrar bases para esta prueba. Para mí, sigue siendo una experiencia indecible

que desveló la dimensión contingente y de riesgo, en el pleno sentido de la palabra, que alberga el dispositivo.

Todas estas cuestiones me rondaban por la cabeza cuando tuvo lugar el primer encuentro internacional de Escuela, en Buenos Aires, al que acudí. Este encuentro resultó fundamental para mí. Allí me di cuenta de que la cuestión del pase, de lo que se espera encontrar en los testimonios de fin de análisis, no despertaban una opinión unánime. Yo pude entender de las intervenciones de miembros de carteles que ellos mismos se sentían turbados por lo que allí encontraban o no encontraban, que eso dependía, en parte, del hecho de que ellos estuvieran orientados –permítanme expresarlo así– por los momentos diferentes de las enseñanzas de Lacan. Este encuentro no fue sin efecto sobre mí: en primer lugar «desidealicé» el cartel, al que concedía, tal vez todavía, *UN* saber incuestionable, un saber-todo.

Constaté igualmente la importancia del trabajo que la Escuela debe llevar a cabo a este respecto, sobre todo si se toma como referencia el texto del Prefacio de 1976. Debo decir, entonces, que fue a partir de ese momento, en Buenos Aires, que yo, efectivamente, me di cuenta de la dimensión no-toda del conjunto del dispositivo. Digamos que antes tenía una aprehensión formal. Me di cuenta también que nada orienta la escucha del pasador salvo su propia experiencia del pase, pase que él «es todavía» según Lacan en la Proposición. El trabajo de la Escuela no es sin efecto sobre su función. Por otra parte, esto vale, me parece, para todos los actores del dispositivo.

Paradójicamente, podría ser que, la constatación de esta dimensión no-toda del pase fuera la que aligeró a posteriori el ejercicio de mi función de pasador. No me he abstenido de plantear todas las preguntas que suscitaba en mí un testimonio. En calidad de «placa sensible» del dispositivo, en mis preguntas tomo en cuenta también ciertos aspectos que podrían ser importantes para el trabajo del cartel. Y por otra parte, los pasantes dicen sin dudar si esas preguntas son importantes o no para la transmisión. Yo aprendí igualmente con esta prueba que el pasante sabe más de lo que entrega durante su testimonio, porque, como dijo Lacan en la «Nota sobre la elección de los pasadores», ese saber «necesita construirlo con su inconsciente». Y ese saber puede no convenir «para orientarse en otros saberes». Por eso, justamente, se necesita un pasador.

Esta experiencia me abrió un marco de reflexión sobre la cuestión de la transmisión de la experiencia analítica, sobre todo para los pases cuyo desanudamiento del análisis fue construido alrededor de «significantes disjuntos», como dijo Clotilde Pascual (Cartel 2). Pases donde los elementos dispersos de *lalangue* – radicalmente singular y fuera de diálogo– juegan un papel crucial. Esos momentos de pase, a menudo fulgurantes como un relámpago e inolvidables para el pasante, pueden no pasar si no están anudados con la hystorización necesaria para testimo-

niar de la verdad mentirosa de la que el sujeto se ha liberado. La luminosidad del relámpago del momento de pase puede dejar en la sombra ciertos elementos del análisis, entorpeciendo la transmisión del saber adquirido.

El rol del pasador es crucial en este punto: hacer que pase a la luz, si es posible, el índice de una satisfacción inédita, a pesar de los *impasses* de la estructura.

Tengo que agradecer por esta experiencia a los pasantes, al analista que me designó pasador, a los miembros de los carteles, y a la Escuela.

Traducción: Maria Eugenia LISMAN

MICHEL BOUSSEYROUX (FRANCIA)

TAPÓN DE LO REAL Y SALIDA DEL ANÁLISIS

El problema crucial que quiero plantear aquí, se encuentra en lo más vivo de las cuestiones planteadas por los fines de análisis y nos lleva al advenimiento de lo real y su relación con el tiempo del fin. Este planteamiento proviene de lo que me ha enseñado la experiencia de nuestro cartel 2 del pase, en lo concerniente al testimonio que ha recibido del pase que nos ha conducido a decidir unánimemente una nominación de AE en diciembre del 2009.

Lacan en su «Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI», habla de lo real como un tapón. Es importante comprender bien desde el principio que calificando así lo real, Lacan toma a contracorriente la doxa que consistía en hacer del objeto del fantasma el tapón de la falta en el Otro. Desde este punto de vista, Lacan opera en este «Prefacio» de 1976 una especie de reajuste de su «Proposición» sobre el pase del 9 de Octubre de 1967. Desplaza el tapón del objeto hacia lo real, con el propósito de proponer una salida a lo que la verdad mentirosa mantiene en impasse.

Puesto que se trata de que el análisis en tanto orientado hacia lo real, encuentra su salida gracias a lo que de lo real hace tapón. Lejos de que este tapón obstruya la puerta de salida del análisis, es él el que, paradójicamente la abre. No hay salida

del desciframiento interminable del inconsciente en la carrera hacia la verdad mentirosa ni desatascos de lo que se ciñe alrededor del duelo del objeto (a), sin que lo real venga a hacerles tapón.

Veamos en que términos Lacan lo expone en este «Prefacio». Lo enuncia después de haber dicho porque ha dejado su proposición sobre el pase «a la disposición de aquellos que se arriesgan a testimoniar lo mejor posible de la verdad mentirosa»: «Lo he hecho por haber producido la única idea concebible del objeto, la de la causa del deseo, es decir lo que falta.» Es allí que añade: «La falta de la falta hace lo real, que no surge ahí mas que como tapón. Ese tapón que soporta el término de imposible, y del cual lo poco que sabemos en materia de real muestra la antinomia a toda verosimilitud» La falta de la falta, en tanto tapa la falta que se escribe (a), hace lo real. Lacan hace pues de lo real el tapón de la causa del deseo (a), del que la falta es la zanahoria que sostiene sin fin la persecución de la verdad mentirosa.

El principio de detención está en que: no *hay desatascos de lo que al final perdura sin un pase. por lo real en su función de agujero obturador*, tal como los anatomistas llaman extrañamente al agujero del coxal aunque de hecho es la carne pudenda la que hace de obturatriz. (doy las gracias a Jean Pierre Bonjour por recordarme esta curiosidad anatómica en su denominación intensamente equívoca)

Tapón *de* real, anótenlo, esto puede entenderse de dos formas, según que el genitivo sea subjetivo u objetivo. Ya sea que lo real es *el taponador* o que es *el taponado*, lo que no es lo mismo. Siendo la cuestión, saber: si es taponador, ¿qué taponas? y si es taponado, ¿qué le taponas?. Veamos estos dos tapones en el nudo R.S.I. tal como Lacan lo aplanas para situar en él en tres planos el ternario freudiano: Inhibición Sintoma y Angustia. Yo me detendré en el sintoma y la angustia, pues cada uno tiene una vinculación a lo real

Topológicamente hablando, lo que hace síntoma es el cierre, *en el círculo de lo Real*, del plano abierto del Inconsciente-lalangue, el cual ex-siste por la abertura del círculo del Simbólico en una semi-recta infinita. Por lo que hace a la angustia, es el cierre, *en el círculo del Imaginario*, del plano abierto del Falo, el cual ex-siste por la abertura del círculo del imaginario en una semi-recta infinita. Esos dos planos están encabestrados borromeamente con un tercero, que ex-siste por la abertura del círculo del imaginario en una semi-recta infinita que se cierra en inhibición *en el círculo de lo Simbólico* donde Lacan, en Roma, en «La Tercera» sitúa el preconsciente. Más adelante, situará en el mismo lugar la ex-sistencia de *Lavida* que el escribe, como *lalangue*, en una sola palabra.

Así pues, el sintoma es lo que del Inconsciente-lalangue se inmiscuye en lo Real. «*Le sinthome es lo que del inconsciente aparece en lo Real y ocupa su espacio*». Ahí, es lo real lo que es taponado y el síntoma el que, en tanto tapón, *manifiesta* el in-

consciente real. Mientras que la angustia es lo que de Real aparece en el imaginario en el que el cuerpo consiste. *La angustia es el acontecimiento de lo real en tanto viene a ocupar la dimensión del cuerpo.* En este caso es el Real el que se hace tapón, bajo la forma de aquello mediante lo cual lo imposible agarra en la garganta: la angustia.

Dense cuenta de que si el síntoma toma todas sus comodidades en el círculo R, también va morder más o menos sobre el verdadero agujero del nudo, aquel que Lacan sitúa allí donde el Imaginario monta sobre lo Real. De forma que el síntoma participa de la religión del agujero. ¡Y como lo expresa Lacan, «*la religión es un síntoma*»: *sirve para eclipsar el agujero de Dios!*

Vuelvo a la frase de Lacan: «la falta de la falta hace lo real, que no surge de ahí mas que como tapón». La falta de la falta: es así como Lacan en 1963 califica la angustia. Lo real no se manifiesta más que allí donde la falta viene a faltar, como tapón, peso de angustia que afecta al cuerpo. Ya que cuando falta la falta, uno no se siente bien. Y si este tapón encuentra todos sus acomodos en el Imaginario, la completud ¡es el pánico! Pues entonces va a morder sobre la parte del simbólico que monta sobre el Imaginario: el sentido. *Ahí, el Real-tapón no hace otra cosa que estar excluido del sentido: lo eclipsa, oblitera su lectura.* Impide el acceso al inconsciente-que-se-lee. Como tal, el Real-tapón es lo que hay de más antinómico a lo verosímil y la angustia es su acontecimiento tipo. Ahí, lo Real-acontecimiento, lo Real que adviene como tapón no es el imposible que se demuestra lógicamente *es el imposible que afecta.*

¿Qué hace falta para que, de estos acontecimientos de lo Real, tan antinómicos a toda verosimilitud y que se repiten en el curso del análisis, sea asumido finalmente el acto que haga virar la angustia a la satisfacción del fin? hace falta que el tiempo del fin *apriete*. Puesto que para que se de un *fin final (passe de fin)* hace falta que opere un plazo de tiempo, que entre en juego en la experiencia analítica de lo real y que introduzca una nueva cuenta atrás del tiempo que, como tiempo de las consecuencias, llame al acto.

Sin embargo, ¿qué es lo que mantiene los tiempos de ciertos finales de cura en un «finalizamiento sin fin» como dice Hélene Cixous hablando de Beckett?. Es importante tomar la medida de la dinámica temporal que da cuenta de la distancia entre el pase y el fin. Distancia que se estira, dice Lacan en el «Atolondradicho» «tanto como dura el duelo del objeto (a)» al cual el analizante ha reducido finalmente a su analista.

Así como hay duelos interminables, es concebible que pueda haber pases sin fin. Pero lo que es más importante de captar, es la causa que sostiene la duración de ese duelo y que ralentiza su final, puesto que si el fin se retrasa, y a menudo tarda mucho en llegar, es porque hay un freno, un retardador. Es lo que descubre San Pablo, el testigo del tiempo mesiánico, aquel que abre a una temporalidad de la

realización y de la decisión que hace temblar el presente. El fin, para él, cuyos restos no están lejos de aquí, en San Paolo Fuori Le Mura, es la parúsia, es decir el acontecimiento de lo Real, el día en que lo real «*parest*», como lo escribe Lacan, es decir donde lo *Real esta al lado, aparte, fuera de sentido*. Pero como lo explica en su segunda carta a los Tesalónicos, hay un «*Katèchon*», un retardador. Este retardador que es interno al tiempo lógico del duelo y que separa pase y fin y que hace aplazar el fin, es el objeto (a). Que sea el objeto (a), es decir lo que falta, lo que hace obstrucción, tapón al pase al final, no es la menor de las paradojas del tiempo del fin del análisis. Es eso que falta lo que tapa, lo que cierra la puerta de salida. Si el objeto es el «*Katèchon*», el retardador del fin, es necesario que otra cosa intervenga: lo real, lo real del inconsciente.

Detrás de la puerta de salida cerrada del tiempo lógico no hay nada... *sino aquello que falta*. Para abrirla, hace falta que otro tapón la empuje: áquel que es la falta de la falta que hace lo real. De modo que la falta del objeto (a) es el retardador que dificulta abrir la puerta, la falta de la falta que hace lo real y aquello que empuja a abrirla... antes de que sea demasiado tarde.

En el testimonio de pase respecto al cual nuestro cartel decidió la nominación, había esta puerta cuyos goznes significantes permitieron la segunda vuelta del pase de fin que abre la cuestión del ser a lo real.

La primera vuelta del pase se había producido a medio camino de la cura, después de un sueño en el que un nombre propio hizo suficientemente enigma para hacer surgir après-coup en lo real –y gracias a un cierto manejo, en el modo de intervención del analista del tiempo-que-presiona– un significante olvidado de lalengua de la abuela, el ladino. Este significante abrió una puerta sobre el goce fantasmático de la madre de la pasante, que le asignaba el lugar de un ser al cual el derecho de estar vivo le había sido negado hasta ese momento. Este pase clínico tuvo un efecto inmediato de liberación, claramente advertido por el analista que no dejó pasar la ocasión para designar pasadora a su analizante.

La segunda vuelta del pase, que hizo desembocar el análisis hacia la satisfacción del fin, vino de la rememoración de un sueño de repetición de la infancia, en el que era una puerta cerrada lo que hacía enigma al sujeto: acerca de lo que había detrás de esa puerta, él no sabía nada. A la pregunta angustiante del analista: ¿Quién hay detrás? ella no podía contestar más que: *nada*. Pero el analista insistió, más y más, y de manera incluso agresiva, presionándole para que respondiera: «Pero ¿Quién? ¿Quién?». En esta ocasión es el deseo del analista de la pasante el que a fuerza de presionar, de forzar la falta que faltaba, hizo salir lo real como tapón de lo imposible. La palabra que acabó por salir de la boca de la analizante no surgió sin sorprenderla. Efectivamente, de lo que faltaba decirse porque es lo que falta y que, detrás de la puerta de la palabra, es la causa del deseo, este significante inverosímil venía a tapar un rincón. Era pues la falta de la falta la que con este significan-

te apareció en el Imaginario. Entonces lo que surgió, como tapón de Real, fué un nombre propio que, para Hannah Arendt que la analizante leía, personificaba la banalidad del mal y que, en ese momento vino a hacer para ella, propiamente hablando, nominación de Real. Ahí está el pasaje que hace pase final de la angustia a la satisfacción del fin: *en esa reducción de la angustia su función performativa de nominación de Real* en tanto que quinto redondel que la re-anuda borromeamente al cuerpo, a lo simbólico y al síntoma, el pase a lo Real habiendo puesto patas arriba y convertido en inestable el viejo nudo de cuatro que organiza la realidad del neurótico y que a Lacan le gusta llamar «pépère».

Abriendo la puerta de su sueño de infancia, la pasante llegó así a abrir la puerta del horror de saber del que su padre la había querido proteger todo el tiempo. Este pase de fin ha puesto fin inmediatamente a la culpabilidad que la devoraba desde un síntoma infantil. Ella que de pequeña la llamaban plana, tan plana como para pasar bajo una puerta, ha sabido testimoniar en su pase de un aplanamiento de lo real que satisfizo suficientemente nuestro cartel.

Finalmente, quiero añadir que *la tyché* hizo que uno de los pasadores se viera obligado por lo real a retrasar dos meses el momento de reunirse con el cartel, de forma que no fue hasta un segundo tiempo en un segundo testimonio que pudimos escucharle, y pidiendo al primero que nos volviera a precisar de nuevo ciertos puntos... y fue entonces que no dudamos un segundo en pronunciarnos por la nominación.

Roma, 9 julio de 2010

Traducción: José MONSENY

CARMELO SIERRA LÓPEZ (ESPAÑA)

TIEMPO DE EXPERIENCIA COMO PASADOR Y SUS CONSECUENCIAS

De todas las entradas posibles en el dispositivo del Cartel, la mía, se produjo por el atajo de la sorpresa. Sorpresa que reveló de golpe, con la fuerza del acto, la otra cara desconocida del sujeto. Fue una entrada totalmente inesperada, ya que no disponía de información alguna sobre el hecho de haber sido propuesto por mi analista para entrar a formar parte de la bolsa de posibles pasadores, de modo, que al recibir la llamada del pasante preguntándome si aceptaba la función correspondiente, me llevó un tiempo el comprender de qué se trataba. La división que experimenté me llevaba, no sin cierto grado de angustia, a la pregunta de: ¿dónde estoy?, ¿ahí me encuentro? Era una noticia que, de golpe, mostraba un lugar del que yo «no teniendo conciencia» de estar, era localizado como sujeto. La posibilidad de participar en este dispositivo de la Escuela era algo que me quedaba muy lejos, tan lejos, que no recordaba haberme detenido a pensar en ello.

Así que, con esa ausencia de fondo, ante la llamada telefónica, la presencia de tal notificación, me suspendió en un vacío y soledad que tomó valor de acto.

En un mismo instante, se comprimió la novedad de la información y la propuesta de una decisión que me afectaba. Era un tiempo donde se había borrado ese tiempo lógico de comprender que me resultaba tan seguro y protector, quedando, en su defecto, un hueco en el centro. Di, no obstante, un respuesta, pues se movilizaron los resortes de la red significativa del Otro, pero creo que fue el vacío del no saber, quien ganó la partida a favor del deseo de saber, para decidir que sí aceptaba. De hecho, no sabía porqué, aunque lo había hecho.

Fue posteriormente, ordenando ideas, cómo advertí que algo que se había jugado en mi recorrido analítico estaba implicado en ese empuje del lado del deseo, pues no solo movilizó y activó mi curiosidad por la experiencia del pase, sino por mi propia experiencia de análisis avocándome a la pregunta del fin y del final del mismo.

De esta manera acepté la responsabilidad y la implicación que ello significaba, pero al propio tiempo, esa decisión se me iba mostrando con otras caras más inquietantes.

Fueron acudiendo a mí los temores de mi falta de conocimientos teóricos, de mi falta de habilidad para transmitir, de mi desconocimiento acerca de las instituciones, mecanismos y dispositivos de la Escuela... me amenaza no saber hacer en definitiva que, paradójicamente, era el mismo que movilizaba mi interés por la experiencia, de tal manera, que me podía significar que ya no había retorno, que no era posible el pase.

Era, pude comprender después, este miedo por mi ignorancia, un miedo sintomático ante el que no reculé, lo que supuso un empuje del deseo que me animaba a ir ordenando el campo del saber adquirido en mi experiencia como analizante, pero sobre todo, revitalizó, ese posicionamiento firme del no al goce del síntoma, mi proceso analítico, despertando nuevos y estimulantes efectos del trabajo del inconsciente, con sueños, sobre todo, que reimpulsaban mi entusiasmo. Esto se constató en los tiempos posteriores.

Ese primer instante, de información y decisión en tiempo comprimido, fue el acto inicial, que rajó (como evoca el lienzo de Lucio Fontana que sirve de cartel para este Encuentro) la inestable y ya precaria ficción del fantasma en la que aún se sostenía la inacción del sujeto, aferrado a restos de un goce rancio, y produjo el efecto de una ganancia inmediata, al saber mostrarme la función de mi pasión por la ignorancia, al mismo tiempo que causó una movilización jugada en el lugar de la verdad.

Pasado este primer tiempo, donde el instante de ver congregó preguntas y comprometió la respuesta decidida del sujeto, me planteaba lo que, a mi entender, debería de ser el verdadero momento álgido de la experiencia; me refiero al encuentro con el pasante.

Para este lance no se dispone de la referencia a un otro que pueda servir de modelo. Cada encuentro es singular, una puesta en acto de lo imprevisible sin garantía ni indicación, y pensé en el dicho taurino de «lanzarse al ruedo» como acto decidido al encuentro con la verdad, con mi único y firme propósito de hacer lo que sí sabía que se tiene que hacer: Escuchar. Consentir a la posible «sensibilización» que podría darse por el hecho de encontrarme, como sujeto, en esa posición de paso, tan próxima a la otra orilla del pasante y por lo cual se puede establecer esa captación sensible. Esperaba ser permeable y que se filtrara lo más valioso, lo agalmático del testimonio que me habría de llegar.

Supuse que, como ocurre en toda lectura por la que uno pueda interesarse, donde un real esta en juego horadando el texto como verdad indecible, la melodía que quedase habría de condensar el sentir y sentido de la obra completa. Supuse que si fuera capaz mi liviano tejido fantasmático dejar pasar eso, sin hacer obstáculo, habría cumplido la función encomendada. Y he de reconocer que así lo experimenté, con cierta satisfacción y alegría, al finalizar las entrevistas.

El encuentro con el pasante, como ya está dicho, es de una importancia fundamental, ya que el efímero vínculo que se establezca ha de ser el marco para sostener el relato y exposición de una experiencia de análisis, seguramente de largo recorrido. Comprendí que una acogida desprendida habría de favorecer la entrega del mismo, dotando de libertad a la expresión, así como una escucha atenta, habitada por el deseo de saber, habría de animar a la asociación y la ocurrencia, incluso al detalle, dándole vivacidad a la narrativa.

En el caso de mi experiencia al que me estoy refiriendo, me encontré con un relato ordenado desde «el principio», es decir, con un orden biográfico hystorificado, con momentos en los que se produjo un giro o una rectificación del sujeto, con efectos clínicos y formaciones sintomáticas, sueños, interpretaciones del analista y demás elementos significantes que me orientaron en la melodía general del tema. El contrapunto emocional no faltó, dando la nota que hacía conectar al Otro con el goce real y delataba el agujero en torno a lo que se ordenaba la composición completa.

De dicho relato, muchos trances conectados a las dificultades y metamorfosis formales de la verdad, resonaron en la subjetividad del escuchante, situado como se dice «a un paso» del que hablaba. Esta conexión, captura o quizá articulación, en cualquier caso, facilitó la reelaboración que habría de hacerse posteriormente con los tejidos del relato recibido, para transmitir al Cartel. Un relato, inevitablemente diferente, que fuera capaz de dar cabida, con el escrúpulo y frescura que me había llegado y sin apagar, por exceso o defecto, la verdad de su deseo como causa.

Durante todo el tiempo posterior, que llamaré el de comprender, se intensificó no solo el trabajo en la elaboración y preparación del testimonio que habría de transmitir, sino que se destrabó mi participación y colaboración en grupos de estudio de ámbito institucional y otros de extensión que me resultaban próximos.

Algunos meses después vendría el momento de concluir con la revelación del testimonio al Cartel.

Tiempo éste de espera que, como es sabido, no es indiferente, pues el tiempo cronológico que transcurre desde las entrevistas con el pasante y la presentación al Cartel, ha de ser el adecuado si permite mantener el ímpetu por decir a otros lo que se ha escuchado, cuando aún esa experiencia conserva el efecto brillante de la transmisión.

En el acto y momento de dar cuenta al Cartel, la atención dispensada por los miembros, la percibí como correcta y adecuada a la situación, es decir, con una disposición a la escucha y al trabajo en sintonía con lo que yo, novato en esta situación, vivía en mi interior. Se me concedió el tiempo que precisé, necesario para una exposición que desde hacía tiempo había, no solo preparado, sino repasado concienzudamente. No habían transcurrido muchos minutos, cuando comprobé que

estaba surgiendo un relato distinto, inédito, diferente al que tenía previsto. Hubo huecos, olvidos, escenas y elementos borrados o no sabidos nunca que habían reordenado lo sabido. La falla o falta, como agujero, reconstituía de nuevo la versión manteniendo, no obstante, el hilo de conexión con la verdad, alcanzado, repitiendo con ello, a mi entender, lo vivo que pretendía.

Finalmente, y pasados pocos días, la pasante me comunicó su nominación como Analista de la Escuela, lo que he de decir, que en verdad me alegró.

La satisfacción que experimenté, obedecía, creo, a la constatación de un funcionamiento del dispositivo, que me confirmaba y proporcionaba, al mismo tiempo, aquello que desde el inicio esperé, y que, de alguna forma, participaba en el deseo de aceptar esta experiencia.

A modo de final y como consecuencia de mi experiencia, he de referirme al cambio que me ha supuesto entrar en este dispositivo de la Escuela.

Un aliento y cierta proyección del pasaje del Otro individual del análisis de cada sujeto, a los otros, como colectivo, al establecer un vínculo donde lo colectivo entra en el horizonte y va desplazando, quizá de forma progresiva la relación con el SSS que ha encarnado durante largo tiempo el analista. Se trata de un cambio de transferencias, donde el trabajo por el que apostar, organiza un impulso conveniente para la resolución del trabajo de transferencia, que bien podría precipitar el final, en tanto que anima a formalizar en el pasador, todavía en posición de analizante, el recorrido hystorificado de su trayectoria, aquél que, veladamente, ha ido resonando en el decir del pasante.

No es un efecto de identificación, ni de una reduplicación por hacer masa con el colectivo de pasantes, sino que al escuchar los impasses del testimonio, donde se muestra un camino a través de la palabra trabajada, como lo inédito de la creación artística, en una especie de tiempo vertical propio del instante poético, se aporta un esclarecimiento, y ello tiene, creo, el efecto de aflojar algunos nudos, conmover ciertos enredos significantes y liberar determinados anclajes del goce donde el sujeto puede encontrarse atrapado o perdido.

Por último, he de decir que me he sentido muy afortunado por haber podido participar en esta experiencia, y quiero que este pequeño trabajo sirva, al menos, como vehículo para expresar mi agradecimiento hacia todos aquellos que lo han hecho posible.

MARÍA LUISA RODRÍGUEZ DE SANT' ANA (BRASIL)

UN SABER SIN SUJETO

Es el amor que se dirige al saber supuesto lo que lleva un sujeto a elegir un analista. Sin embargo, amor al saber supuesto no es el deseo de saber y lo que se encuentra, por el lado del analizante es el «no quiero saber nada de ello», sobre el cual el acto del analista debe operar. Es este el que puede desencadenar una producción de saber que es el resultado de un forzamiento que el analista produce por el manejo de la transferencia, sustentado en su posición por el semblante de objeto causa del deseo. El analizante, por su lado, en su demanda de amor busca a su ser, pero en un análisis, esta búsqueda debe pasar necesariamente por la vía de la elaboración de saber a partir de la asociación libre.

Así, el amor de transferencia es un amor que hace semblante de deseo de saber, pero Lacan nos advierte que no hay ningún deseo de saber, especialmente entre los analistas. Sin embargo, el oficio del analista se hace de un deseo de analizar, un deseo que busca revelar los secretos del inconsciente y suspender los misterios de la fantasía.

Por lo tanto, la formación analítica se encuentra en continuidad con el análisis del analista y se espera de un analista, aquel que elige al psicoanálisis como causa, que produzca un saber a partir de lo que pudo construir en su propia experiencia de análisis. Para que esto sea posible los analistas constituyen una Escuela, donde el saber de lo real en juego en un análisis pueda ser transmitido y venga a producir los efectos que convienen, haciendo obstáculo al horror de saber que Lacan identificó en los analistas.

La experiencia

Fue con gran sorpresa que recibí la invitación para ocupar la posición de pasadora en el dispositivo. He leído la palabra pasadora varias veces en el correo electrónico que me fue enviado y me ocurrió de inmediato que podría ser un error, lo que me apresuré a verificar.

Una vez excluida la hipótesis del engaño fui tomada por una enorme alegría por encontrarme frente mismo a la posibilidad de participar de una experiencia que se presentaba con la promesa de una gran aventura, una aventura en el campo del saber, y así es como me oí decirle a mi analista en tono de chiste:

«Es como si me hubieran invitado a realizar un viaje espacial ...» Con esta expresión ya me lancé en un trabajo de análisis intenso, una vez que el proyecto de

ser astronauta había sido mi primera elección de una profesión en la infancia, lo que hasta entonces no había sido tocado en mi análisis, aunque ya hubiera dado tantas vueltas.

En verdad, el dicho sobre el viaje espacial parecía estar sobredeterminado, (como sucede desde que Freud esclareció los mecanismos del inconsciente), indicando no solamente la cuestión de la primitiva elección de carrera, pero también la promesa de la aventura que evoca, y en la asociación más inmediata, el ultrapasaje de una frontera del saber, capaz de hacer retroceder los bordes de lo no sabido, lo que realmente el dispositivo del pase representaba para mí.

El deseo de participar en el proceso determinó la certeza con que he aceptado la llamada, y me lanzó en un trabajo entusiasmado de preparación, a través del estudio de los textos sobre la formación del analista, la cuestión de la garantía, el pase, el final de análisis y la Escuela.

Pero fue en mi análisis personal que la invitación para actuar como pasadora en el dispositivo produjo los efectos más eficaces y sorprendentes. Allí, el sujeto supuesto saber recibió refuerzos considerables del saber supuesto al dispositivo del pase.

Esto se debió, principalmente, y en el primer momento, a la dimensión del enigma introducido por el acto de mi analista al indicarme como pasadora. Este acto, en el preciso momento en que yo me encontraba en mi análisis relanzó la cuestión del deseo del Otro, produciendo un intenso trabajo de desciframiento, con muchos sueños y asociaciones. Este efecto primero e inmediato se fue desarrollando en varios otros en el transcurrir del proceso.

Cerca de tres meses más tarde se iniciaron los encuentros con el pasante, que fueron cuatro, con duración bastante larga y concentrados en el período de una semana. Escuchar el testimonio de un pasante es una experiencia extraña, muy movilizadora, reveladora, y que me afectó de una manera muy especial.

De los encuentros del pasante con el pasador, Colette Soler destaca el aspecto de la falta de un modelo previo, un guión para esta operación discursiva. Esto es porque en cada situación en que está en juego una operación del hablar, esta se desenvuelve de acuerdo a un cierto padrón ya establecido, que encuadra y filtra lo que se habla. Incluso en un análisis, tenemos la regla de la asociación libre, y para los relatos de casos clínicos, el modelo introducido por Freud. Sin embargo, en el testimonio que el pasante entrega al pasador no se puede hacer uso de ello. No hay ninguna regla. Esta afirmación que siempre he oído acerca del dispositivo del pase, pude ver en la experiencia que no es una fórmula vacía, sino una manera muy eficaz de obtener un determinado resultado: sirve para acentuar lo real en juego en el dispositivo.

Esto también contribuye para lanzar todo el proceso en la dimensión de la invención. Desde pequeños detalles como el número de reuniones, la forma en que

se desarrollan, los lugares, el ritmo del testimonio, todo se desarrolla en esta dimensión, que llama a respuestas originales, haciendo emerger lo más particular, las soluciones y formas de funcionamiento que conllevan la singularidad, la marca, el estilo de cada uno.

El pasante en su esfuerzo por transmitir al cartel lo que alcanzó en su análisis, la certeza de su conclusión y el deseo del analista que advino de ella, argumenta y trata de convencer, pero cuando lo hace, también elabora y obtiene algún saber, aún. Podemos decir que es una operación discursiva en la que todo el ser del pasante está en juego. Pero, ¿qué podemos decir de la función del pasador?

Situado entre el pasante, que le trae, en su testimonio, algo en que todo su ser está en juego, y el cartel, al que se supone el saber acerca de lo que debe ser juzgado y que es el destinatario final de ello, el pasador es el intermediario de un imposible. En eso su ser no puede dejar de ser afectado por este encuentro con el real, con los límites del saber y del decir que marcan todo el proceso.

Este intermediario que es el pasador deberá transmitir al cartel lo que pudo saber (o no saber) de lo que escuchó del testimonio del pasante. Su función de intermediación me parece que se puede enunciar como un hacer valer delante del cartel el testimonio recogido, lo que el debe transmitir es del orden de una validez.

Al final de las entrevistas, aún quedaba mucho trabajo por hacer a partir de los borradores de las notas tomadas durante tantas horas de testimonio. Fue sobre este texto que me puse a trabajar, simplemente transcribiéndolo. Esta transcripción, de la cual me he ocupado durante mucho tiempo, y también incluyó una traducción al portugués y luego otra, al español, el idioma en el que finalmente presenté mi testimonio al cartel del pase.

Hubo un largo período de tiempo transcurrido hasta que fui a depositar ese testimonio en el cartel. Este fue un tiempo de elaboración del texto del pasante, al cual volví varias veces, dedicándole el trabajo de repetidas lecturas.

Esta elaboración del texto se llevó a cabo, en mi opinión, por dos caminos: al mismo tiempo en que me deshacía cada vez más del sentido que creía haber encontrado en el testimonio (y el sentido aquí quiere decir si hubo pase o no) se produjo un proceso de decantación del texto, pero también lo que yo llamaría de desencantamiento de la experiencia. Los efectos imaginarios del encuentro se fueron disolviendo mientras se afirmaba el texto de las notas, su lógica, su estructura... sus pequeñas piedras.

Cuando fui llamada para depositar mi testimonio ante el cartel del pase ya habían pasado nueve meses desde que oí el pasador y un año desde que había sido llamada a ser pasante.

Este tiempo, en mi análisis, fue marcado por un trabajo de revisión, de conta-

bilización de los cambios subjetivos que fue posible efectuar a lo largo de todos estos años en que me dirigía al sujeto supuesto saber, tiempo de rectificaciones subjetivas importantes.

Así que decidí solicitar una nueva entrevista con el pasante. Esto porque me parecía que algunos puntos de lo que había a ser transmitido debían ser actualizados desde mi nueva posición. Yo no escuchaba más del mismo lugar. Ya no respondía con mi acto del mismo lugar. Así que tuvimos un nuevo encuentro y las entrevistas, por fin, fueron 4+1.

El momento de transmitir el testimonio para el cartel no es, para el pasador, un momento de saber, pero sí de dejar saber. Es preciso permitir que el texto se diga. Lo que fue oído, es preciso dejar que eso hable. Delante del cartel no cabe hablar lo que se sabe, pero hablar lo que se escuchó decir. Así puede suceder que se revele algo del saber que, como dice Lacan, existe en el real.

El candidato al pase, con su demanda a la Escuela, de transmitir lo que él alcanzó en la conclusión de su análisis, pone en juego un saber imposible, que produce un efecto de «empuje a la elaboración» (como dice Colette Soler en *A Psicanálise na Civilização*)¹. Este efecto tiene repercusiones en todos los involucrados, en toda la Escuela y más allá de ella, y afecta de manera muy especial al que ocupa el lugar de pasador.

Lo que se encuentra al final de un análisis es *lalengua*, lo fuera del sentido, lo ínfimo y lo pueril, pero no es poco. Este encuentro es relativo a un recurso en que el sujeto pudo soltar-se del Otro, supuesto gozar y separar-se con su propio goce. De ahí puede surgir un saber que es al mismo tiempo saber del imposible, pero también saber de su singularidad. Es una experiencia inédita de saber, por no tener ni el pensamiento ni el sujeto pensante que la determine. Ella se constituye a partir del objeto escrito por Lacan con la letra *a*, resto del qual el sujeto nada quiere saber.

Acerca de mi experiencia, todavía hay un punto que me gustaría mencionar: durante todo el tiempo de las entrevistas y, a continuación, cuando fui a depositar mi testimonio al cartel, he utilizado el español, mi lengua materna, lo que también tenía un significado muy especial para mí. Esta particularidad de mi experiencia me trajo algunas consideraciones sobre el aspecto translinguístico, que está siempre más o menos presente en el dispositivo, que suele reunir analistas de diferentes nacionalidades, lo que hace con que sean necesarias las traducciones. Sin embargo, se me ocurre que, incluso en casos como este donde el pasador y el pasante se originan de países que hablan el mismo idioma, la cuestión de la traducción aun se plantea, pues es de una *lalengua* para otra *lalengua* que un pase se puede transmitir.

1 C. Soler, *A Psicanálise na Civilização*, Rio de Janeiro, Contra Capa Livraria, 1998



COLETTE SOLER

ESTILOS DE PASES

Un pase por lo real fuera de lo simbólico, tal como Lacan lo plantea en 1976, impone la pregunta acerca de los modos de manifestación del referente de esta palabra real. Por falta de la cual podría sólo ser ficción, ficción de palabra. Lacan ha intentado situar este real como cautivo del nudo, ya sea amarrado a lo imaginario y a lo simbólico, pero no queda menos antinómico a toda verosimilitud, y entonces, no contaminado por lo verdadero. Ahora bien, sólo lo verdadero se dice en un análisis – aunque a medias. Se plantea entonces la pregunta de lo que llamé las epifanías de lo real.

En el dispositivo del pase, se trata del testimonio de una experiencia. Desde luego que la experiencia no es sin orden, sino no podríamos hablar de entrada o de salida. Lo que Lacan llamó el impasse de la transferencia, estructura esta experiencia. Es el único impasse estructural en juego en un análisis y no es un impasse de final. Es lo contrario, el final del pase asegura la salida. Sin embargo, un análisis es en primer lugar la travesía de una experiencia singular que por supuesto habrá que pensar luego para elaborar el saber; pero supone la travesía y es de lo que se trata en el testimonio. Lacan ha claramente situado las cosas en este aspecto cuando dice que el pasante viene a atestiguar mientras que no sabe nada de la operación analítica, salvo que ha reducido a éste mismo que la ha dirigido, a saber a este *deser* donde se desvanece el ideal del sujeto supuesto saber. Esto lo sabe porque forma parte de la experiencia.

Ahora bien, una experiencia por definición es siempre única, y a experiencia singular, forzosamente, testimonio singular. Esto lo repetimos, ¿pero qué quiere decir? Entre otras cosas que si se trataba solamente de reconocer la estructura que vale para todos, no habría necesidad de pase. La verdad articulada es siempre propia de un particular. Es lo que Lacan acentuó primero. Pero agregó, y hemos comenzado afortunadamente a registrarlos, lo real inverosímil le es aún más singular. Y no menos la respuesta ética del sujeto a lo que encontró.

Ahora bien, el pase no apunta a asegurar que hubo un análisis, sino a autenticar al ser transformado del analista. No puede entonces evitar la pregunta de las manifestaciones de lo real.

Que sea una pregunta para Lacan es de hecho legible sin equívocos a partir de *Aún*, a pesar de que el recurso topológico alcance su punto culminante –a partir de *Aún* y probablemente antes–. El tema de las epifanías de lo real es un hilo continuo

de la enseñanza de Lacan: angustia, afectos enigmáticos, «manifestaciones» de un Goce otro, «acontecimiento» de goce sintomático que hace la letra, son emergencias de lo real fuera de sentido en la experiencia. Hay entonces que sostener las dos puntas del hilo. Qué puedo yo saber, que no sea la estructura de lenguaje (*Televi-sión*), y sólo puedo extraerme de la metáfora por la topología, pero no hay lógica, no hay topología que pueda reducir esta dicha-mención («dit-mension» en francés) epifánica de lo real con la que cada uno tiene relación en la experiencia y cuyos efectos son todos de afectos, el goce afectado afectando al sujeto.

¿Cuál es en este aspecto la función del estilo? El estilo forma extrañamente parte de aquello que en el discurso no es lenguaje, no *lalengua* aunque use las dos. Hay sin embargo una función en la transmisión –Lacan la subrayó para su enseñanza. En un discurso, el estilo es un factor independiente que se sitúa más bien del lado de la manera: manera de decir, manera de hacer también en la conducta, ya que el estilo no es solamente el estilo de escritura que hace al escribano, está de hecho, el estilo propio del acto de enunciación de toda conducta.

Un discurso que quiere dar en el blanco no puede evitar usarlo. En el psicoanálisis hay varias ocurrencias de un discurso tal que quiera producir efectos: el del analizante en su relación con el analista, el del enseñante en su relación con su público, el del intérprete, y también el del pasante por supuesto en su relación indirecta con el jurado. Digo dar en el blanco para marcar que el estilo no es solamente para que quede lindo, no es tanto un factor estético sino un factor causal que tiene efectos. Interrogo sus efectos en el dispositivo del pase.

El estilo produce efectos de afecto, es una evidencia y no sólo en el psicoanálisis. Que se trate de estilo de palabra, –y ahí cada analizante tiene el suyo que la llamada asociación libre no borra, incluso acentúa– estilo literario, o estilo de conducta. Están aquellos que encantan o que irritan o que indignan, o que aburren, que adormecen o por el contrario, sean cuales sean los dichos. En resumen, las fricciones entre los seres que hacen la vida en sociedad tan difícil, son a menudo cuestiones puras de estilo. Pero no hay que creer que diciendo «pura cuestión de estilo», reduzca la importancia. Al contrario: tocamos ahí lo irreductible. No es el caso de cuando hablamos de los intereses económicos, en ese nivel podemos siempre negociar, pasar de acuerdos contractuales, llevar al otro al arrepentimiento, cuestión que es finalmente una solución que la historia ilustra a lo largo de los siglos. Pero en materia de estilo nada de eso.

Ahora bien, si los significantes vienen del Otro, y esto es porque pueden circular de uno a otro de los semejante que se extraen de la fuente del mismo Otro, el estilo no viene del Otro. Sería más bien el índice de la separación, de lo que Lacan llamaba en una época la entrada del sujeto en lo real. El estilo viene tan poco del Otro que no tiene semejante, no es ni siquiera reproducible, jamás hay dos iguales. Es lo inimitable. Lo infalsificable de un hablaser, como las huellas digitales y el

ADN para el cuerpo, o la grafía para lo gestual. Lo imposible de imitar a pesar del juego de los plagios y de las imitaciones, y de los «a la manera de»... Representa, y fuera mismo de la experiencia analítica, la famosa «diferencia absoluta», la manera única que hace identidad.

¿De dónde viene? Lacan produjo algunas fórmulas canónicas, escalonadas según sus elaboraciones sucesivas. Primero, el estilo, es al hombre al que se dirige, en la época de la estructura de lenguaje, S1 / S2. Era el estilo definido, digamos, sobre las líneas del diálogo. Mala definición de hecho que subordinaba el estilo a la estructura del mensaje recibido del Otro.

Y luego, corrigió, «el estilo, es el objeto», en la época en que elaboraba el efecto de lenguaje mayor escrito con el objeto *a*, sea lo que se juega entre las líneas, en el intervalo significante. Sería seguramente un error hacer de ello su última palabra. Hace falta una tercera fórmula ajustada a lo que viene después. Por qué no decir el estilo es el *sinthome*, el decir *sinthome* que hace al hablaser, por anudamiento de *lalengua* con el imaginario y lo real. Es en efecto la punta sumergida, perceptible pero no conceptualizable del conjunto de los efectos del ICS, el índice mayor de la manera en que un ser es afectado por el ICS-lalengua.

Podemos entonces ponerlo en serie con los afectos enigmáticos sobre los que puse el acento y que están ellos mismos en serie con la angustia. La angustia, primer afecto enigmático que revela en la experiencia lo que ni el significante ni el concepto revelan, a saber, la presencia de lo que falta en el Otro, el objeto *a*, a-fenomenológico. Los otros afectos enigmáticos revelan lo que no falta, el saber de *lalengua*, imposible de descifrar, definitivamente no sabido. El estilo en cambio, manifiesta en la experiencia al ser afectado, afectado por el objeto y por *lalengua*. Pero, y es su diferencia, el estilo no es un afecto, se manifiesta en acto. Está del lado de las consecuencias de acto de los afectos del ICS y no hay acto que no esté marcado por un estilo que incluya siempre la función del tiempo, con su duración y la precipitación de sus prisas. Es de hecho la razón por la cual el estilo, sin ser elegido –no elegimos nuestro estilo, estamos más bien determinados, y no podemos cambiarlo salvo algún caso excepcional– no es sin embargo vivido como impuesto. A diferencia de los afectos, es más bien percibido como idéntico a sí mismo, más cercano a este aspecto del síntoma, pero sin que podamos hablar de identificación a su estilo. Es probable que su punto de anclaje en lo real sea la primera relación con *lalengua* original que la desmaternalización hizo pasar luego a la lengua de una cultura, mientras que la historia propia de cada hablaser inscribió su marca ética. Digo que es probable ya que no hay medio de matematizar ese proceso: en el fondo el estilo es la indecible identidad en acto, y tanto el primero como el último resorte de todas las simpatías y antipatías. No impide, si el estilo es manifestación enigmática de la relación con el saber Inconsciente, ¿cómo no repercutiría el cambio de fin de análisis, ya sea el franqueamiento del horror *de* saber –no confundir con un

horror *del* saber— que hace al ser de analista y de lo que, por otro lado, atestigua?, si creemos en «La nota a los italianos», lo que yo llamo una conversión de afecto.

¿Cuál es su peso en las decisiones de los carteles? El pasante atestigua sobre su experiencia pero con su estilo. Imposible dar cuenta de un estilo, sin duda, es más bien el estilo el que atestigua. ¿Cómo no produciría sus efectos sobre los carteles? No voy a llegar a decir que hace el secreto de las decisiones de los carteles, pero cada vez que participé en un cartel del pase, percibí la incidencia en las reacciones espontáneas de los miembros del cartel, incluso las mías, antes de que la elaboración que aspira a fundar la decisión entre en juego. La huella se hace sentir además fuera del dispositivo en todo lo que se dice del pase, *après coup*. En el trabajo común de la Escuela por cierto, por poco que nos demos el tiempo y que la buena voluntad esté allí, constato que generalmente llegamos a entendernos, no hay divergencia esencialmente sobre las tesis ya que el texto de Lacan es nuestro árbitro. Pero con la misma tesis, y no el mismo estilo, hace dos. Y cuanto más artificial es la tesis, más el estilo hace la diferencia.

La paradoja de aquello a lo que se enfrentan los miembros del jurado del pase es que deben «reconocer» lo que no saben, ya sea eminentemente la manera en que el sujeto es afectado por las manifestaciones de lo real, y como responde al final. Lo que los miembros del jurado saben en general es todo lo que resulta de la estructura construida por Lacan, depositada en la Proposición y en el Prefacio que cada uno puede leer. Reconocer lo que no sabemos, lo que no es estructura, ¿hasta dónde es posible? De hecho, es la única cosa que podemos reconocer, ya que lo que sabemos no tenemos que reconocerlo. Noten además que Lacan dio un ejemplo eminente de reconocimiento de lo que no sabemos. Es el amor tal como lo pensó al final de *Aún*, este afecto por el cual reconocemos en el otro, y sin pasar por el concepto, una relación específica al ICS, relación que se indica por todas clases de afectos enigmáticos. Tanto como decir que aquel que ama tiene la función de... «placa sensible» a los afectos enigmáticos. Lacan habla de un amor pasador en *Aún*.

Me detengo entonces de nuevo en las expresiones de Lacan que, con respecto al pase, refieren a lo que escapa a la marcación de estructura. La función de placa sensible del pasador es una. No hay necesidad de placa sensible allí donde sabemos, allí donde la estructura bastaría para todo. La placa sensible es necesaria para entrar en resonancia personal con la manera en que la experiencia afectó de manera singular al pasante, y cuyo estilo le repercute. La placa sensible no es la pizarra mágica de Freud. La placa sensible es la resonancia con lo que no es lenguaje, y que llamamos, a falta de mejores, «posición subjetiva» del pasante, ya sea su respuesta propia a lo real que es respuesta de afecto, y en el estilo, respuesta en acto.

Además de la placa sensible, Lacan evoca también los... «congéneres» del pasante. ¡Qué término! Nada más alejado del sabio. Aún el sabio en estructura de lenguaje o de discurso instruidos por los textos de Lacan, ¿fueron sólo congéneres?

Los congéneres evocan semejantes, no en materia de imagen, sino, digo la palabra misma, en materia de raza. Lacan imputa a estos congéneres tener que reconocer «la marca» de la pertenencia... a la misma raza. Desde que hablamos de la marca de una raza entramos en un tema irritante. Lacan lo hace muy tranquilamente ya que planteó que las razas son productos del arte, como lo vemos con las razas de animales domésticos, productos del arte del discurso. De ahí su tesis más general del «racismo de los discursos en acción». Cada discurso produce en efecto lo que podemos llamar una raza de deseo y de goce. No tiene razón de ser en simpatía con otras configuraciones de deseo y de goce. Sería divertido retomar el tema de la confrontación devenida legendaria en el psicoanálisis, entre la raza de las histéricas y la raza de los amos, o de lo que queda hoy en día.

La paradoja del discurso analítico es el de producir la raza de las diferencias, aquella con la que no podemos hacer un todo, pero a lo mejor un montón. ¿Diferentes de qué? Esta diferencia no es simple y haría falta precisar, pero paso, lo desarrollaré en otro lugar. Es claro, en todo caso para mí, que esta paradoja de la raza de los diferentes preside una clínica específica de los analistas. Retengo la definición que Lacan dio de la clínica: «la clínica es lo real en tanto que imposible de soportar» (Apertura de la Sección clínica de 1977). He aquí una definición de lo real por el afecto, el afecto de lo imposible de soportar. Para los analistas, culmina en lo que subsume la expresión «el horror del acto», con todas las consecuencias que este horror conlleva en el nivel del grupo, como del pensamiento. No me parece menos garantizado que, si franqueamiento hay, sólo puede traducirse en el nivel del estilo de decir del pasante, si el estilo es, en efecto, el índice de la relación con lo real, emparentado, pues, con la ética del sujeto.

Finalmente esas elaboraciones culminan en una fórmula tardía de Lacan: el pase consiste en «reconocerse entre sí». Es un sí mismo especial, el sí mismo de los analizados desecho del horror de saber. Escribe reconocerse «entre s(ab)er» («s(av)oir» en francés). Este juego de escritura pone los puntos sobre las íes, elidiendo con un paréntesis el ab de saber. Sólo impide reconocerse entre sí, es la definición misma de la cooptación, o de una «agregación» como le reprochaba a la IPA. Se trataría entonces de cooptarse en función de una homología percibida concerniente a los efectos singulares de lo que ha sido acercado de lo más real en un análisis. Efecto de afectos, Lacan evocó el entusiasmo o la satisfacción marcando el final, pero también efecto de estilo, de estilo-sinthome. Señalemos de hecho que el estilo marca todos los finales, fuera de análisis y en el análisis, ya sea que se trate de conexiones amorosas, o de salidas de la posición analizante, o de la salida de la relación al analista.

Solamente el estilo de conclusión propio de un sujeto es el absoluto de la singularidad, lo que no puede ser universalizable. Esto es verdad ya desde antes del análisis para el más modesto de los puntos de capitón, y lo es aún más después.

Ahora bien, he ahí el problema en esta cooptación, los que coóptan también tienen su estilo, éste es entonces constituyente del entre sí, es una dimensión. Más aún que los afectos que no se comparten, su estilo puede dejarlos fuera del entre sí. Si el estilo marca el testimonio, juega su rol en el reconocimiento esperado, según si, de pasante a cartel, la diferencia de estilo predomina o no sobre las afinidades de estilo.

He terminado por medir cuánto este acercamiento, que es el de Lacan al final, sólo puede conducir a relativizar la función de la nominación en el pase. Es a esto que vine. Tal como lo formula, por el entre sí, la nominación está a merced de una contingencia, aquella de los sí mismos de los supuestos «congéneres» del entre sí. Las pocas nominaciones con respecto al número de pasantes, y esto desde los inicios del pase, en EFP, ECF, AMP, EPFCL, produce allí un efecto de significación. En la AMP periódicamente se trata de corregir por voluntarismo, se decide que nombrará cierto número y, azarosamente, siempre a responsables con cargos. Pero eso no cambia nada, no es más que una peripecia. ¿Podemos formular la significación producida? Yo creo que evolucionó con el tiempo. Al principio, en la EFP, los pasantes creyeron ser puestos en causa en su ser de analista, y esto hizo dramas. Lacan lo ha notado muchas veces y lamentado, pero sin poder corregirlo. Hoy en día, me da la sensación que empezamos a asimilar vagamente que esta significación es eminentemente equívoca: ya que si parece indicar en la dirección de los pasantes no nombrados tan numerosos, algo como un «vuestro sí mismo de analista no nos apareció», este juicio, no podemos dudarlo, está en la medida de los sí mismos de los miembros del jurado que no se reconocieron, y que no han entonces abierto el entre sí donde el dispositivo los ubica. Riesgo de la nominación, nada más, y que juega para todos los casos de figura.

Escuchamos a veces preguntar: ¿pero los carteles pueden equivocarse? Esta pregunta que me ha sido hecha en un Seminario de Escuela me frenó. Por dos razones. La primera es que no es seguro que en este dominio del «reconocerse entre sí», haya más lugar para el error que por ejemplo en las elecciones del amor, que aún cuando son malas son siempre las correctas. Pero, segunda razón, suponiendo que convocamos el error posible, ¿quién lo dirá? El pasante no nombrado, el pasador, el analista del pasante, la comunidad ante la cual puede no pasar para nada: todos están mal ubicados para decirlo. De golpe comprendemos que la fórmula convoca implícitamente lo que yo llamé un punto de dominación del dispositivo, de donde un súpersujeto supuesto saber podría devolver un juicio de Salomón. Es entonces una cuestión que señala una transferencia mantenida.

Ahora, esos azares de la nominación, ¿es una condena para el dispositivo? No lo creo. El valor de ese dispositivo no mantiene las nominaciones – si fuera el caso, ya hubiera desaparecido. Mantiene la «transferencia de trabajo» que produce en todos los participantes del dispositivo (pasantes, pasadores, carteles) y más amplia-

mente a la Escuela y a sus analistas. Yo sé que a algunos no les gusta la expresión transferencia de trabajo, pero puedo decirlo de otro modo: el valor principal del dispositivo es el de remediar, o de contribuir a remediar, lo que Lacan llamó el analista funcionario, ritualizado, que opera por rutina, por costumbre, que como dice, aprendió a apretar sobre los botones correctos, sin atormentarse más sobre el «¿qué y qué es?». Ahora bien, aunque funcione no tiene ninguna posibilidad de responder a las urgencias: ni a aquellas del final de los análisis que dirige, ya que para el final no hay botones correctos, ni a las urgencias de la época. La función de este dispositivo de alerta que es el pase no es demasiado aunque sea de las nominaciones.

Diciembre 2010

Traducción: Geraldine TRIBOULARD

JACQUES ADAM

EL PASE, PRESENCIA DEL INCONSCIENTE

¿Qué es lo que permite a un cartel que escucha los testimonios de pase captar lo que ha sido «la presencia del inconsciente» –como es prácticamente siempre el caso– para un sujeto devenido analista? Sin que se trate de una *evaluación* de la experiencia analítica, ¿cómo se acerca el efecto del inconsciente en la experiencia misma, relatada a una tercera persona?

Se puede intentar aclarar la cuestión a partir de términos que Lacan declinó a menudo en sus escritos y seminarios, «presencia del inconsciente», «presencia del analista», «posición del inconsciente», «posición del analista». Para ahorrarnos el inventario fastidioso, citemos de entre ellos tan solo los dos extremos que indican por sí solos el espacio de la pregunta. 1951, *Intervención sobre la transferencia*: «En un psicoanálisis, en efecto, el sujeto, hablando propiamente, se constituye por un discurso donde la sola presencia del psicoanalista aporta, antes de toda intervención, la dimensión del diálogo». 1971, *Cierre de las Jornadas de noviembre de la*

EFP: «... quien se propone para el pase... no es sujeto del todo».

Él se ofrece a ese estado de objeto que es al que lo destina la posición del psicoanalista». Evidente, también es necesario saber que en 1963 había aparecido una obra que se recomendaba vivamente en esa época a los estudiantes de psicología, de Sacha Nach (IPA), titulada *La presencia del psicoanalista*. Por su parte, Lacan iba a proceder a la «reescritura» de su texto de Bonneval de 1960, aparecido recién en 1966, *Posición del inconsciente*, mientras que abría una nueva parte de su enseñanza con el concepto del inconsciente, en enero de 1964.

Hay que reconocer que el lugar de un cartel del pase, donde se escucha lo más crucial de los efectos de la experiencia analítica, es un lugar altamente privilegiado pero al mismo tiempo complicado, puesto que se trata de enunciados de enunciados, debiendo permitir a ese segundo grado situar lo que ha sido la relación de un sujeto con su enunciación pasada, en la experiencia misma de su propio análisis. Ese dispositivo, que debe consentir un esbozo de los efectos del inconsciente para transmitir a los pasadores, quienes lo transferirán a los miembros de los cárteles del pase, ¿permite fácilmente alcanzar lo que hay que escuchar en los testimonios? Por ejemplo, si hay que llegar a escuchar/entender lo que ha podido ser la *presencia del inconsciente* en la experiencia del pasante, ¿es relacionándola con lo que pudo ser la *presencia del analista* en su experiencia, o bien deduciéndola, en la medida que eso resulte posible por el testimonio de los pasadores, de la *posición del analista* en la cura del pasante? A lo largo de la escucha de los diferentes pases, fui impactado por lo que me pareció ser lo más frecuentemente puesto en primer lugar en lo informado por los pasadores, a saber: la gran riqueza clínica de los testimonios, a veces una verdadera abundancia de acontecimientos de la historia personal del pasante, prácticamente siempre semejantes de un pasador al otro, pero al mismo tiempo que parecían como calcados de lo que el pasante había podido decir de su experiencia del análisis y respecto del cual daba la impresión de haber dejado a los pasadores la carga de hacer de eso una elaboración clínico-teórica para satisfacer lo que se cree que puede ser la expectativa de los miembros del cartel del pase. No es raro que esa especie de escucha del caso por la comprensión clínica se desdoble en una verdadera intención de *performance* interpretativa por parte del pasador, allí donde es el pasador mismo quien cree satisfacer la expectativa del cartel, creyendo tal vez «defender» mejor al pasante y ayudar al cartel a descifrar la *presencia del inconsciente* en su relación con lo que ha sido la *presencia del analista* para el sujeto respecto del cual testimonia.

La presencia del analista no es sin embargo eso por lo cual puede atrapar el efecto de análisis. Es una función que, «salvo impudicia notoria, es a excluir de la operación analítica», dice Lacan en su *Alocución sobre las psicosis...* de 1967. Puesto que es una presencia «que no vale sino al finalmente borrarse». Mejor aún, esa presencia es del orden de lo ininterpretable, salvo al deslizarse *al acting-out* (Seminario

De un Otro al otro, 4/6/69). Es entonces curioso ver a los pasadores intentar valorizar en sus testimonios los efectos de interpretación que han tenido lugar en la cura de un pasante, como si se tratara allí de la verdadera presencia del inconsciente, y como si la presencia del analista resonara al unísono con el deseo del analista. Para decirlo todo, los testimonios de «algo» ininterpretable valdrían más que los alineamientos performativos de precisión interpretativa, dados o recibidos.

Si la *presencia del inconsciente...* debe buscarse en todo discurso en su enunciación (*Posición del inconsciente*), y si los testimonios llegan a convencer de que el psicoanalista llegó «a igualarse a la estructura que lo determina» (*La equivocación del sujeto supuesto saber*), no obstante es sin duda más prudente, a través de los testimonios, intentar orientarse de lo que pudo ser la *posición del analista* en la cura de un sujeto. Prestando atención a la *presencia del analista* para hacer escuchar la *presencia del inconsciente*, los pasadores se arriesgan a dejar escapar el efecto de análisis que, para el sujeto, ha tenido lugar en su enganche con lo real, es decir en la consideración del «nudo de lo ininterpretable», puesto que la posición del analista no es su «forma mental» (aquí puede ser donde los pasadores se arriesgan a «deshonrarse» al querer buscarla como tal), sino «su posición de sujeto en tanto que inscrita en lo real». Esta inscripción define propiamente «el acto» (*La equivocación del sujeto supuesto saber*).

El acto analítico, lo que ha sido el acto analítico para un sujeto en el curso de la experiencia de su análisis, la inscripción del sujeto en lo real, es en efecto lo que los pasadores tendrán que intentar transmitir mejor a los miembros de los carteles del pase, a partir de lo han escuchado en los pasantes. El «deseo del analista» es también el pivote de donde un testimonio puede tomar cuerpo, ciertamente. Pero puede también dejar sin valor a todas las subjetivaciones posibles. No se trata, obviamente, en la escucha de los testimonios de una *evaluación* del deseo del analista en devenir, sino de la *evaluación* del acto del analista del pasante por el que se testimonia. Y si como dice Lacan en 1968 en el Congreso de Estrasburgo de la EFP «es en la presencia topológica de la verdad que tenemos que definir la posición psicoanalista» sabiendo que la primera presencia de la verdad está inicialmente en el síntoma, los pasadores estarían advertidos de prestar a los pasantes un oído clínico en el sentido en que la clínica es, en efecto (o «en afecto», como diría Colette Soler) «lo real como imposible de soportar». Y mejor aún aplicarse en hacer resonar un efecto de verdad que en principio, en el decurso de un análisis, no engaña.

30 de diciembre de 2010

Traducción: Pablo PEUSNER

ANTONIO QUINET

LA SATISFACCIÓN DEL FINAL DEL ANÁLISIS

La satisfacción propia al final del análisis es el tema que escogí al iniciarnos el cartel 1 del pase, que ahora cumple dos años. Esa satisfacción, que como tal es una forma de manifestación de lo real, ¿puede ser aprehendida en el dispositivo del pase? He aquí una pregunta difícil de contestar, porque el pase es un dispositivo del habla, que es por lo tanto sostenido por el simbólico del lenguaje. Hay una aporía de la transmisión del acto analítico, que estructuralmente está basado en la dificultad de hacer pasar algo de real por la vía del significante. Sin embargo, algo de esta satisfacción se deja aprehender y pasa para el cartel conforme he señalado en el último Wunsch.

La referencia de Lacan, extremadamente sucinta, que orientó nuestro cartel del pase, es la del *Prefacio a la edición inglesa del seminario 11*, donde escribe sobre una satisfacción específica: la satisfacción del final del análisis. Además, ella no sólo es específica de ese momento del análisis, también ella es «la marca» del final.¹ Se trata de una satisfacción del analizante distinta de la satisfacción del síntoma. El síntoma es una forma de satisfacción, una vez que la pulsión se satisface en el síntoma y eso desde el inicio, cuando el sujeto llega con su síntoma satisfecho, sin embargo, insatisfecho con la satisfacción que su síntoma le produce.

Cuando entra en análisis el queda satisfecho con el desciframiento y con el proceso analítico. Es la satisfacción de la asociación libre, del descubrimiento de los hechos, de los dichos, de las fantasías y su articulación con la cadena significante de su historia. La satisfacción analizante se ubica del lado de la búsqueda de la verdad, es la satisfacción del *gai savoir*. Este es el goce del desciframiento, satisfacción relativa al saber extraído de la asociación libre. *Le gai savoir (gay savoir)* es una referencia de Lacan en *Televisión*, a la poesía provenzal, del tema del amor cortés, para indicar el manejo significante del lenguaje poético. En análisis corresponde al descubrimiento del inconsciente poeta, espirituoso, juguetón que gira, se acuesta y salta en la cama elástica de la lengua. El saber que se elabora en la asociación libre arranca al sujeto de la tristeza, pues el reencuentra el hilo de su deseo que se había extraviado. Esa satisfacción de un saber alegre, con juegos de lenguaje, va hasta el final del análisis.

1 Jacques Lacan, *Outros Escritos*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 2003, p. 568.

En nuestro cartel del pase, constatamos varios tipos de satisfacción que el analizante experimenta que pueden ocurrir durante un análisis desde empezar por la satisfacción terapéutica que corresponde al alivio del sufrimiento. En términos freudianos, podemos decir que se trata de una satisfacción vinculada al principio del placer, liberación de la «libido ligada». Ella puede ocurrir por ocasión de la desaparición de ciertos síntomas, y también cuando sobrevienen momentos de desalienación del Otro, es decir, a partir del momento en que el analizante no se siente más sometido a ciertos dichos de las personas que ocuparon el lugar del Otro, en un ejemplo de pase, el sujeto que no es más sometido a los dichos inferiores del Otro materno sobre sus órganos genitales. La separación de estos significantes ha operado una reducción en la satisfacción del superyó cuando el sujeto pudo decir no a los imperativos mortificadores del Otro. En otros términos, podemos localizar aquí la satisfacción como alivio de desidentificación, que no ocurre sólo una vez, pero en el transcurso del análisis, y el sujeto a veces –pero no siempre– puede localizar en el tiempo sus efectos. La satisfacción en el transcurso del análisis es también la satisfacción de la suspensión de las inhibiciones y la atenuación de la angustia, como por ejemplo, en un caso de pase cuando ocurre la caída del objeto mirada.

En el *Prefacio*, Lacan sitúa el inconsciente en el registro de lo real en la forma de satisfacción, en oposición a la verdad: «el espejismo de la verdad de la cual sólo se puede esperar la mentira, no tiene otro límite que la satisfacción que marca el final del análisis». ² Este fin es, por lo tanto, marcado por un «¡Estoy satisfecho con esta verdad! Aunque no sea muy verdadera, está bien! ¡Basta! No quiero más comprobar la veracidad de la verdad». Esto pone fin a la hystorización –término que apunta el carácter de ficción de la verdad– que el analizante hace de su vida, que puede compararse con el propio proceso analítico.

Este es también el texto en que Lacan define el pase como la hystorización del análisis que no se debe confundir con la hystorización de la vida que es efectuada en el análisis. Algunos pasantes e incluso algunos pasadores piensan –como pude constatar– que el dispositivo del pase es el lugar para un resumen de la hystorización de la vida, pero no es lo que Lacan esperaba del pase. A veces, un testimonio se hace más sobre lo que ocurrió en la vida del sujeto que sobre lo que fue su análisis. En tales casos, es difícil para el cartel del pase poder constatar algo de su final, porque no fue posible aprehender el hilo conductor de un análisis y su relación con los cambios en la vida del sujeto. En el pase se trata de la hystorización del análisis y la transmisión de lo que se permitió al pasante ser analista. En los dos casos de pase en que hubo nominación fue posible aprehender la estructura y la solución de la neurosis presentada en el final del análisis así como la relación de esta solución con momentos cruciales durante todo el análisis y repercusión de ellos en la vida

2 Jacques Lacan, *Outros Escritos*, op. cit, p. 568.

del sujeto «El pase, dice Lacan, es la verificación de la hystorización del análisis, me abstengo de imponer este pase a todos, porque no hay todos, en el caso, pero dispersos disparejos.» Esa expresión de Lacan apunta que los analistas no hacen un todo, la Escuela no toda [S(A)]. No es un Otro reconstituido para el analizante (como se ha llegado a proponer explícitamente en la AMP), que se deparó con la falta del otro en su análisis. El dispositivo del pase no constituye la Escuela como un conjunto, ni la institución que la sostiene –somos una colección de «dispersos disparejos».

Cada pasante privilegia un aspecto en su hystorización del análisis así como también encontramos varias indicaciones en la enseñanza de Lacan de lo que puede suceder en el final del análisis: la travesía del fantasma, la caída del objeto *a*, el encuentro con la inconsistencia del Otro, la identificación con el síntoma, etc. Lo más difícil es no dejarnos influenciar por esas indicaciones –y esto se aplica tanto a los pasantes, cuanto a los pasadores y al cartel del pase– para no distorsionar el pase y transformarlo en una verificación de determinados padrones de final de análisis. El pase apunta justamente lo contrario de eso: es un anti-padrón radical.

Cuando Lacan dice hystorización –hay que tener en cuenta– también es el caso a caso: cada uno lo hará a su manera, privilegiando algunos aspectos de su análisis y no evidenciando otros. La hystorización es necesariamente no toda. No se trata de una elaboración del análisis, que cabe más al cartel del pase, que es el jurado, que propiamente hablando, al pasante, y mucho menos al pasador. Es un problema cuando el pasador empieza a teorizar pues puede, con eso, impedir el pasaje del testimonio al cartel del pase.

«Dejé a la disposición, dice Lacan, para testimoniar de la mejor manera posible sobre la verdad mentirosa.» Cuando se habla de verdad mentirosa, no es una descalificación de la verdad. Es una constatación: no se puede distinguir completamente la verdad de la mentira. El sujeto da su testimonio de esa verdad mentirosa. Él sabe que la verdad es mentirosa, pero no deja de ser verdad. Se trata de aquello de lo cual el pasante fue constituido a partir de los significantes del Otro y a partir de los cuales hizo sus elecciones, o sea, aquello que los griegos llamaban destino, donde el sujeto es más hablado de lo que habla, más actuado de lo que actúa, etc. Considerar el destino como una verdad mentirosa ya es una manera de desalienarse del Otro, allá donde está inscripta su historia verdadera, que, sin embargo, miente, ella miente sobre lo que es el ser.

Lo que interrumpe la búsqueda de la verdad en el análisis no es el agotamiento o fatiga, sino lo que es del orden de la satisfacción. Es el momento en que hay una transformación de la valencia del goce, del goce que hace sufrir al goce que hace fruir. Es pasar del goce trágico al goce del entusiasmo, afecto lacaniano imprescindible al analista. Es una satisfacción –que es una satisfacción de fin– que

marca un corte en la satisfacción de la transferencia, en la medida en que la búsqueda de la verdad está vinculada a la satisfacción que el amor de transferencia promueve.

El amor de transferencia trae una satisfacción: la búsqueda de la verdad ocurre bajo el signo de Eros, en los *deshilamientos* del deseo soportada por la demanda de amor, que siempre encuentra sus señales de reciprocidad. Para que el sujeto llegue a renunciar a esta satisfacción amorosa, el debe encontrar otra satisfacción. Hay una pérdida de sufrimiento promovida por el análisis al transformar, como dice Freud, la infelicidad en una miseria banal. Cuando se hace ese pasaje hay una disminución en el valor del sufrimiento, pero no es un cambio: todavía tienes la miseria, a pesar de que está banalizada. La satisfacción de final no es la reducción del sufrimiento que acompaña a la reducción del síntoma, según lo propuesto por Lacan en relación a la operación analítica sobre éste. Ella es otra cosa, ella marca un cambio de operador, ella no es vinculada a la alienación significante, pero sí a la separación en relación al Otro.

En un caso de pase, el cartel detecta una frase del testimonio que apunta a una conclusión de final de análisis: «Yo soy...», de de-cisión del ser. Esta afirmación fue posible a partir de una autorización de goce no más acompañada por el afecto de la vergüenza. El sujeto salió de la posición de ser el objeto de la vergüenza del Otro materno.

Esta satisfacción corresponde al «saldo cínico» del goce permitido,³ es decir, sin el otro. En este caso, el efecto sobre el goce se vincula a la pulsión escópica: hubo un vaciamiento del goce de la mirada, que se expresa en una fórmula significante creada por el sujeto en que el indica no estar más bajo la mirada del Otro. En otro caso de pase, la satisfacción que marca el final está ligada a la creación, a una invención propia del sujeto y, como tal, desvinculada de los significantes del Otro paterno, a los cuales él se encontraba sometido. Algunas operaciones significantes efectuadas por el sujeto indican la presencia del hilo conductor del análisis hasta su conclusión final. Así fue posible averiguar la travesía del sujeto en relación con la voz del Otro de la cual se separa. El cambio de la valencia de goce se vincula en este caso a la pulsión invocante y a la caída del objeto voz.

Al comienzo del Seminario 20, Lacan se refiere a la satisfacción de su «no querer ni saber», que es la propia expresión del recalque. El inconsciente irá, por supuesto, a seguir manifestándose, como nos mostraron nuestros AE al relatar sus formaciones del inconsciente en Roma y Fortaleza, lapsus y sueños durante el procedimiento del pase.

El sujeto sabe que él no dijo todo, pero está satisfecho, no apenas con lo que ha dicho y a que llegó, pero también está satisfecho con su recalque. «Es solamente,

3 Jacques Lacan, 1967.

dice Lacan, cuando el («No quiero ni saber»), te aparece como suficiente que... te destacas normalmente de tu análisis». ⁴ El «suficiente» corresponde aquí a lo que es lo satisfactorio del final de análisis, a un «es suficiente, estoy satisfecho», satisfacción del saber adquirido, mismo sabiendo que queda por saber... y, sin embargo, está bien así. Y el sujeto deja de estar insatisfecho con lo que sabe y sale contento con eso. Quiere también decir que estás satisfecho con tu síntoma, es decir, con su forma de gozar de lo inconsciente, incluso para saber hacer con el de una manera que no sea sufrimiento.

El análisis puede llegar al punto en que el bien decir *satis-faça*. ⁵ Aquí esta una satisfacción de fin de análisis: ella se refiere al manejo de la lengua como bien decir que satisface al sujeto en decirse («Yo soy...») o decir su síntoma (forma de goce). En este término de Lacan, encontramos también el hacer que nos remite al saber hacer con el síntoma. Cuando el sujeto está en el proceso analítico el está en el «no basta» y busca siempre un mejor decir, un decir a más que responda a ese «no basta». En el final de análisis el bien decir que satisface permite el «¡Basta!» o mejor diciendo, el produce ese «¡Basta!», cuya satisfacción marca el fin del análisis. El bien decir de su síntoma no se produce sin la hystorización que da cuenta de la historia de su síntoma, de su fantasía, de las ficciones producidas por el inconsciente durante el análisis hasta que se llega al bien-decir del lado del síntoma, junto a un *satisfacer*. ⁶ Esta *satisfacción* es del orden del real, de una satisfacción en el hacer. Se trata de un hacer con su síntoma. Esa satisfacción del hacer podemos aproximarla de lo que dice Freud de lo que se espera de un análisis: poder amar y trabajar. ¿Parece poco? ¡Pero es mucho! Aquí está un hacer del real que satisface y puede poner un fin a la búsqueda de la verdad que es siempre mentirosa.

La satisfacción del fin de análisis está más allá de lo que caracteriza el deseo inconsciente siempre insatisfecho y ávido de significantes, glotón de instrumentos de goce: collares, amantes, coches y ... saber. El *parlêtre* cambia su gozar, este nuevo gozar es un gozar desvinculado del goce (supuesto) del Otro. La caída del sujeto supuesto gozar es la condición de la satisfacción del fin de análisis. No se trata de la promesa de un goce-todo destinado necesariamente a la decepción, quiere decir, no es un empuje-al-goce, pero de un goce que tiene en cuenta la castración, un goce castrado. Sin embargo, es un goce que satisface. Es un goce satisfactorio, permitido, sin el Otro.

La satisfacción de fin imprime al goce una coloración y vivacidad que se oponen a la oscuridad y la mortificación de la relación del significante con el goce

4 Jacques Lacan, *Seminário 20*, Seuil, p. 9.

5 Jacques Lacan, «... Ou pire», *Autres écrits*, p. 551. La traducción del texto original de Lacan al portugués permite un juego de palabras en que es posible enlazar la satisfacción y la acción.

6 *Idem*.

tanto en la carne cuanto en la mente. Esa satisfacción tiene varias vertientes:

– La vertiente que acompañó la travesía del análisis y la desaparición del sufrimiento del síntoma, de la suspensión de la inhibición y la atenuación de la angustia, como testimonió Silvia Franco en sus declaraciones públicas .

– La vertiente que se refiere a la sexualidad –el sujeto está satisfecho con su manera de gozar sexualmente– es lo que pudimos verificar a partir del testimonio de los pasantes.

El no está más en la insatisfacción, ni en la imposibilidad y ni tampoco en la metonimia desairada de irse para la cama con todo el mundo. El sujeto puede por fin consentir con un modo de gozar antes rechazado o desconsiderado. Esa vertiente de la satisfacción sexual es extremadamente variable, pero siempre trae la paz. Fin de la guerra: la guerra de los sexos, guerra consigo mismo. Evidentemente que es una paz que no impide ni la batalla ni de lanzarse a la lucha!

– vertiente del saber. Después de varias vueltas en su historia, recuerdos, fantasías y herencias habiéndose transformado en su historia, es decir, después de la hystorización de su vida y su lugar en la genealogía, el sujeto se da por satisfecho. Él se da por satisfecho con el saber construido y satisfecho con la *indecidibilidad* de su verificación. Él se da por satisfecho con la elaboración de saber acerca de su síntoma y de su límite, su no-querer-saber.

– vertiente de lalengua. En los pases que escuchamos en nuestro cartel, pude verificar la satisfacción lenguajera correspondiente al inconsciente como una elucubración sobre lalengua. Este inconsciente *lalenguagero* es un trabajador incansable, como lo define Lacan. Ese trabajo –*Arbeit*– término tantas veces empleado por Freud, no es un trabajo forzado, como el trabajo del duelo, penoso, sufrido. El trabajo de lalengua es, digamos *¡afreudisiaco!* En este significante podemos escuchar también el goce dionisiaco. Y donde se puede verificar ese goce es en la letra del síntoma, la forma como cada uno goza «lalenguamente» de su inconsciente.

Traducción: María Luisa RORÍGUEZ DE SANT'ANA

MARTINE MENÈS

POSICIÓN DEL PASADOR

El pasador es el pase escribe Lacan en su Proposición.

De esta experiencia de escuchar a los pasadores hablando de pases, experiencia inaugural para mí, retengo ahora una cuestión que me ha acompañado desde el principio, y aún anteriormente en tanto que AME también susceptible de designar pasadores: ¿qué es lo que hace un pasador? «No es suficiente que un analista crea haber obtenido el fin de un análisis para que, de analizante que arriba a su término por haberlo elaborado, sea un pasador» escribe Lacan el 8 de mayo de 1974 a los AME de su escuela. Esta nota sigue algunos meses a «La carta a los italianos» (1973) en la que Lacan escribía que los pasadores se «deshonraban al dejar la cosa incierta», es decir al dejar el cartel del pase en la duda, el suspenso, la indeterminación en su juicio a propósito de un pasaje o no de analizante a analista.

¿Sería más fácil pensar en lo que no hace a un pasador? Primera constatación: ponerse en el lugar de secretario no hace a un pasador. Recoger fielmente las intenciones del pasante y restituirlas a la proximidad del enunciado no transmite nada de nada, a lo mejor una historia elucidada, una *hystorización* agotada, llevada a su término, con los efectos terapéuticos que se siguen la mayoría de las veces. Y el pasador allí se arriesga, si leo bien la nota del 8 de mayo del '74 y de acuerdo a mi experiencia, a no reconocer la distancia entre el saber en su dimensión de construcción aleatoria que se puede deducir de un análisis, y la parte de real que se escapa de eso para expresarse allí sin embargo. Lacan pone el acento sobre otro riesgo: «le hará falta (al pasador) construir este saber con su inconsciente, es decir el saber que encontró, creció en él mismo, y posiblemente no convenga a la localización de otros saberes». ¿Salvo, como Lacan ha escrito poco tiempo antes a los Italianos, al haber cernido su propio horror de saber, en su versión única para sí, intransferible pero que lo lleva a «habituarse» suficientemente a lo real como para reparar en el modo de arreglarse de otro?

Es sin duda porque se alejan de una posición de secretario que los pasadores dicen haber abandonado la toma de notas, ya que pierden los preciosos papeles devenidos inútiles, y dicen también haber renunciado luego a la tentación de «construir el caso» del pasante para atenerse al texto hablado, por una voz en *off* si puedo decir.

La función del pasador, su responsabilidad, es la de hacer pasar. La cuestión no

es la de hacer pasar mucho o no demasiado como ella es presentada a veces, sino la de hacer pasar la enunciación de un otro, un «que se diga» del pasante que ajusta lo más posible su posición subjetiva con respecto a lo real. De otro modo, decir el testimonio de una «otra dit-mension» escribió Lacan siempre en la Nota del '74. Y se sabe de un modo general que el testimonio no tiene que ver gran cosa con la realidad de los hechos.

El momento del pasador sería entonces el de un tiempo lógico de su relación con su propio saber inconsciente que le permitiría a partir de su reencuentro con su imposible de soportar, confrontarse con lo imposible de decir.

¿Cómo ésto es posible?

Haciéndose placa sensible, escribe Lacan, es que supone poder dejarse imprimir por el decir del pasante, luego dejarse remojar en el laboratorio de revelado que sería el cartel del pase para que la foto aparezca. ¿Olvido de toda maestría, todo prejuicio, toda construcción, toda comprensión para dejar lugar a la afectación? A escuchar con el equívoco de ser afectado. Muchos pasadores testimonian del afecto de emoción al haber sido designados, pero también y posiblemente sobre todo por haber sido afectados a un lugar.

Estar afectado supone también el poder dejarse afectar. En un momento o en otro hay que tomar la foto. ¿Cómo? No hay modo de hacerlo y no es grave ya que la mayoría son ilegibles. Sin embargo, he sido asombrada por la reserva con que ciertos pasadores fijaban su posición en la abstinencia de plantear toda cuestión, limitándose –al parecer– a una escucha pasiva. Lo que dio a veces dos tonalidades de testimonio, según los pasadores, sensiblemente diferentes, y lo mismo si cada pasador repite sensiblemente los mismos propósitos.

De hecho, la responsabilidad del pase es un asunto de al menos 4+1: CAG, pasadores, pasante, cartel del pase, con un +1, la Escuela como lugar de elaboración, de interrogación y de nominación. ¿Se podría desear que cada uno se afecte en su lugar, como decía Freud delante de un nuevo paciente, como si tuviera que descubrir todo de nuevo?

A seguir entonces.

30 de diciembre de 2010.

Traducción: Martín ALOMO

SOL APARICIO

VERIFICAR UN DESEO

«*Ces expériences ne sauraient s'additionner*»¹

El pase como dispositivo distinto del análisis, inventado por Lacan y puesto a disposición de quienes quieran prestarse a la prueba, es un útil del que los pasantes se sirven para fines diversos, para sus propios fines se puede decir, aunque cada uno sabe que ha sido concebido como un modo original de reclutamiento de analistas.

La experiencia, para los carteles del pase, es limitada; el número de testimonios escuchado, reducido. Ricos en enseñanza, esos testimonios no permiten generalizar. Hay *los* pases, como hay los finales de análisis. Esto limita no la importancia, sino el alcance de las conclusiones que pueden ser trazadas.

Esta variedad me parece bienvenida para no perder de vista en modo alguno que la experiencia depende del *no todo* y no sabría prestarse a las afirmaciones perentorias. Ella se opone a la tentación de lo universal que siempre acecha, que aleja la posibilidad de atreverse a lo singular, a riesgo de no estar conforme. Esto conviene poco al neurótico, lo sabemos. Los restos de neurosis ponen obstáculo al cambio de discurso que el pase al analista implica. La finalidad histérica hace allí obstáculo, que tiende sin cesar a reponer el significante amo, el Uno, en el lugar del Otro... Esta es una de las razones –lo capto mejor ahora– por la que Lacan ha puesto el pase en el corazón de la Escuela.

En un primer tiempo, la cuestión sobre el devenir psicoanalista se refiere, según Lacan, a las condiciones necesarias para que eso sea posible. Él avanza luego la hipótesis que se impone lógicamente, teniendo en cuenta lo que ya era admitido por la comunidad de psicoanalistas: si el análisis prepara para devenir analista, entonces el fin del análisis debe consistir en el advenimiento de un deseo que empuja a pasar a la posición de analista. La proposición sobre el pase de 1967 es de entrada una puesta a prueba de esta hipótesis.

Luego de la Proposición, en 1974, Lacan había especificado lo que era para él el deseo del analista, hablando en la «Nota italiana» de un deseo inédito. Lo que dice a propósito es muy preciso. Y, salvo error de mi parte, él no se ha referido a esta cuestión en otro lugar. Volvamos allí, brevemente –dejando de lado la conti-

¹ Cf. Lacan, à propos des analyses, dans l'«Introduction à l'édition allemande des *Écrits*». [«Estas experiencias no sabrían sumarse»].

nuación de ese texto difícil—.

Lacan evoca «una pretendida humanidad para la que el saber no ha sido hecho ya que no lo desea». Y agrega enseguida: «no hay analista sino por el advenimiento de este deseo, tal vez porque él sea el desecho de aquella (de la humanidad)».

No hay entonces analista —el análisis es muy necesario, pero no suficiente—, sino el que viene de desear el saber... ¿Cuál saber? Ese cuyo «modelo» está dado por el saber científico, descubierto en lo real y formalizado para ser transmitido, al que Lacan imputa la responsabilidad «de tener a los unos (*seuls*) desechos de la docta ignorancia, transmitiendo un deseo inédito».

El deseo inédito es entonces, de entrada, ese que «el saber científico» no ha transmitido sino a los «desechos de la docta ignorancia». Entonces Lacan persigue su propósito: «Que se trata de verificar: para hacer de analista» (No *un* analista, sino *hacer de* analista).

Si la humanidad no desea el saber, ello es verdad para todos. El horror de saber también es una cuestión que llega más lejos, horror «de todos», es generalizable. Pero esto deja lugar a las excepciones que constituyen, por una parte, los «desechos de la docta ignorancia» y, por la otra, estas caídas: «el analista, si hay uno, representa la caída» de un «modelo» que no es el saber científico, sino el aquí sujetado con alfileres como la novela de Freud, «sus amores con la verdad».

Así, Lacan extrae de la historia de la ciencia el ejemplo de un deseo dicho inédito ya que en ruptura con la docta ignorancia, para articularlo a «nuestra experiencia de saber» que es, en primer lugar, la del saber inconsciente. Pero también, la experiencia de lo que hace obstáculo, sea, el horror de saber cuya causa particular puede ser cernida gracias al análisis. Lacan hace entonces depender el primero, el deseo inédito *del* saber, de la segunda, la experiencia del horror *de* saber propia de cada uno.

Al mismo tiempo, él muestra, con la doble referencia a Freud y a la ciencia, que el deseo en cuestión «para hacer de analista» no concierne al saber sino separado de la verdad y de toda idea de progreso, ninguna idealización ni del saber ni de sus consecuencias son admisibles aquí.

Que Lacan haya hablado del pase luego, en 1976, como de una «puesta a prueba de la hystorización del análisis» deja pensar que él había constatado, como nosotros hoy, que es el modelo propio de la mayoría de los testimonios, entre los cuales los que dicen explícitamente algo sobre el deseo que empuja al acto son raros. Sin duda se necesita una reelaboración particularmente importante. Es en todo caso sobre la hystorización de sus análisis, sobre el saber articulable que de él se extrae, que la mayoría de los pasantes centran sus testimonios, más que sobre el momento, el cómo y el por qué del pasaje al analista.

Pero, de hecho, este deseo del analista que por nada es enunciado ¿no está sin embargo allí? ¿No está justamente puesto manos a la obra, y a verificar, en la hystorización misma del trabajo analítico cumplido, diferente de los datos biográficos? Un testimonio que importe la convicción ¿no tiene por condición ser portado por un deseo... inédito?

La hystorización del análisis no implica exhaustividad alguna. Lo que ella ofrece es del orden de una vista parcial sobre el análisis y sus resultados. Es el relieve percibido por el pasante, como Lacan dijo en un momento, el relieve que el momento del pase hace aparecer, referido a lo que ha sido determinante. Ello constituye el eje de su testimonio, que el cartel a su vez reencuentra, en los mejores casos, y retiene para concluir. Que la vista sea parcial no quiere decir que no sea suficiente.

Así, por ejemplo, dos de los testimonios escuchados por nuestro cartel rindieron cuenta singularmente, aunque de modos distintos, de la relación del sujeto con el goce sexual y de la salida encontrada frente al imperativo superyoico de goce. La separación del Otro era claramente legible, tanto como un cese de la repetición, y ponía de manifiesto que el sujeto realmente había llegado a autorizarse por él mismo.

Que el deseo imputable al analista sea dicho inédito no tiene por qué asombrarnos si se tiene en cuenta que justamente es inédita, al decir de Lacan, la posición del psicoanalista: «se pone como causa del deseo, la posición eminentemente inédita, si no paradójica, que una práctica confirma». Hablar de deseo inédito es precisar lo que tal posición necesita.

Al respecto, lo menos que se puede decir, es que Lacan no carecía de ambición en cuanto al análisis y el pase, ambición de empujar el discurso analítico fuera de los límites de la docta ignorancia, de esa forma de saber en la que se contentan los discursos establecidos.

Traducción: Martín ALOMO

DANIÈLE SILVESTRE

OBSERVACIONES SOBRE EL PASADOR

La función de pasador, su lugar, está en el centro del dispositivo del pase ya que es el pasador quien recibe el testimonio del pasante y lo transmite (lo pasa) o lo hace pasar al cartel, cf. el «testigo» en un relevo de atletismo. Le suponemos, a este pasador, la capacidad de recoger en los dichos del pasante un «decir» quecerniría específicamente lo que, en su análisis, erigió para él la posibilidad de franquear el paso (o el pase, es también el sentido de esta palabra en francés) que cambia su posición subjetiva en el análisis: de analizante, vira al analista.

Muchos textos en nuestra Escuela, que no citaré aquí, están centrados alrededor de este tema y subrayan aquello de lo que se trata con los significantes de: viraje, atravesamiento o aun travesía (en particular: travesía del fantasma, que ha sido empleada especialmente en los años 90; ¿cuestión de moda?)

Es importante, en todo caso para los carteles, no obnubilarse sobre lo que vehiculiza el discurso de la Escuela (o en la Escuela) en cuanto a lo que debería recoger el pasador, luego el cartel, y que debería pues ser tomado de los enunciados del pasante; no obnubilarse sobre los «slogans» del momento en nuestra comunidad de trabajo. Oímos muchas cosas por ejemplo sobre el inconsciente-real, limitando el alcance (por lo menos en el pase) por el hecho de que va acompañado de los calificativos de incomunicable, indecible, etc. Ello no impide: no es la puesta en palabras de una teoría del pase, como tampoco del fin del análisis que el cartel o el pasador debe investigar en lo que oye.

El pasador está en el centro del dispositivo porque, también, se considera que ha encontrado en su trayecto de analizante un momento de viraje similar. Es por esto que Lacan ha podido decir, llegado el caso, que él es el pase. Esto implica pues a los analistas de la Escuela en la suposición que hace que puedan reparar en determinado momento de un análisis y en consecuencia designar un pasador; es su responsabilidad y su tarea que reviste consecuencias para su propio compromiso con el psicoanálisis.

Tenemos algunos testimonios de pasadores para los cuales este momento de viraje habría sido vivido como tal: al mismo tiempo en que, en su análisis, sentía subjetivamente que atravesaba algo radicalmente diferente, un momento particular, nuevo, que como el relámpago ilumina precipitadamente el paisaje y lo mues-

tra de otro modo, al mismo tiempo era llamado por un pasante, como pasador. Es evidentemente una coyuntura notable, pero no siempre se encuentra esta concordancia de tiempo entre el nombramiento de un analizante como pasador por su analista y la actualización de un viraje subjetivo decisivo para él en su análisis (la «marca» de la que habla Lacan en su «Nota italiana»).

Quiero subrayar también algo que me parece importante y que no hay que olvidar; así como lo escribí en un texto anterior, cuando la respuesta del cartel es no a la nominación de AE, esto no significa que el pasante y/o sus pasadores no han podido/sabido cernir el viraje crucial. Puede que el defecto esté en la transmisión misma. Esto quiere decir que una respuesta negativa traduce probablemente la incertidumbre del cartel, la ausencia de la prueba que sí habría podido reencontrar esta marca en el testimonio que le ha sido transmitido, allí dónde una respuesta positiva dice su certeza o su convicción.

Añado que el defecto en la transmisión es a veces bastante palpable para el cartel: por ejemplo, en la abundancia de detalles biográficos o la longitud de un testimonio del cual no emerge el punto fuerte, se vuelve sensible allí que los pasadores no pudieron, a pesar de sus esfuerzos, cernir algo decisivo. A veces hasta su esfuerzo los empuja a añadir allí su «pata», una deducción interpretativa, por ejemplo, pero esto sólo subraya la falta de ese núcleo duro, o aun de ese toque de real que se esclarecería por contraste en los dichos, con la que el exceso marca, por el contrario, el sitio vacío.

Por fin, toda transmisión jamás puede ser integral; ella contiene la pérdida, como bien ha escrito Nicolas Bendrihen en el nº 54 del *Mensual*: la transmisión es no toda.

No hay el pase ideal, y ya es una satisfacción comprobar que cumple por lo menos su función en la Escuela –y es en resumidas cuentas para esto que Lacan le ha dado un lugar– su función de máquina contra el olvido del acto (el que hace al analista). Los carteles tienden a veces a querer siempre más y a veces los pasadores también, entre los cuales algunos han pasado horas casi interminables (uno, un récord: 20 horas de recepción del testimonio de un pasante) escuchando, pensando terminar por atrapar finalmente el cristal, la piedra preciosa. Nuestro cartel se conmovió y ha pedido que la exposición del pasador delante del cartel no sobrepasara los cuarenta minutos. Pienso que sería bueno que un debate en la Escuela sobre la función del pasador les permita no prolongar demasiado el tiempo de entrevistas [*entretiens*] con los pasantes.

Traducción: Martín ALOMO

CLOTILDE PASCUAL

RÉPLICA AL TEXTO DE DANIÈLE SILVESTRE «OBSERVACIONES SOBRE EL PASADOR»

En la réplica al texto de Danièle Silvestre me voy a centrar en torno a la función del pasador y a lo que hemos podido recoger de la escucha de los pasadores en nuestro cartel. Voy a enlazar esta cuestión con lo que el texto nos indica, que cuando la respuesta del cartel es no a la nominación del pasante como AE, esto no afirma que el pasante o los pasadores no hayan cernido o transmitido el viraje crucial del pasante sino que el defecto puede estar en la misma transmisión. Una respuesta negativa sólo traduce la no certeza del cartel, la ausencia de prueba en el testimonio sobre ese viraje de analizante a analista por parte del pasante.

El cartel ha tenido la ocasión de escuchar hasta ahora cinco pases (le queda por escuchar uno más) y por tanto a los pasadores que intervinieron en dichos testimonios. Un común denominador es la seriedad con que los pasadores asumieron su función. Cada uno de ellos atestiguó de la responsabilidad de su tarea. Por otra parte dejaron claro que ninguno estaba allí al escuchar al pasante en posición de analista. En ocasiones, algo se esbozaba de forma más rotunda en torno a su subjetividad pero en ningún caso impedía ver lo que se trataba de transmitir. Ordenaron su presentación según su estilo propio pero se centraban en lo que el pasante había dado como estilo en su pase.

Escuchar a los pasadores es darse cuenta de que en su esfuerzo «por hacer pasar» el testimonio del pasante se producía en la mayor parte de los casos que el pasador se borraba como sujeto, para que el texto del testimonio pudiera hacerse presente. En otras ocasiones, sin embargo esto no era posible del todo y se advertía una polaridad entre intentar este efecto de borrarse como sujeto y un querer decir mucho para paliar a lo que se hacía difícil o imposible a cernir como efecto de viraje en el pasante. En este sentido alguna intervención del pasador se extendió demasiado como hemos leído en el texto de Danièle y el cartel al preguntar acerca de la duración del testimonio se sorprendió por las muchas horas pasadas en escuchar este testimonio. De ahí que nos pareció importante pensar que la exposición de un testimonio por parte de un pasador no debería exceder de una hora, aún

cuando puede haber situaciones particulares que requieran de más tiempo.

En otro extremo, el pasador se pone al resguardo de preservarse para no deslizar alguna interpretación, sentimiento o juicio, y hace la exposición mucho más escueta. De la misma forma, esa forma de preservarse la constituyen las notas, más o menos extensas, que en ocasiones una vez se dejaron encima de la mesa se quedan en el olvido o son tomadas sólo en lo más preciso.

Ante todo esto, el cartel preguntaba o indagaba la opinión que le merecía al pasador lo escuchado. En una ocasión pidió escuchar dos veces al mismo pasador ya que la escucha del segundo pasador daba al testimonio un punto de viraje diferente, lo que hizo pensar que se debía volver a escuchar al primero para tratar de situar lo que tal vez no «había pasado» una primera vez. Tanto en esta ocasión como en otras, aún sin citar dos veces al mismo pasador, en la escucha de dos pasadores diferentes se introducían matices distintos, y casi siempre la escucha del segundo pasador daba en un *après-coup* un sesgo diferente a la exposición anterior. De ahí que una vez más se pone de manifiesto lo capital que es escuchar a dos pasadores en torno a un testimonio.

De todo lo expuesto, se deduce que el pasador es la pieza fundamental en el dispositivo del pase. Nos da su disponibilidad, su tiempo, y después de actuar desde su función queda en el olvido. Deja patente en su exposición del testimonio que una vez propuesto a esta función de «transmisor» por su analista, por estar él mismo en un momento de pase, no se encuentra en esa misma transmisión protegido por la transferencia. Momento que marca entonces para este pasador una separación de su analista en esa función. Se podría pensar que hay un pasaje de la transferencia a su analista a la transmisión del testimonio.

Por ello, el pasador tiene para el cartel del pase la función del bien decir en lo que transmite y en lo que muestra de aquello que el pasante no ha dicho del todo. En definitiva, es el término clave de la estructura del dispositivo, porque a través no sólo de lo que «pasa», sino de lo que falla en aquello «que pasa» (lo real), el cartel puede tener o no la certeza de eso que pasó para el pasante y que marca la transformación de analizante a analista, el deseo de analista y la base en la que se sustenta.

TRINIDAD SANCHEZ-BIEZMA DE LANDER

EL OFICIO DE PASADOR

Un analizante es designado pasador a través de una compleja trama de elecciones, primero su analista (AME), luego un sorteo. Elecciones que Lacan nos advierte: «son independientes de su consentimiento». Recalco «independientes de su consentimiento», porque nombrar a un pasador es una intervención, una interpretación que rescata un momento particular. Patricia Dahan lo señala claramente en su trabajo: «Sobre lo vivo» cuando nos dice: «la elucidación de un sueño hace bascular el curso del análisis, un momento de pase en consecuencia del cual mi analista me nombra pasadora». Momento particular que el nombramiento puntúa, diferente de una, digamos precipitación por concluir, y que empuja, relanza el trabajo de la cuestión del final de análisis, haciéndola partícipe del centro vivo del dispositivo.

Este punto a mi entender es importante rescatarlo, incluso sería interesante, tendría interés que la Escuela se diera el tiempo de debatirlo, porque nombrar pasador es nombrar un momento constituyente del análisis, que es un de-ser, y es también importante señalar, que es resaltar la intervención de un analista. Es, parafraseando a Daniele Silvestre en su intervención, una responsabilidad y una tarea de los analistas de la Escuela situar un tal momento de viraje en un análisis, que sería útil no solamente para un análisis particular, sino utilizable para el porvenir mismo del dispositivo.

Entonces es un momento que rescata un viraje y una interpretación. Nunca mejor dicho, uno no sin el otro.

El pasador pasa al centro mismo del dispositivo y es bajo el efecto de sorpresa como encuentra el pase. Sorpresa que no se reduce al momento de la designación sino que remite más bien, a que no hay reglas, ni saber a priori que establezcan sus encuentros con lo que no sabe. Está solo con un saber a girones que su análisis le proporcionó y ante un vacío. Es una página en blanco, y mejor que así sea para que en ella se pueda escribir el testimonio justo de aquel que por suponer que podía decir algo, tomó la papeleta en donde estaba escrito su nombre. Un nombre que lo que señala es la posición de alguien que puede escuchar más allá de su singularidad, que no está colmado por su diferencia, que no está del todo tomado por su fantasma y en tanto tal puede dar un lugar, ofrecer un espacio para que las palabras de otro se asienten, tengan lugar.

Justamente esto es lo que hace que el pase no sea un procedimiento de comunicación de una información, a menudo demasiado extensa en acontecimientos históricos, irrelevantes la mayoría de las veces, sino la transmisión de una experiencia que exige ser identificada en su valor de verdad, y que así sea constituye un obstáculo deseable a toda ilusión de exactitud o precisión, por parte del pasador.

Porque no es la verdad del pasador, ni siquiera es la verdad que el pasador puede en un momento dado creer que le ha arrancado al otro, sino la del pasante, y en ello, en esa posibilidad es que debe residir su elección de pasador, en la pregunta: ¿Qué tipo de sujeto puede surgir que posea la capacidad de escuchar una voz que siendo portadora de un saber, no es el suyo, que siendo portadora de un deseo, no es común?

Lacan propone el oficio a aquellos que pueden producir un testimonio justo. Serían aquellos aún ligados a sus propia experiencia, y por lo tanto, sensibles a acoger el testimonio desde «la frescura misma» de su propio pase. Se espera entonces una transmisión justa, que pueda dejar pasar lo que ha pasado, sin que tenga necesariamente una idea muy clara de lo que está transmitiendo, una difusión de la música del pasante que pueda ser recogida y a su vez emitida para que resuene en el cartel del pase.

La música no necesita justificación.
Ella no rompe el silencio:
Lo abre como un fruto maduro...
La palabra, en cambio, si necesita justificación.
ella incorpora al silencio,
el estremecimiento que emana del sentido...
La música empieza en cualquier parte.
La palabra comienza con el hombre...

ROBERTO GUARROZ. Séptima poesía vertical.

COLETTE SEPEL

¿POR QUÉ EL PASE?

Les propongo abordar el pase por el bies del impasse y desplegar lo que este procedimiento o mas exactamente su puesta en práctica, su ejercicio, me ha enseñado acerca de la cura y de su devenir transferencial. De la misma forma que Que-neau en sus Ejercicios de estilo revela las posibilidades inesperadas y por lo tanto divertidas de la lengua, el pase, cada pase devela a sus distintos protagonistas aspectos insospechados y usos imprevistos de su práctica.

En efecto, ¿Por qué un sujeto analizante o que lo ha sido se compromete en el pase? ¿Y por qué lo hace en un momento preciso y no en otro?

Preguntas que siempre me he planteado y que he planteado a otros, cualquiera que haya sido mi lugar en el dispositivo, bien como pasante, pasador, o miembro de un cartel, desde hace unos veinte años.

Mas allá de las respuestas convencionales que corresponden a los discursos políticamente correctos del momento o al pedido implícito de autorización de instalarse, hay otras más auténticas, enunciadas explícitamente o que se deducen del testimonio, y que pueden ordenarse de la siguiente manera : el pase para salirse de un impasse, de un pegoteo o de un desbocamiento transferencial, o bien el pase para testimoniar del hecho de haberse encontrado frente a lo que se considera como el último impasse y haberle dado la espalda. Es en efecto un impasse lo que lleva al análisis, impasse sexual, el de la repetición pulsional y del síntoma doloroso. Y es otro, reconocido, asumido, el de la no relación sexual, el que hace pasar al analista. Los dos no son de la misma naturaleza. Tan solo el último nos interesa, su naturaleza y su reconocimiento.

Al círculo vicioso, al torbellino infernal de la repetición pulsional y del síntoma doloroso, ¿qué oponen, qué ofrecen pues el psicoanálisis y el psicoanalista? La vía del desciframiento del inconsciente y de la asociación libre. Esta vía no es real (*royale*), como decía Freud de los sueños, más bien es extraña aunque curiosa en el doble sentido de la palabra, es un camino tortuoso de vueltas y rodeos e incluso de callejones sin salida, en fin de impasses sucesivos, de los cuales cada una de las partes, tanto el analizante como el analista, ambos activos en el asunto, deberán desprenderse. ¿Si no, el círculo vicioso del principio podría transformarse en círculo pseudo-virtuoso en la espiral sin fin de la asociación libre y de la interpretación del sentido, y el sujeto podría instalarse eternamente en un entre-dos en el cual no

estuviese ni realmente muerto ni realmente vivo! ¡Al igual que el analista!

En inglés, *impasse* se dice *dead end*. Esta expresión me gusta porque al iluminar uno de sus extremos, el muerto (como se habla del brazo muerto de un río o de un ángulo muerto de visión), se hace también existir el otro, el vivo, junto al juego de fuerzas contrarias de Eros y Thanatos que se descubren y se desencadenan en la cura, frente al cual el analizante deberá tomar posición, pero no sin la ayuda de su analista. Frente al cabo muerto del *impasse*, solo hay una solución si quiere continuar su camino, pivotar para salir por donde entró, pero salir cambiado, tocado, sin quedar indemne: sonado, magullado, furioso, encantado, divertido, eso depende, pero siempre enseñado, si no, no daría testimonio. Una vez salido del *impasse*, puede aún decidir de parar ahí la exploración o de ir mas allá, hasta los *impasses* siguientes, hasta el que reconocerá como el último. Estará a cargo del analista retenerlo o dejarlo ir (piensen, quienes sean pescadores, en el hilo y el carretel). Después de los momentos de pase, o sea de los *impasses* sucesivos encontrados en el camino, el pase propiamente dicho, es decir el pasaje por el *impasse* reconocido como último y sobrepasado. Reconocido como tal no solo por el pasante sino también por todos aquellos a quienes dirige su testimonio, a través de esos transmisores especiales que son los pasadores. Pasadores que constituyen el engranaje esencial y necesario de toda la operación. Pasadores elegidos por su analista por hallarse precisamente en ese pasaje, en ese desfiladero delicado.

Retomemos mi pregunta. ¿Por qué el pase y por qué en tal momento en vez de tal otro? ¿Qué es lo que empuja a dar testimonio? La respuesta a esta pregunta puede permitir diferenciar los momentos de pase del *impasse* último, eso es en cualquier caso lo que someto a nuestra discusión. He encontrado diferentes supuestos.

1) Está el pase como única solución para desprenderse del pegoteo transferencial, incluso para sacarse de encima a su analista o al grupo al que pertenece. En la misma línea, el pase para salirse de la desazón en la que os deja la desaparición de vuestro analista, o de quien, a veces otro distinto, sostenía asimismo la transferencia, en resumen la desaparición demasiado precoz del sujeto o de los sujetos supuestos saber. Hacer el pase tiene entonces un sentido y un efecto. Pues ocurre que el proceso permita comenzar nuevamente, retomar el análisis, con el mismo analista o con otro. Puede ocurrir que empuje a ir a buscar hacia otros lados, haya habido nominación o no. Algunos sujetos que no fueron nombrados me hicieron saber la importancia que tuvo para ellos, mas allá de la decepción, la respuesta muy personal del cartel quien, si bien dice sí, nunca dice no.

2°) El pase para dar testimonio de la delicia de este pegoteo y del amor infinito por el analista o por el análisis, ambos idealizados.

3°) Finalmente el pase para dar testimonio del encuentro con el *impasse* últi-

mo. Fui confrontada a ello dos veces. Una vez como miembro de nuestro cartel y hubo una nominación (los cinco estábamos convencidos). Otra vez como pasadora hace mucho tiempo. Pero ese testimonio sigue vivo en mi memoria y los apuntes tomados entonces y a los cuales he vuelto, siguen siendo utilizables. Estaba entonces convencida, pero mi convicción no arrastró a la del cartel. ¿Por qué? ¿Acaso testimonié mal, acaso traicioné al pasante? ¿Estaba sordo el cartel o en mala disposición? ¿Se habían planteado la nominación pero habían hecho marcha atrás frente a la apuesta y al riesgo que suponía? No lo sé ni lo sabré jamás, pero todas mis hipótesis, aunque no sean exhaustivas, no se excluyen. Lo que sé, es que mis notas siguen siendo convincentes, convincentes del efecto del análisis sobre el pasante, de su cambio de posición en cuanto al goce. Vino a dar testimonio seis meses después de haber puesto término a su análisis, término que esta vez el analista había aceptado. Un sueño en particular le había permitido extraerse radicalmente y por tanto definitivamente, así lo pensaba, de la posición de sacrificio en la cual se había encontrado siempre tanto en su vida familiar como profesional. El testimonio se imponía, en el declinar de esta extracción y en la feliz ligereza que había producido. Sabía lo suficiente sobre las peripecias de su vida, que podía reducir a una novelita fácil y rápidamente transmisible, podía hystorizarse. Por una parte algunos recuerdos, entre los cuales uno ejemplar, de su enfrentamiento a lo ineludible de la castración, pero también al horror cautivante y fascinante de su contemplación. Por otra parte un vistazo sobre su fantasma donde dominaba asimismo el objeto mirada (la mirada como objeto): el miedo de ser descubierto asociado a la necesidad de desaparecer para ser deseado. Podía reconocer que no había allí nada para mirar, mas bien algo por saber. Pero, porque hay un pero que solo ahora emerge, su precipitación en hacer el pase, en hacerlo «sin perder tiempo» retomando su expresión, no dependía tan solo de la alegría de lo que había captado, a saber, que no había nada que ver. Temía que esto desapareciera, que se le escapase, que lo olvidase. Quería una seguridad para el futuro que el testimonio supuestamente habría de darle (exagero a propósito el rasgo, discreto pero presente).

La asunción de la pérdida era reivindicada pero no escapaba a la duda sintomática de este sujeto. Y no estoy plenamente segura de que mi decir de aquel entonces –pues existe también un decir del pasador (es incluso ese decir el que hace pasar el decir del pasante y el que convence al cartel), punto que someto también a nuestra común elaboración– no se haya anticipado sobre el suyo. Comprendo pues hoy que no hubiese entonces nombramiento.

El impasse último sería pues aquel del cual el sujeto podría desprenderse sin temer perder en ello. El recurso a la topología que Lacan propone nos permite captarlo bien. La exploración de la superficie del toro, del neumático, a través de una serie de vueltas más o menos apretadas, la exploración del desciframiento, termina por agotarse. La vuelta de más, la que permite por así decir salir por la

tangente, se sitúa en otro plano, pone un termino a las alegrías del sentido, y solo viene permitida por la confrontación a la vertiente fuera-de-sentido, real, del inconsciente. Esta tangente, orientada, que ya no corre tras el objeto de satisfacción, permite cambiar de lugar (¡y de neumático!) para ponerse a disposición, como semblante de objeto, de un otro al que se podrá entonces guiar en su propia andadura, camino siempre tortuoso pero siempre singular, hasta que por fin acepte despegarse de él, dejarlo caer. Es un alivio y además, ¡cuan satisfactorio!

Mientras intentaba dar su forma a estas reflexiones fue publicado el último libro traducido al francés de Imre Kertész, *Diario de galera*, que recopila los apuntes del escritor desde los años sesenta a los noventa. ¡No pude no leerlo enseguida! Este diario de bordo es vivificante, intelectualmente vivificante. Interrogándose sobre la función de la escritura que lo mantuvo en vida mientras otros se suicidaron, escribe : «Quedándome aquí (es decir aceptando la esclavitud totalitaria, al contrario del gran escritor húngaro Sandor Marai que se exilió a los Estados Unidos donde terminó por suicidarse) me sustraje a lo trágico, es decir al destino, y me sometí a lo cómico, a un destino estatal fecundo en azares... ¿La genialidad existencial es posible aquí, acaso es posible vivir su existencia única, vivir conscientemente su vida? Esta es la pregunta fundamental. Y no dudo de mi respuesta: si... es la técnica novelesca del Rechazo, es el mundo del Rechazo. Considerar las circunstancias históricas como la materia del momento a través de la cual la existencia se abre paso: el triunfo –que coincide con la muerte– no dura mas que un instante, y ese instante es la obra misma; y es obra por el hecho y en la medida en la que crea –o mas bien efectúa– su propia posibilidad. Eso es todo, no hay más: alcanzar la posibilidad de una obra; no la Obra, sino tan solo el camino que a ella conduce (como obra)». (p.112)

¿No podríamos decir parafraseando a Kertesz, que un psicoanálisis, eso es todo, no hay más: llegar a la posibilidad no de una isla, como Michel Houellebecq, sino del impasse final, el que permite saber que a fin de cuentas ¡no había nada que ver! ¡Ello no impide la curiosidad, después de todo el menos feo de nuestros defectos! Curiosidad del sujeto analizante permitida, preservada por lo que Lacan llama, sirviéndose de los estoicos y de Sócrates, la apatía del analista, no en tanto sujeto sino como función, lugar vacío. La curiosidad llena, llena de sentido sexual del analizante, deja el lugar, en esos casos en los cuales un análisis produce un analista, a lo que propongo llamar el vacío curioso.

9 de diciembre 2010, seminario de Escuela.

Traducción: Patricia ZARAROSKY

MARIA EUGENIA LISMAN

INSTALARSE, AUTORIZARSE, PEDIR EL PASE

«El analista no se hystoriza más que por sí mismo...La pregunta sigue siendo la de qué puede impulsar a cualquiera, sobretodo después de un análisis, a hystorizarse por sí mismo».¹

Esto precisa Lacan en el «Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11», preguntándose qué puede ser lo que motiva a alguien a pedir el Pase.

Esta pregunta se articula a la pregunta que plantea Colette Sepel en su texto: ¿Por qué se pide el Pase y por qué se pide en determinado momento y no en otro? En su desarrollo, ella menciona que en algunos analizantes lo que causa el Pase es la demanda de autorización para la instalación, lo que no responde a lo auténtico de una demanda de Pase.

Lacan evoca la instalación en 1976 en dicho Prefacio, preguntándose si hay casos en los que hay otra razón para instalarse, más allá de las ventajas que ofrece el ejercicio de la profesión de analista. Entonces, nos habla, por un lado, de la instalación y por el otro de la transferencia al análisis, es decir, del momento en que el sujeto, gracias a la transferencia, decide hystorizar su recorrido analítico.

Mi idea era que en nuestra comunidad analítica, la instalación se ponía en juego en el momento de la autorización por sí mismo, momento a distinguir del pasaje por el dispositivo del Pase. Es decir, que Pase e instalación no funcionaban como condiciones uno del otro. Estos dos actos siempre he considerado que funcionaban separados en nuestra comunidad. Por un lado, la autorización por sí mismo, articulada al recorrido analítico y por el otro la hystorización de dicho recorrido analítico que es el acto de solicitar el Pase.

Después de haber escuchado a doce pasadores, lo cual significa haber escuchado el testimonio de seis pasantes, y dado lo que escuché de algunos de estos pasantes respecto al tema que quiero abordar, quedó en mí la pregunta acerca de la articulación entre autorizarse como analista, la hystorización del análisis y el acto de instalarse para comenzar a recibir pacientes.

En varios de los testimonios escuchados, el tema de la instalación jugaba un papel preponderante ya que era lo que causaba el Pase. Debo decir que el escuchar

1 Jacques Lacan. «Prefacio a la edición inglesa del *Seminario 11*».

esto en los testimonios me produjo un efecto de sorpresa.

La experiencia práctica en la escucha de algunos de estos testimonios me han hecho ver que la cuestión de la articulación instalación-Pase no funciona exactamente como yo la pensaba, al menos para algunos miembros de nuestra comunidad.

A la aseveración tantas veces escuchada de que nadie se propone como pasante si no está instalado como practicante y alejado de la terminación del análisis, le puedo oponer la manifestación de algunos pasantes que expresaron en sus testimonios exactamente lo contrario. Aunque no es el Pase el que autoriza la instalación ni a la inversa, la instalación es condición para el Pase, algunos pasantes en sus testimonios pedían autorización al Dispositivo del Pase para comenzar su práctica como analistas.

De cada testimonio, cumpla o no ciertas expectativas, puede extraerse una enseñanza, aún cuando hacer el Pase responda a algo del orden de lo imaginario como sería la autorización a instalarse como analista.

Colette Sepel escribe que hay un decir del pasador y por cierto que lo hay.

La escucha del testimonio indudablemente tiene un efecto en el pasador, en función de su propia experiencia de análisis y su posición ante el pasante. El hecho de ser «placa sensible», como Lacan indica que debe ser el pasador, implica una finura en el filtro del testimonio y esta finura es lo que hará pasar. Esto es lo que se debe esperar del pasador y es lo que quiere decir que el pasador esté a la altura de su función. El Cartel debe reconocer en el decir del pasador si éste está a la altura y si ha podido realizar su función. Es función del Cartel reconocer si los posibles efectos imaginarios del pasante sobre el pasador han podido obturar de alguna manera la trasmisión del testimonio.

En nuestro Cartel nos encontramos con diferentes estilos de pasador, uno de ellos no podía disimular su enfado y su molestia porque el testimonio no respondía a sus expectativas, transmitiendo de alguna manera que ir a escuchar ese testimonio había significado una pérdida de tiempo. Nada más alejado de lo que se espera de un pasador.

Algunos testimonios nos enseñan que la precipitación en la demanda de Pase evidencia que se le pide al mismo una resolución no alcanzada dentro del análisis. La respuesta del Cartel en estas situaciones es muy importante. Debe ofrecer al pasante la posibilidad de una interlocución con alguno de sus miembros lo que podrá orientarle en la revisión de algunas cuestiones. Algunas de estas conversaciones han posibilitado la solicitud de un nuevo tramo de análisis.

Al escuchar determinados testimonios y ciertos decires de los pasadores me preguntaba si algunos pasantes no subestimaban la importancia del Pase. Ahora, en

el après-coup, considero que no se trataba de darle o no la importancia que merece sino de cómo se tratan de resolver los diferentes impasses y cuestiones que se plantean en el análisis desde cada estructura y desde cada recorrido analítico.

Es importante recordar que no siempre los Pases que escuchamos dan cuenta de un impasse de final de análisis del cual el pasante esté testimoniando. Dos veces, una como pasadora y la otra como miembro del Cartel del Pase pude escuchar la hystorización de sus análisis por parte de los pasantes y en uno de estos testimonios poder cernir algo del impasse del final.

El diccionario Larousse da la siguiente definición de impasse: Situación crítica en que un asunto no progresa.

Algo que ya no progresa porque se ha detenido. En el caso del impasse al final del análisis se podría pensar como algo que ya no va más, lo cual produce efectos en el sujeto que ha transcurrido ya su análisis. Se puede pensar el Pase como una forma de ir más allá de este fin, de este momento de detención como final. Este ir más allá consiste en un trabajo de articular, elaborar, formalizar el saber no sabido, lo indecible, en un saber transmisible. Sería el Pase para testimoniar sobre ese impasse último del final de análisis. Cuestión bien diferente a intentar resolver otros impasses del análisis, que no son los del final, mediante el Pase.

La pregunta «¿el Pase para quién?» sigue abierta, el Pase ideal no existe, ni tampoco el momento ideal para solicitarlo.

Cada sujeto desde su estructura intenta hacer progresar el impasse, la situación crítica que se le plantea en el análisis. En algunos, la función de la prisa o cierto desconocimiento acerca de lo que es el Pase, les precipita a solicitarlo. El resultado no es a veces lo que se espera de un testimonio, pero ¿hay modelos esperables en los testimonios? En el dispositivo del Pase se ponen en juego la singularidad del pasador así como la singularidad del recorrido analítico del pasante. Cada testimonio, por lo tanto, responderá a la convergencia de dichas singularidades, lo que hará que cada Pase se inscriba en cada miembro del Cartel del Pase como una experiencia única e irrepetible.

FLORENCIA FARIÁS

RESPUESTA A COLETTE SEPEL

¿Por qué alguien que efectivamente terminó su análisis desearía compartir con otros su experiencia de análisis? Preguntas que hacen serie con aquellas que Colette Sepel plantea en su texto: ¿Por qué el pase? ¿Por qué una demanda de pase se hace en un preciso momento y no en otro? Hacer el pedido del pase implica de por sí una demanda, pero ¿De qué tipo de demanda se trata?

En primer lugar es necesario diferenciarla de una demanda neurótica.

A lo largo del análisis el sujeto se va confrontando con variadas demandas que pierden consistencia y caen. El sujeto finalmente descubre que la serie de sus demandas está comandada por una pulsión que él ignora.

Podemos pensar que «una verdadera» demanda de pase implica en sí misma un acto, el que siempre está a cargo del sujeto, y que hay algunas demandas que no pueden considerarse actos sino más bien pasajes al acto o *actings out*.

Acto que nuevamente implica franquear un umbral. Se puede cruzar o no cruzar el Rubicón; tal vez por eso, en la conferencia de Ginebra sobre el síntoma, Lacan afirma: «Cuando alguien se asume como analista, sólo él mismo puede hacerlo... es libre en esa especie de inauguración, es libre de venir a confiárselo a gente que está en el mismo punto que él... también puede no hacerlo».

Demandar el pase es apostar que el deseo sea verificable. ¿Por qué esta verificación debe pasar por el cartel? El analista, en efecto, sólo se autoriza de sí mismo, pero su acto solo no tiene el poder de verificar el deseo que lo anima y esta verificación incumbe entonces al cartel. Es sin duda la posibilidad de esta transmisión que puede empujar a pedir el pase. Sin embargo, hay otras razones por las cuales esta demanda puede ser efectuada.

Comparto lo que Colette Sepel propone: el pase puede ser un medio que se da el analizante para salirse de un *impasse* transferencial, que este sea un *impasse* de recorrido o bien que sea reconocido como el último *impasse*

Impasses que toman diferentes formas, y que no implica que no haya habido efectos terapéuticos

El cartel puede dejarse enseñar por los *impasses*, se aprende tanto como de experiencias logradas.

Enumeraré diferentes *impasses* por los cuales un analizante puede pedir el

pase:

1- No es raro constatar que el impasse está correlacionado a una modalidad de salida a la cura.

Aquel pasante que espera del pase efectos de verdad con el fin de hacer revivir una elaboración de un saber dejado en suspenso. Se espera que tenga efectos sobre la inercia del goce.

En otros para liberarse de algún modo de su analista. Aquí la demanda es que el cartel responda a la pregunta de ¿Qué soy? , pues es el ser del analizante el que ha quedado en espera. O bien que el analista dejado retorne como soporte de identificación. En estos casos no se puede esperar un nuevo sujeto supuesto al saber esta vez puesto en el cartel del pase, ya que esto da cuenta de una especie de continuación de su análisis, forma de volver a reponer ese lugar, no ya con su analista sino con el cartel.

2- Para otros el pase opera en realidad como una demanda de reconocimiento, demanda de amor, de seguridad, su decir no está separado de las sujeciones a la demanda del Otro. Si entonces se espera recibir del Otro su propia consistencia no hay ninguna posibilidad de pase. El Otro de la demanda del pase es el Otro de la incompletud y de la inconsistencia.

Un análisis terminado puede permitir al sujeto advertir la matriz de su fantasma, pero sin embargo ese Otro ha quedado indemne.

3- Hay también la demanda dirigida al cartel de una autorización a comenzar ejercer la práctica analítica, lo cual sería un pedido legítimo si se tratase de poder autenticar su pasaje a analista gracias a la nominación de AE, verificar «el deseo de analista».

Lacan aclara que «el autorizarse de si mismo conlleva una decisión que jamás se toma aislada, sino más bien equivale a un autorizarse de si mismo y de algunos otros». Sin embargo, nos encontramos con pasantes en que más que una verificación era una necesidad de que Otro lo reconozca que está en condiciones de dirigir una cura por dudar ellos de poder hacerlo.

En alguna de estas demandas se traslucía un total desconocimiento al dispositivo del pase y de su función y el pedido era un simple medio de entrar a la Escuela.

4- Pasantes que en el dispositivo del Pase encontraban un lugar propicio para albergar sus testimonios y dar cuenta de su ser.

Son testimonios que nos enseñan todo lo que un análisis puede beneficiar a sujetos atormentados por un terrible sufrimiento y que nos muestran las notables modificaciones que han podido obtener y la forma en que su goce ha podido acortarse.

Son demandas de pase, que por la particularidad de su estructura psíquica, les resulta «tentador» el Pase para ser escuchados y contar su novela familiar más que desear testimoniar sobre el fin de análisis en los que sea posible leer el surgimiento del deseo de analista

Lo que nos muestra la necesidad de seguir debatiendo en cual es la función del secretariado de acogidas de pedidos de pase: ¿Deben ser todas recibidas? ¿Aún las que presenten lazos débiles con la Escuela? ¿También aquellas en las que se escucha que si bien el análisis de ese sujeto le aportó grandes beneficios el pedido está regido más por la particularidad de su estructura?

Si bien acuerdo con que todo testimonio tanto los que son nominados como los que no lo son dejan un saldo de experiencia y saber, considero que es necesario realizar una admisión de esas demandas con criterios muy claros que permitan dilucidar el verdadero motivo de ese pedido. Verificar cual es su relación al Otro y al saber y cuando sea necesario autorizarse a reorientar la demanda y evitar poner en marcha todo el dispositivo del pase. Dispositivo que implica múltiples y complejas variables al ser internacional: viajes, considerar las compatibilidades, etc.

¡Desde ya que no estoy proponiendo que el secretariado deba realizar el trabajo del cartel del pase! Es a él a quien le corresponde evaluar, entre muchas otras variables, si es una demanda que se origina en un «deseo inédito», deseo del analista como afirma Lacan.

La respuesta del cartel a la demanda de pase implica una decisión, los testimonios recibidos llevan la marca del pasador quien debe interpretar los datos que le son presentados, es necesario encontrar indicios de lo propio de ese sujeto, de sus marcas.

Muchas son las contingencias por las cuales puede no constatar ese deseo.

Ahora bien, la posibilidad de resonancia depende, fundamentalmente, del testimonio del pasante y lo que ha hecho el pasador con eso.

En una verdadera demanda de pase entonces es posible desplegar la lógica de la neurosis, la que es imposible de separar de la cura que permitió la resolución del enigma de la neurosis, cómo se han realizado los virajes y como emergió el deseo del analista.

Los testimonios en los que se produce la nominación, son contruidos sobre la base del olvido y en el acto de sobreponerse a los impasses mismos del relato que dan cuenta de los puntos de imposibilidad: un testimonio sin olvidos y sin fallas más que un testimonio suena a examen

Lo que se pone en juego en el pase es lo que resta una vez finalizado el análisis, lo que queda por fuera de dicha experiencia. Lo que queda como incurable.

Diciembre 2010

JEAN-PIERRE DRAPIER

RESPUESTA A COLETTE SEPEL

Estimada Colette,

Lo que me ha gustado mucho de tu texto al leerlo, es la claridad y la luz que refleja sobre la clínica del pase. Además me ha dado ganas de tejer metáforas alrededor de dos temas que abor das : el Impasse y el Pasador.

Impasse o pase

¿A qué apuntaba Lacan con el pase? A un testimonio, para verterlo en el caldero común epistémico de una comunidad de trabajo, sobre lo que hacía, para un sujeto, pasaje al analista.

O sea, qué podía descubrirse en este sujeto de emergencia del deseo del analista. Ahora bien, el deseo del analista, ¿es otra cosa que el consentimiento a hacer función de objeto *a* para un otro, analizante, objeto causa del deseo tanto como objeto de desecho, a rechazar?

Lo que pasa, y nunca mejor dicho, por la visión de lo que es este objeto para sí en la cura, y a partir de ello, qué lugar ocupa su analista como semblante de objeto. Pones en serie con precisión las ocurrencias en las demandas de pases alrededor de esta relación al objeto: «desprenderse del pegoteo transferencial», o sea del enganche al objeto, «salir de la desazón» de la pérdida del objeto, «testimoniar de la delicia de este pegoteo», «testimoniar del impasse último».

Y aquí propondría otra metáfora porque la del impasse me molesta. Me molesta en tanto que salir de ahí implica una marcha atrás, mientras que la salida se lleva a cabo más bien por arriba o en cualquier caso por un desfiladero estrecho. Más bien hilaría, en particular a propósito del caso en el que nominamos A.E. a la pasante, la metáfora marítima: el pase se convierte en una urgencia subjetiva cuando la frágil embarcación de la cura se halla muy cerca de dos riberas contra las cuales puede naufragar

– la ribera del análisis infinito donde, como tú dices, «el sujeto podría instalarse eternamente en un entre-dos en el cual no estuviese ni realmente muerto ni realmente vivo» la ribera de la interrupción brutal, de la huida, de la renuncia.

Un pase así, en el sentido marítimo, puede ser entonces un mal pase y es ahí que interviene el pase como procedimiento: desde una visión desaplomada, en el

après coup y colectivizada, de su análisis, elegir por donde hacer pasar la canoa y esquivar el varado del pegoteo o el estrépito de la interrupción brutal.

El pasador y el colador (*la passoire*)

Por lo demás escribes, a propósito de tu experiencia de pasadora: «Y no estoy plenamente segura de que mi decir de aquel entonces —«pues existe también un decir del pasador, punto que someto también a nuestra común elaboración»— no se haya anticipado sobre el suyo».

Esto despertó en mi el recuerdo de una entrevista a Claro, conocido traductor, acerca de su trabajo: «Hay varias clases de traductores [...] Más que unos pasadores, yo diría que somos unos coladores (*des passoires*). Ponemos cosas dentro, luego se decanta, gotea, y de ello hacemos otro plato [...] Emmanuel Hocquard lo dice con acierto: yo no traduzco, yo escribo traducciones».

El pase, en su procedimiento, pasante/pasador/cartel es precisamente esto:

El cartel no come en el plato del pasante sino en el del pasador, el cartel no lee el texto del pasante sino la escritura de la traducción de los pasadores. Lo que a veces no deja de sorprender, cuando ya no se trata de la escritura de una traducción sino de la escritura de un texto propio del pasador. Hecho bastante infrecuente, hay que decirlo, ya que la mayoría de los pasadores elige más bien «mantenerse fiel al texto en un 90%» lo que para Claro es la marca de un buen traductor. Y lo completa así «La fidelidad no significa que haya que quedar pegado al texto. Consiste en reencontrar el impulso, o sea lo que empujó al autor a escribir el libro [...]».

En el caso que nominamos, es de esto de lo que se trata: la pasante hizo pasar, a través del sueño de la rata, a los pasadores, el impulso que la empujó al pase. Impulso que llegó al cartel como signo de un real pulsional que el análisis había puesto al descubierto.

He aquí algunas ideas que merecerían más amplios desarrollos, pero el tiempo apremia y esta respuesta ya tardó demasiado.

Besos, Jean-Pierre

Traducción: Manuel VENTURA

PRÓXIMOS EVENTOS

3° ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ESCUELA

Este encuentro, decidido en 2010 por el CAOÉ 2008-2010, se realizará en París el **8, 9 y 10 de diciembre de 2011**.

Tendrá lugar junto con las Jornadas anuales de la EPFCL-Francia.

Se celebrará en tres días y será organizada por el CAOÉ 2010-2012 en relación con el Consejo de orientación de la EPFCL-Francia.

Título fijado por la asamblea de la Escuela en Roma: *El análisis, fines y consecuencias*.

7° CITA INTERNACIONAL DE LA IF-EPFCL

Se realizará en Rio el **6, 7 y 8 de julio de 2012**.

Las asambleas de la Escuela y de la IF se realizarán el 9 de julio.

Título decidido por la asamblea de la IF en Roma: *¿Qué responde el analista?*

Carta de SONIA ALBERTI,

presidenta de la 7a Cita internacional de la IF-EPFCL

Queridos colegas,

Río de Janeiro los recibirá con los brazos abiertos, del 6 al 9 de julio 2012, para nuestro séptimo Encuentro internacional. Realizaremos un evento que pueda hacer serie con los precedentes de Francia, Argentina, Brasil e Italia.

Desde el primer foro internacional en 1998, pasando por la Odisea lacaniana en 2001, y sin hablar de todos los encuentros Internacionales que tuvimos desde entonces, aprendimos mucho y nuestra comunidad ¡Se desarrolló bien!

Con nuestro tema muy actual pero tan ético y clínico, proponemos una escansión en contacto con nuestro estilo, nuestro lugar en la sociedad y nuestra especificidad en la comunidad psicoanalítica, interrogándonos al mismo tiempo sobre las cuestiones de impasses de la civilización y de las particularidades de la subjetividad de nuestro época.

Es porque «lo que responde el psicoanalista» es un tema bastante amplio para exponer nuestras respuestas y asumir nuestras responsabilidades, implícitas en el título.

Para realizar esto, necesitaremos la ayuda de todos los miembros de la comunidad, en cada una de las zonas, y desde ahora le solicitamos sobre dos puntos muy precisos:

1- Qué cada foro del Campo lacaniano, cualquiera que sea su zona lingüística, designe un representante que estará en relación directa con la comisión de los intercambios del 7° Encuentro: Vera Pollo (verapollo8@gmail.com) y Sonia Borges (sxborges@uol.com.br).

2- Que todos los que puedan se inscriban con anticipación en el Encuentro. El precio de estas primeras inscripciones tiene en cuenta las dificultades económicas mundiales actuales y no cambiará hasta el 31 de marzo de 2011. El precio de las inscripciones que serán recibidas más tarde no está todavía fijado. Hasta el 31 de marzo, el precio de la inscripción es de 380 reales, es decir 170 euros.

Antonio Quinet estará en París en enero y Sonia Alberti en febrero; quienes podrán recoger las inscripciones anticipadas. Desgraciadamente, todavía no tenemos cuenta bancaria para recibir directamente el importe de las inscripciones. Es por eso que es urgente que cada foro nos transmita el nombre de la persona que será el interlocutor del foro con la comisión de intercambios: trataremos de resolver las cuestiones que surgirán posiblemente del envío en conjunto de dinero. La tesorera del Encuentro es María Helena Martinho (Mhmartinho@yahoo.com.br).

Dado que ambos CIG se reúnen a finales de esta semana en París, pedimos a todos los que viajarán en París la semana próxima de recoger el máximo de inscripciones; serán recibidas por Antonio Quinet. Se puede también dejar la ficha de inscripción de cada uno acompañada por 170 euros, hasta el 23 de enero de 2011, en la secretaría de la EPFCL Paris: 118, rue d' Assas, 75 006 París, (33) 01 56 24 22 56 (epfcl.secretariat@wanadoo.fr).

En Río de Janeiro, los equipos de trabajo están ya constituidos. Se trata de:

Coordinación de la comisión científica:

Antonio Quinet (quinet@openlink.com.br),

Tesorera:

María Helena Martinho (mhmartinho@yahoo.com.br),

Secretarios:

Rosanne Grippi (rogrippi@yahoo.com.br)

Célia Silva (secretaria@fcclrio.org.br)

Coordinación de la comisión de los intercambios:

Vera Pollo (verapollo8@gmail.com)

Sonia Borges (sxborges@uol.com.br)

Coordinación de la comisión social:

Elisabeth da Rocha Miranda (bethrm@uol.com.br)

Coordinación de la comisión digital y epistémica

Rosanne Grippi (Rosanebm@yahoo.com.br)

Elvina Lessa (elvina@uol.com.br).

El directorio actual del EPFCL-Brasil está compuesto de:

Ana Laura Prates, directora (anauraprates@terra.com.br)

Sandra Berta, secretaria (bertas@uol.com.br)

Beatriz Oliveira, tesorera (biaoliv@uol.com.br)

De antemano le agradecemos por la confianza que usted nos hace y la participación activo de cada miembro de la IF-EPFCL para la difusión del acontecimiento. Agradecemos también a todos los foros que nos enviarán el nombre del representante cerca de la Comisión de intercambios del 7° Encuentro, lo necesitamos rápidamente.

Cordialmente, Sonia Alberti, Presidenta del

7° Encuentro del IF-EPFCL (Sonialberti@gmail.com).

traducción: Florencia Farías

